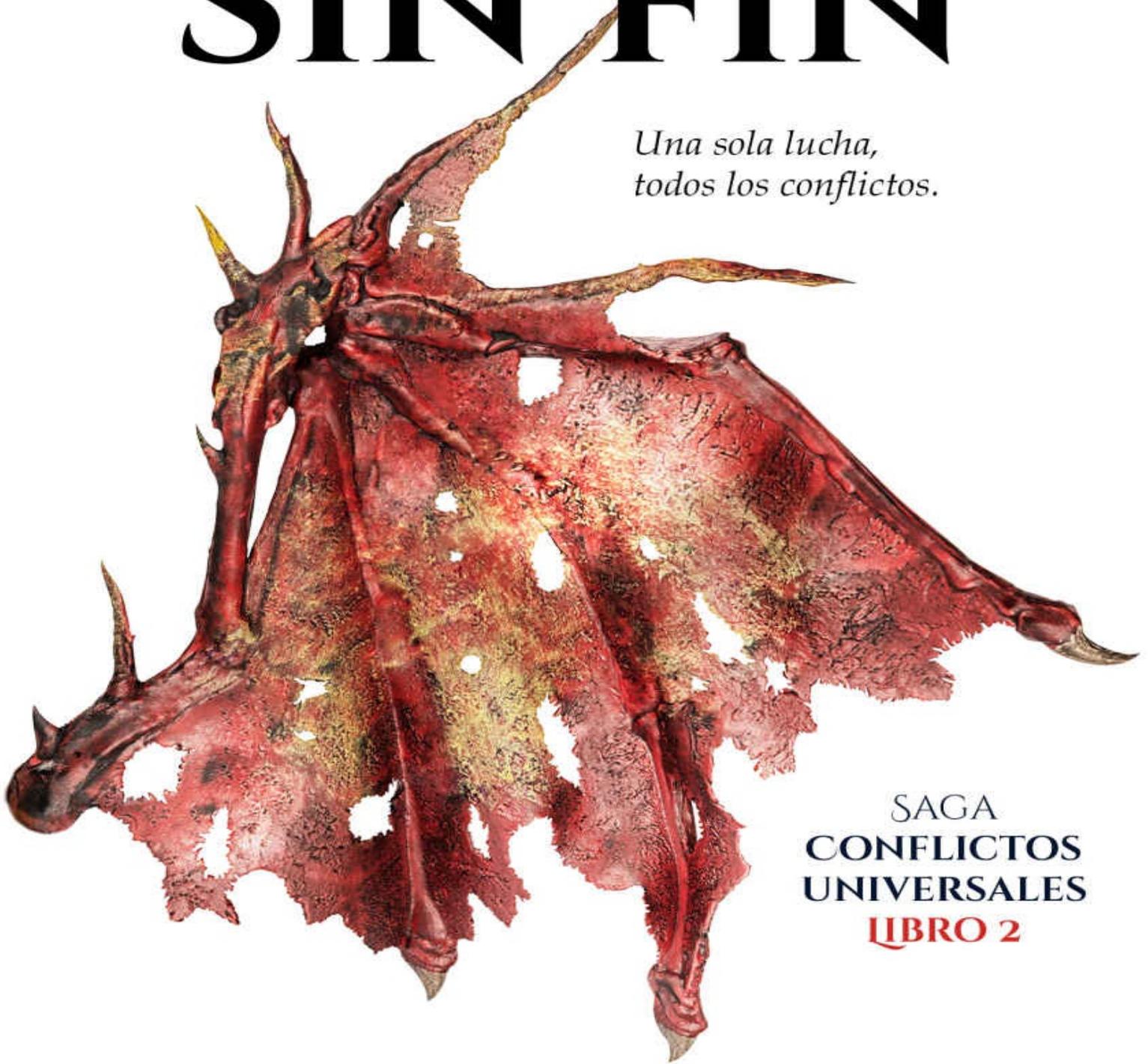


Lorena A. Falcón

UN CONFLICTO SIN FIN

*Una sola lucha,
todos los conflictos.*



SAGA
CONFLICTOS
UNIVERSALES
LIBRO 2

Contents

[Portada](#)
[Copyright](#)
[Libros de la autora](#)
[Última publicación](#)
[Capítulo I](#)
[Capítulo II](#)
[Capítulo III](#)
[Capítulo IV](#)
[Capítulo V](#)
[Capítulo VI](#)
[Capítulo VII](#)
[Capítulo VIII](#)
[Capítulo IX](#)
[Capítulo X](#)
[Capítulo XI](#)
[Capítulo XII](#)
[Capítulo XIII](#)
[Capítulo XIV](#)
[Capítulo XV](#)
[Capítulo XVI](#)
[Capítulo XVII](#)
[Capítulo XVIII](#)
[Capítulo XIX](#)
[Capítulo XX](#)
[Capítulo XXI](#)
[Capítulo XXII](#)
[Capítulo XXIII](#)
[Capítulo XXIV](#)
[Capítulo XXV](#)
[Capítulo XXVI](#)
[Capítulo XXVII](#)
[Capítulo XXVIII](#)
[Nota de la autora](#)
[Sobre la autora](#)
[Agradecimientos](#)
[Otras obras publicadas](#)
[El despertar de las gárgolas \(extracto\)](#)

UN CONFLICTO SIN FIN

Saga Conflictos Universales

Libro II

Lorena A. Falcón

Copyright © 2019 Lorena A. Falcón

Primera edición.

Todos los derechos reservados.

Diseño de tapa: Alexia Jorques

Libros de la autora

Brujas anónimas

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo
Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda
Brujas anónimas - Libro III - La pérdida
Brujas anónimas - Libro IV - El regreso

Conflictos universales

Libro I - Un último conflicto

El reino entre las nieblas

Libro I - Un camino marcado

Novelas - Tomos únicos

La torre hundida
Antifaces
Dejemos la historia clara
El despertar de las gárgolas
La hermandad permanente
Todas mis partes
Intercambios
Vidas paralelas, destinos cruzados
Decisiones
Número privado
Matices de la magia

Cuentos

Por un par de alas
Todo o nada
Una idea simple - A simple idea

No ficción

¿Quieres escribir una novela?
¿Quieres escribir un cuento?
Mi primera novela cumple diez años

Visita la página de [Lorena A. Falcón](#)

Última publicación

Una idea simple - A simple idea
Bilingüe - bilingual

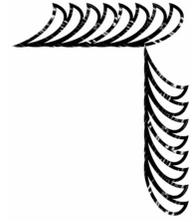


Minirrelatos que desconciertan - Mini stories that mystify

Minirrelatos de no más de cien palabras.
Pequeñas historias que desconcierta e invitan a pensar y a divertirse un rato.

Mini-stories of no more than one hundred words.
Little stories that mystify and invite you to think and have fun for a while.

Ya disponible en [Amazon](#).



Capítulo I



HUGO CORRÍA POR LAS CALLES sin saber a dónde ir. Hacía semanas que no podía ni acercarse a su departamento, había quedado destruido y, probablemente, todavía lo vigilaran. La casa de sus padres no era opción, ¿qué podría decirles? No tenía ningún amigo, al menos ninguno que conociera en persona. Por un momento, se le ocurrió buscar a Tamara, pero ella no tenía casa ahí. A lo mejor, si iba a la biblioteca...

Se miró las manos llenas de sangre: roja suya y morada de la bestia a la que había intentado ayudar. Cerró los puños, los apretó hasta que los nudillos quedaron blancos. Casi lo había logrado, habían pasado por tanto juntos... Sin embargo, al final, había fallado. Ahora estaba más seguro que nunca de que allí ocurrían más cosas que las que le habían contado los ángeles, más de lo que le había explicado Dalila...

Levantó la vista hacia el cielo, otra persona más en la que no podía confiar. Los lugares a los cuales podía acudir también eran cada vez menos. Precisaba encontrar un sitio donde recuperarse y planear el próximo movimiento. Porque, si de algo estaba seguro, era que debía llegar al fondo de todo aquello, quería..., necesitaba entender lo que sucedía y no quería que lo manipularan más.

Pensó en Elena, era una opción; tal vez, no la mejor, pero la única que se le ocurría. No sabía cómo se encontraría en términos de recursos; seguramente, tendría más que él, que solo se encontraba con lo puesto. Ni siquiera había comido en el último día. Por eso se detuvo en un callejón cercano a un puesto de comidas rápidas y aguardó a que se vaciara de gente. Cuando estuvieran a punto de cerrar, él se acercaría a los basureros, a veces dejaban allí la comida que sobraba. Nadie le prestaría mucha atención, al contrario, tratarían de alejarse de él como si tuviera la peste y eso era todo lo que necesitaba en ese momento.

Apenas las luces del local se apagaron y quedó solo una leve luminiscencia en el callejón, se acercó al primero de los contenedores.

Segundos después, oyó voces que se acercaban. Reconoció en el grupo a uno de los feligreses de la iglesia de Dalila. Alcanzó a esconderse entre las sombras. Los tres hombres se pararon en la entrada del callejón. No alcanzó a discernir lo que decían; luego de un momento, sonó un aleteo. Se aplastó contra la pared hasta que todo se calmó.

Esperó un poco más antes de asomarse.

Los hombres se habían ido o, por lo menos, no los podía ver desde donde se encontraba. El pueblo estaba cada vez más oscuro. Apenas si podía distinguir dónde se localizaban los tachos de basura. Se acercó a uno y revolvió hasta que encontró algunas bandejas con sobras de comida y se las llevó no muy lejos de allí.

No había pasado ni un mes desde que había visto al primer ángel... ¿Acaso esas apariciones no cambiaban las vidas para mejor? Sin embargo, todo había sido un desastre desde entonces.

«Si tan solo no hubiera intentado ayudarlo, si la hubiera escuchado a... No —pensó—, hice lo

correcto, no es mi culpa que ellos me mintieran. Por lo menos, no esa primera vez...».

No obstante, si hubiera prestado más atención a la única persona que le exponía sus dudas... Cuando lo hizo, fue demasiado tarde y ella había cambiado de opinión. Y luego, la última vez que la había visto, supo que le había pasado algo... más, estaba diferente, pero él estaba otra vez empeñado en salvar a alguien a quien ella quería evitar; como si estuviera repitiendo exactamente la misma historia.

Aunque pudo salvar a la bestia.

«Si tan solo pudiera saber por qué falleció. Parecía estar recuperándose y...».

No quería seguir esa línea de pensamiento porque sabía que la conclusión lógica era que alguien lo había *ayudado* a morir, y ese alguien podía ser una sola persona.

Hacía poco que la conocía. Sin embargo, cuando debía pensar en alguien en quien pudiera confiar, siempre venía ella a su mente: Tamara.

Hugo se frotó la cara y volvió a girar en el colchón, tratando de no hacer mucho ruido. Estaba en una habitación compartida con varios de los feligreses. Nunca había sido muy entusiasta de la religión, sobre todo por su familia... Pero Dalila le había dicho que allí estarían protegidos, que podrían hablar con libertad de lo que fuera.

Nada había sido así. La mayoría de las personas en la iglesia estaba aterrada, casi ninguno quería acercarse a la bestia que trataban de ayudar y todas las tareas de enfermero y cuasidoctor recaían en él. Además de aquellas que le exigían por ser «parte de la comunidad». Sabía que la iglesia de Dalila no era la más común, no le sorprendía que no admirara o creyera en los mismos dioses y ángeles que las tradicionales; no obstante, ¿por qué ayudaban a las bestias? Eso era algo que todavía no le habían explicado; en realidad, no le habían contado nada. Dalila le había ofrecido respuestas, pero no podía hacer ninguna pregunta.

Volvió a moverse sobre el colchón y oyó que alguien le siseaba silencio. Seguro de que ya no podría dormir, se levantó y caminó hasta la habitación donde mantenían a la bestia, en uno de los sótanos. Hugo creía que habían sido calabozos en alguna era no tan lejana; ahora se encontraban bien ventilados y con bastantes muebles.

Como lo esperaba, encontró a la bestia sola. Ya se había acostumbrado a su olor y podía aguantar las náuseas durante bastante tiempo. Sin embargo, las imágenes que le enviaba a su mente eran otra cosa. Solo soportaba permanecer unos minutos junto a ella. De todas formas, hacía días que era incoherente en sus palabras, si antes había sido difícil entenderle con su cara deformada y su boca apenas capaz de formular sonidos humanos, ahora era incomprensible. Además, Hugo estaba bastante seguro de que hablaba en otra lengua, una que no había oído antes.

Se acercó, se arrodilló al lado de la cama y le pasó un trapo húmedo por la frente. La bestia se movió en sueños y más imágenes se clavaron en la mente de Hugo. Cerró los ojos con fuerza y trató de no verlas, de dejar que transcurrieran por los costados de su visión.

—Deberías estar durmiendo —le dijo una voz risueña.

Se giró, Dalila esperaba del otro lado del umbral. Vestía como siempre, ella tampoco parecía haberse acostado.

—No podía dormir. —Suspiró Hugo.

—Piensas demasiado.

—¿Qué más puedo hacer? Me prometiste respuestas...

—Te prometí ayuda. —Levantó un dedo Dalila y sonrió, una sonrisa que a Hugo ya no le parecía tan benevolente—. Y es lo que tienes, aquí estás a salvo, los ángeles no vendrán...

—¿Cómo lo sabes?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué estamos esperando?

Ella alzó la vista por sobre su cabeza y su mirada se desenfocó.

—El momento apropiado para terminar con todo esto.

—Necesito hablar con Tamara.

Dalila negó con la cabeza.

—No es oportuno, no ahora.

—¿Cuándo?

Ella volvió a sonreír.

—Intenta dormir —dijo antes de dejarlo solo otra vez.

La bestia a su lado continuaba gruñendo. Hugo le revisó las heridas: no solo no habían mejorado, sino lo contrario; estaba bastante seguro de que habían empeorado poco a poco, con cada uno de los cuidados de aquellos feligreses.

Debían salir de allí, pero no podía cargar con la bestia... y tampoco podía dejarla allí. Solo le restaba pedir ayuda y había una sola persona en todo ese pueblo en la que podía confiar, pero no sabía si ella querría ayudar.

Ya llevaba demasiadas noches sin dormir y quedarse cerca de la bestia no ayudaba. Se frotó las sienes para tratar de evitar las imágenes. Al final, tuvo que regresar a su habitación.

Se sentó en la cama y suspiró. En verdad había creído que ese grupo lo ayudaría. Sí, era cierto que se trataba, a fin de cuentas, de una iglesia, quienes no serían los más adecuados para ayudar a uno de los enemigos de los ángeles, pero Dalila lo había convencido, le había dicho que aquellos no eran los ángeles en los cuales ellos creían. Y Hugo había confiado en ella, sobre todo, porque no tenía a nadie más en quién confiar ni ninguna otra persona que lo ayudara.

Se incorporó y caminó en pequeños círculos en punta de pie, para no despertar a nadie; no podía evitarlo. Parte de él quería regresar con la bestia, tenía miedo de lo que encontraría si la dejaba sola mucho tiempo. Otra parte creía que debería insistir con Dalila: a lo mejor, si conseguían otro médico... No creía que al de la iglesia le preocupara la bestia.

«Tengo que hablar con Tamara, es la única que podría ayudar, si logro convencerla... Ella no se quedaría esperando, haría algo».

Salió de la habitación sin mirar la hora, no era necesario, había notado que, en aquella iglesia, siempre había gente despierta por todos lados. Además, estaba bastante seguro de que Dalila no se había retirado a dormir.

Fue en la dirección contraria a la habitación de la bestia. Los sótanos eran una especie de laberinto y cada tanto se perdía un poco. Sin embargo, no le agradaba tener que pedir ayuda, también había notado que a nadie le gustaba que hiciera preguntas. Se alejó de todas las sombras que se acercaban a él. En una de las vueltas, oyó unas voces al final de un pasillo, una de ellas era de Dalila y estaba enojada: esa chica nunca estaba enojada.

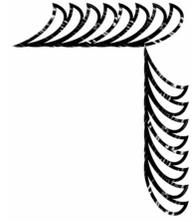
Se acercó con cuidado, sin hacer ruido. Sentía curiosidad, no le dejaban participar en ninguna de sus reuniones y todas sus charlas cesaban cada vez que él llegaba.

Al principio, no le había parecido tan extraño, era alguien ajeno a la organización y ellos eran una religión bastante cerrada. Como a todos, le había resultado raro que una iglesia como esa estuviera en el pueblo, no pertenecía a ninguna rama reconocida. Los católicos de la comunidad iban a un pueblo vecino para asistir a misa. Hugo jamás le había prestado atención hasta ahora, que conocía sus entrañas: había algo más allí. Detrás de la fachada de una pobre iglesia de pueblo, los interiores y los sótanos, donde estaba él entonces, eran mucho más modernos, con mucha tecnología incorporada. Algo ocurría ahí, pero no alcanzaba a comprender qué.

Se cuidó de evitar las cámaras, no estaban en todos los pasillos, sino que aparecían de

repente. Le parecía que algunas no funcionaban y no había visto ningún puesto de control (en general, lo habían mantenido alejado de todo lo que no fuera su cuarto compartido y el lugar donde mantenían a la bestia); sin embargo, no iba a arriesgarse.

Las voces provenían de una habitación que parecía una oficina. Apenas asomó la cabeza, vio a alguien de espaldas y volvió a ocultarse. Nadie dio señales de haberlo visto, así que espió otra vez. Entonces, la luz fluctuó y notó que alguien se acercaba. Se apretó contra la pared, la puerta de la habitación se cerró con cuidado. Lo que fuera que estuvieran hablando, no querían que nadie escuchara. Se acercó a la puerta y apoyó la oreja cerca del cerrojo. Esperaba poder oír algo que le ayudara a entender lo que estaba pasando o, al menos, decidir qué hacer a continuación, porque dudaba de que a la bestia le estuviera yendo bien ni que Dalila lo estuviera ayudando.



Capítulo II



—TENEMOS QUE HACERLO YA, ¿qué esperamos? —insistía Dalila.

—Es prematuro —dijo la voz de un hombre, Hugo no la reconoció.

—Esa bestia no despertará más, no nos sirve. Acabemos con ella y busquemos a otra, seguramente Hugo nos ayudará si le decimos que intentamos salvarla.

—No tenemos todavía la fuerza necesaria. No podemos mantener a ninguna de ellas aquí si están sanas y ¿qué sucedería si llegaran los ángeles tras ella?

—Una oportunidad para probar nuestras armas —contestó Dalila, con un tono tan desprovisto de emoción que a Hugo le dio un escalofrío. Esa no era la joven a la que estaba acostumbrado, la que tenía una sonrisa distraída y dulce.

Ya había sospechado que no estaban haciendo mucho para salvar a la bestia, pero había creído que se debía a que no estaba dentro de sus creencias religiosas. La verdad era mucho peor.

—¿Estás segura de que puedes controlar a ese muchacho? —preguntó una voz de mujer mayor

—. Me han dicho que es demasiado curioso, lo encuentran en lugares donde no debe estar...

—No es un problema —aseguró Dalila—, es bastante ingenuo y confía en mí.

«Ya no», pensó Hugo.

—¿Y su amiga?

—Ya no están en contacto, apenas si se conocen.

—Recibimos informes de que ella está en contacto con los ángeles —informó la voz de hombre.

«Tamara», Hugo reprimió un suspiro.

Se inclinó más hacia la puerta, notó que unos pasos se acercaban. La siguiente vez que Dalila habló, su voz se escuchó mucho más cerca.

—Tengo todo controlado en ese aspecto, pueden creerme y yo tendré fe en ustedes, si me dan lo que me prometieron.

—Esto es más que una simple venganza —dijo el hombre.

—No es una venganza —puntualizó el tono frío de Dalila.

—Como quieras..., niña —comentó la mujer—, pero todavía no estamos preparados.

Más pasos se acercaron a la puerta y Hugo decidió alejarse. Por suerte, los pasillos cercanos estaban vacíos. Se apresuró a llegar al lugar donde retenían a la bestia. Se acercó con cuidado, estaba en silencio y no percibía su respiración.

Le revisó el cuerpo, algunas de sus heridas todavía sangraban, nunca le habían explicado por qué no dejaban de hacerlo. Al principio, sintió enojo contra sí mismo por haber fallado, pero luego lo recorrió una especie de alivio.

Al menos, eso solucionaba uno de sus problemas. Oyó pasos al final del pasillo. Tal vez no debían encontrarlo allí; si la bestia estaba muerta, entonces no lo necesitaban para nada más. O sí

lo necesitaban, por lo que había oído decir a Dalila, pero él no iba a asistirle en cualquiera que fuera su plan.

Abrió la puerta y la entornó lo suficiente para asomar la cabeza. Dalila estaba de espaldas a él, en el extremo del pasillo, hablando con uno de los jóvenes de la iglesia. Hugo salió con cuidado en la dirección opuesta y corrió en puntas de pie hasta que encontró la salida de los sótanos. Había unas mujeres mayores junto a la puerta que llevaba arriba, tejiendo quién sabía qué a las dos de la mañana. Intentaron cortarle el paso, pero él era demasiado joven para ellas. Cuando llegó a la nave de la iglesia, encontró más feligreses y corrió con más fuerza. Solo algunos lo persiguieron, pero con un andar más pausado, como si quisieran ser cuidadosos con la impresión que daban a quienes se encontraban allí rezando.

«¿No es demasiado tarde para que estén aquí?».

Tal vez se había confundido la hora, era difícil saberlo en los sótanos, sobre todo durmiendo de a ratos y en cualquier momento. Ni lo miraron cuando pasó a su lado. De todas formas, ¿qué le preocupaba lo que pensarán de él?

Siguió corriendo hasta que puso bastante distancia con la iglesia. Aunque nada estaba lo suficientemente lejos en aquel pueblo.



LLEGÓ HASTA LA CASA DE LA SEÑORA GARCÍA y, en vez de dirigirse a la puerta principal, se acercó por la parte posterior, donde daba el cuarto de Tamara. Lanzó pequeñas piedras contra el cristal hasta que ella, finalmente, abrió un poco la ventana. Tamara vaciló unos minutos y luego la terminó de abrir y lo ayudó a subir.

—No deberías estar aquí —susurró Tamara con el ceño fruncido, mientras miraba de reojo hacia la puerta.

—¿Por qué? ¿Porque estás con los ángeles?

—¿Qué sabes de eso?

—Lo suficiente —dijo Hugo con expresión inmóvil, aunque se retorció los dedos por la espalda.

Tamara se llevó ambas manos a la cara y se frotó el rostro.

—Se suponía que todo esto había terminado.

—Creo que solo acaba de comenzar.

Ella se descubrió el semblante, apretó los labios, suspiró y volvió a echar una ojeada a la puerta.

—Bueno..., es cierto que me visitó un par de veces... Edmundo. Quiere que los ayude a buscarte... —musitó con voz débil— y a la bestia.

Hugo esperó.

Ella lo miró.

—Pensé que ibas a preguntar algo...

—¿Tengo que hacerlo?

Tamara reprimió una sonrisa y se encogió de hombros.

—Solo dije la verdad: que no sé nada.

Hugo sonrió un poco.

Tamara lo examinó de arriba abajo.

—Te ves terrible, ¿cuánto hace que no duermes?

—No lo sé —Hugo se rascó la cara y se sacudió el pelo—, no recuerdo cuántos días pasaron

desde...

—¿Desde la última vez que nos vimos? Una semana.

—¿Solo una? —Frunció el ceño Hugo.

Tamara vaciló un momento.

—Hace unos días..., tenía que llevar unos libros a..., bueno, quedaba cerca de tu —bajó el volumen de la voz— refugio y...

Hugo se sorprendió.

—¿Fuiste a verme?

—Pasaba por ahí, solo quería saber si estabas bien. Después de las *insistencias* de Edmundo y esa mujer ángel —hizo cara de asco—, no me pareció mal, ellos conocían esa dirección...

—Sí.

—Estaba..., mmm, cerrado.

—Sí —repitió Hugo—, ese no es el único problema. —Volvió a suspirar—. Tenemos que hablar...

Otra vez, cayeron piedras sobre el cristal.

Ambos se miraron entre sí y, con cautela, se acercaron a la ventana; primero Tamara y, detrás de ella, oculto entre las sombras, Hugo. Estaba un poco lejos, aun así podía distinguir a Elena debajo, se veía pálida y parecía más delgada. Hugo se volvió hacia Tamara, quien tenía la mirada fija sobre la mujer, y la escuchó susurrar: «¿Qué está haciendo aquí?».

Eso lo relajó un poco. Tampoco estaba de acuerdo con el grupo de Elena. Aunque ellos le habían abierto los ojos a lo que realmente eran las bestias, sus métodos no eran los que más le agradaban, sobre todo después de lo que le habían hecho a la familia de Tamara. Volvió a mirarla de reojo, no sabía cómo había terminado todo aquello, no había tenido tiempo de averiguarlo.

—Tamara...

—¿Ella está contigo? —se volvió hacia él, con el ceño fruncido y una expresión algo desconfiada.

—No —se apresuró a contestar Hugo—, no sé cómo llegó aquí, yo estaba con Dalila.

—¿Dalila?

Hugo cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Ella...

Una piedra entró por la hoja abierta de la ventana y le rozó el rostro a Tamara. Hugo la empujó a un lado y se acercó a la ventana.

—Uh —casi rio Elena—, otra vez juntos... Tal vez sea lo mejor, debemos irnos de aquí, no es seguro.

—¿Por qué tengo que creerte? —la increpó Tamara—. Después de lo que me hiciste, de lo que le hiciste a mi familia.

—Están vivos, ¿no? Es más de lo que hubieran logrado si hubieran estado con los ángeles...

—Ya no estoy con ellos —aseguró Tamara.

—Gracioso, porque no dejan de visitarte.

—Tal vez deberían *todos* dejar de vigilarme.

—Es un poco tarde para eso. —Elena se dirigió a Hugo—. Vienen hacia aquí por ti y por el otro, ¿está en la habitación?

—No —dijo Hugo con sequedad—. ¿Cómo sabes que se acercan?

—Tengo informantes.

Tamara se alejó de la ventana y se mordió el labio.

—Tal vez Edmundo no era el único que me vigilaba, debían de estar esperando por si

aparecías... No tendrías que haber venido.

—No había otra forma de comunicarme contigo. —Se sonrojó un poco—. Perdí mi celular y no me sé tu número de memoria, el último *back up*...

Tamara alzó las manos.

—No importa. Si es verdad que están llegando, es mejor que te vayas. No deben encontrarte —vaciló—, no estoy segura de lo que te pasaría si lo hacen. —Miró hacia la puerta y hacia la ventana—. ¿Tienes dinero?

—Debemos irnos ambos.

—No, yo ya terminé con todo esto, no tiene nada que ver conmigo.

—Por favor, no puedo confiar en nadie más.

Tamara volvió a vacilar.

—¿Qué pasó con...?

—Falleció..., pero hay mucho más detrás de eso, lo sé, solo necesito averiguar...

Tamara lo agarró por los hombros.

—Tal vez solo deberías dejarlo estar.

Su amigo parpadeó.

—Mira, Hugo, sé que quieres ayudar, pero a veces no se puede socorrer a las personas y estas... ni siquiera son personas. —Lo examinó de arriba abajo—. No sé qué pasó con Dalila, pero... Elena no fue lo que esperabas, ¿no la dejaste por eso? Y tampoco Edmundo resultó ser quien creías..., si todo el mundo te miente...

—Menos tú. Eres la única que se preocupó por saber cómo estaba. Además, eres la única que me dice lo que piensa y no lo que cree que quiero oír.

Tamara miró hacia un lado y apretó los labios.

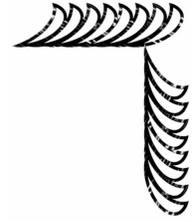
—Eres la única persona que conozco en el pueblo y solo por eso pasé a...

—Vamos, sabes que es más que eso, tú también quieres saber qué ocurre.

—Yo solo quiero que se termine.

—Y hay una sola forma de que suceda eso: llegando hasta el final de lo que está ocurriendo. Solo así podremos dejar de ser manipulados por todos los demás, ¿acaso eso no te enoja?

Se oyó un ruido ajetreado de alas fuera de la ventana y ambos miraron hacia allí a la vez. Se aproximaron lentamente. Se veían unas aves enormes acercarse bajo la luz de la luna, sus tamaños crecían con rapidez.



Capítulo III



—DEBE DE SER EDMUNDO —musitó Tamara.

—Y no está solo —comentó Hugo a la vez que entornaba los ojos para seguir la trayectoria de varias figuras en el cielo.

—No sé por qué, con solo uno de ellos bastaría. —Suspiró Tamara.

—¡No hay tiempo! —exclamó Elena.

—¿Por qué debemos confiar en ti? —insistió Tamara enojada—. Después de lo que hi...

—¡Solo lo hice para protegernos a todos! Pero eres demasiado egoísta para entender lo que está afectando a todo el mundo y no solo a ti.

—¿Puedes contenerlos? —preguntó Hugo—. Al menos, demorarlos un momento, lo suficiente para que podamos hacer algunos arreglos para huir.

Elena negó con la cabeza.

—No, ya no nos quedan muchas armas que puedan hacerles frente..., atacaron la última ubicación que... —se movió ansiosa—. En verdad, no tenemos tiempo, nuestra única posibilidad es irnos antes de que lleguen. Podemos hablar de esto en otro lado, pero debemos irnos ahora.

Tamara y Hugo volvieron a mirarse uno al otro.

—No confío en ella —dijo Tamara.

—Yo tampoco, pero si Edmundo aparece con los demás, no podremos contra ellos solos, tal vez sea nuestra única oportunidad.

—Podemos probar suerte huyendo por nuestra cuenta... si ellos están aquí cuando lleguen los ángeles.

Hugo negó con la cabeza.

—Si Elena está acá, estoy seguro de que sus hombres están rodeando la casa.

—¡No es hora de debates! ¡No queda más tiempo! —los presionó Elena.

—Al contrario —apareció Dalila entre las sombras—, es justo el momento adecuado. —Levantó la vista hacia la ventana—. ¿Por qué te fuiste así, Hugo, sin avisarnos?

—Lo sabes bien —contestó Hugo y verificó dónde se encontraban los ángeles: ya se podía discernir sus siluetas. Luego se volvió hacia Tamara y agregó en voz baja—: tenemos que salir por otro lado.

Tamara miraba a Dalila con el ceño fruncido.

—Solo está la puerta principal —murmuró.

—Supongo que allí también habrá gente de... todos los grupos.

—Estamos atrapados.

—Tal vez... —musitó Hugo con el ceño fruncido—. Vamos a la cocina.

—Ahí no hay puerta —dijo Tamara, vacilante—, solo una ventana.

—Lo suficientemente grande. —Se volvió hacia ella—. Si te quedas, no sabes lo que ellos

harán, ninguno de ellos, y ¿no preferirías, al menos, entender lo que en verdad ocurre?

—Si es que alguna vez lo hacemos —murmuró Tamara, sin embargo, se puso en marcha tras Hugo, quien ya estaba en el pasillo.

En ese momento, la ventana de la habitación explotó. Hugo intentó llegar a Tamara, pero esta ya estaba en el piso y la arrastraban hacia atrás. Cuando entró en la habitación, la mayor parte estaba ocupada por un ángel, uno de los más pequeños, no lo había visto antes. Retenía a Tamara de los tobillos mientras la joven intentaba sujetarse de la cama. Hugo se lanzó hacia su amiga e intentó sujetarla de los brazos, pero los dedos se le resbalaban. Ella perdió su agarre de las patas de la cama.

—¡Hugo! —gritó Tamara y la pieza se llenó de humo.

El ángel se tambaleó y soltó uno de los tobillos de Tamara. Hugo aprovechó para golpearlo con una silla, que se rompió en sus manos; sin embargo, hizo retroceder al ángel un paso y soltar el otro tobillo de Tamara. Hugo la ayudó a ponerse de pie.

Fuera de la casa, se escuchaban más explosiones y gritos, Hugo se sintió tentado de mirar, pero no podía perder la quizás única oportunidad que tendría para escapar de aquel ángel.

—¿A dónde? —preguntó agitada Tamara, quien ya estaba a su lado, jadeando y con algunos rasguños, aunque no parecía que tuviera heridas mayores.

Hugo miró alrededor de la pieza y corrió a agarrar la computadora. Cuando estaba girando, sintió que se quedaba congelado en el aire y se le caía de las manos. Había una luz blanca muy intensa a su alrededor y todos sus músculos estaban paralizados.

—¿Qué sucede? —gruñó Tamara; por la expresión de su rostro, también intentaba moverse.

Hugo notó que se le cerraban los ojos. La luminosidad que los envolvía era tan reconfortante como inmovilizadora.

—No tienen a dónde ir —vibró la voz del ángel—, ¿por qué huyen de nosotros? Ya saben quiénes somos.

—No —rezongó Hugo con la voz contraída—, no sabemos quiénes son, solo lo que simulan ser.

Notó que la presión aumentaba y ya casi no podía mantener los ojos abiertos. Vio a Tamara debatirse con fuerza y caerse junto a la cama. ¿Cuándo había llegado hasta allí?

—Ya veo, es cierto lo que dijo Edmundo entonces, este pueblo está...

La casa volvió a vibrar y se llenó de humo. De soslayo, Hugo alcanzó a ver un par de sogas que colgaban del otro lado de la ventana y luego unas personas vestidas de negro que bajaban por ellas y saltaban sobre el ángel con armas en las manos que no había visto antes. Inmediatamente, la luz desapareció y pudo volver a moverse. Tamara llegó a él primero.

—¡Vamos! —Lo ayudó a salir de la habitación.

En el pasillo, oyeron voces provenientes del piso inferior.

—La señora García —jadeó Tamara y le presionó el brazo mientras miraba hacia ambos lados.

Hugo le hizo señas para que guardara silencio, por más que los ruidos en la habitación continuaban. Abajo, la señora García conversaba con alguien en la puerta de entrada, que parecía estar abierta. Hugo aguzó el oído y alcanzó a distinguir la voz de una mujer.

—¿Dalila? —musitó.

—No entiendo —murmuró a su lado Tamara—, *tiene* que estar escuchando lo que sucede en esta habitación.

La voz de la señora García se oía tranquila, pero firme. Dalila presionaba para entrar, la mujer mantenía la puerta entornada.

—Es ahora o nunca —dijo Hugo. Agarró a Tamara de la muñeca y bajaron corriendo los escalones que llevaban a la planta baja. Desde donde estaban, solo podían ver la mitad del perfil de la señora García y la puerta semiabierta; no se vislumbraba a Dalila, solo su sombra en el umbral, parecía que había más de una persona.

—Ya tuvimos esta conversación varias veces —insistía la señora García—, no voy a afiliarme a tu Iglesia, no pertenezco a ninguna y así será hasta el fin de mis días.

—Eso puede estar más cerca de lo que espera.

Hugo sintió que Tamara se tensaba a su lado, pero la urgió a no detenerse.

—Ese es mi problema. —Fue la respuesta cortante de la señora García y cerró la puerta de un golpe firme en el mismo instante en que Hugo y Tamara entraban en la cocina.

Hugo la atravesó en unas cuantas zancadas y abrió la ventana. Examinó los alrededores antes de salir, había algunas personas, pero estaban bastante lejos y de espaldas a ellos. Le hizo una señal de silencio a Tamara y salió primero.

Había solo unos pequeños arbustos que bloqueaban la vista baja de la ventana y se apresuró a agacharse al caer del otro lado. Desde allí, no se oían los ruidos de lo que sucedía en la pieza de Tamara. Ayudó a la joven a salir y esperaron un momento. Dalila y los que estaban con ella todavía merodeaban en la puerta de entrada; seguramente, volverían a la parte trasera, donde ocurría la batalla o tal vez...

—Tenemos que salir de aquí... —musitó Hugo.

Tamara lo empujó un poco y señaló algo. Él divisó la entrada a un sótano externo y negó con la cabeza.

—Si entramos ahí, luego no podremos salir.

—Solo necesitamos que piensen que fuimos hacia allí.

Hugo vaciló.

—No creo que Dalila... o Elena sean tan tontas.

—Aunque lo duden, de todas formas, enviarán a alguien a comprobarlo. Mientras menos queden fuera, mejor.

Hugo asintió y corrieron hacia la puerta del sótano, tratando de que no los vieran ni los escucharan, por lo menos hasta que ellos quisieran. Había, por lo menos, seis hombres con Dalila y dos de ellos, por sus ropas, no pertenecían a su grupo; tal vez proviniesen de las tropas de Elena. Estaban discutiendo y, tal vez por eso, no los notaron correr. Hugo se preguntó dónde estarían los ángeles en ese momento, no creyó que se demoraran mucho en incapacitar a los hombres de Elena que habían entrado en la habitación. No estaba seguro de para cuál lado estarían trabajando los de Dalila.

—Listo —anunció Tamara una vez que abrió el candado de la puerta del sótano.

—¿Cómo...? —preguntó Hugo con el ceño fruncido.

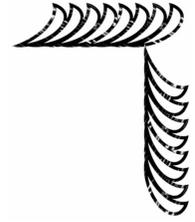
—Ahora no —dijo ella a la vez que abría una de las hojas.

Él abrió la otra y luego volvieron a cerrarlas, dejándolas algo entornadas; después corrieron a esconderse a un costado de la casa y lanzaron unas piedras para hacer ruido alrededor del sótano.

No tardaron en acudir varios hombres y entraron al sótano una vez que comprobaron las puertas. Sin embargo, Dalila y uno de los feligreses quedaron frente a la puerta principal.

—No tenemos otra opción —dijo Hugo y Tamara asintió.

Lo único que podían hacer era salir corriendo y rogar por ser más veloces y que ninguno de ellos tuviera armas.



Capítulo IV



NO HABÍAN SOBREPASADO más que unos cuantos metros a Dalila y el otro hombre, cuando los escucharon gritar y, a continuación, notaron los pasos que iban detrás de ellos. Al menos, no habían disparado. Hugo comenzó a correr en zigzag, tratando de perderlos sin confundir también a Tamara. Él conocía el pueblo lo suficiente como para internarse entre las calles, pero Dalila también; la única que estaría en desventaja sería Tamara.

La oyó dar un pequeño grito detrás de él y luego sintió el sonido de un golpe. Cuando se dio la vuelta, la vio en el piso, el feligrés a unos cuantos pasos de ella y Dalila un poco más atrás. Sin dudar, se lanzó sobre el hombre y ambos rodaron por el suelo. No sabía pelear, así que se dedicó a balancear los brazos tratando de dar contra algo y, varias veces, llegó a golpear al hombre. Sin embargo, este pegaba con más fuerza y destreza.

Mientras intentaba esquivarlo, percibió los ruidos de otra pelea. En ese caso; se trataba de Tamara y Dalila, pero Tamara no parecía tener los mismos problemas que él.

Él último impacto del feligrés lo dejó en el piso y se le cerraron los ojos. Estaba seguro de que recibiría unos golpes más y se preparó, tensó el cuerpo... Y oyó el gruñido del otro hombre y luego lo sintió caer a su lado.

—¡Vamos! —lo urgió Tamara.

Estaba jadeando y con el pelo y la ropa desordenada; no parecía estar herida. Hugo dejó que lo ayudara a levantarse y ambos salieron corriendo; esa vez, entraron en algunos huecos que quedaban entre las casas en un intento de que les perdieran el rastro. Al levantarse, había alcanzado a ver a Dalila en el piso; sin embargo, la última vez que miró por sobre su hombro, ya se estaba levantando y alzaba la vista hacia el cielo. Hugo siguió su mirada y distinguió las sombras de unas alas. Se apresuró en meterse en lugares que no fueran tan fácilmente visibles desde arriba, la luna era demasiado clara esa noche.

Pronto amanecería. Si tenían suerte, los ángeles se ocultarían entonces, no les gustaba aparecer frente a muchas personas: demasiadas preguntas. Aunque no sucedería lo mismo con los demás grupos, sobre todo con la Iglesia de Dalila, no los había visto dormir nunca. Hugo se frotó la nuca, no recordaba la última vez que él había tenido una buena noche de sueño.

Si Elena y los suyos también los habían seguido, tal vez los tres estarían demasiados ocupados peleando entre ellos como para perseguirlos; al menos, durante un tiempo. Solo esperaba que la señora García estuviera a salvo. A lo mejor, debería haberle avisado..., pero ¿qué excusa podía darle por aparecer en la madrugada, desde dentro de su propia casa? Sin embargo, había atendido a Dalila y eso...

—¿A dónde vamos? —preguntó de repente Tamara.

Hugo se volvió hacia ella con el ceño fruncido y tardó un momento en reaccionar. Había estado caminando automáticamente mientras pensaba en su próximo paso, eso no estaba bien,

debería meditar mejor sus acciones. Inspiró profundo y miró alrededor para situarse. Vaciló.

—¿Hugo?

—Perdón, no estaba prestando atención.

Tamara echó un vistazo en rededor.

—No creo que sea bueno quedarnos fuera, ¿tienes algún otro lugar a donde ir que no sea tu departamento o tu refugio?

Hugo volvió a vacilar.

—¿Qué pasa? —insistió Tamara.

Él hizo un gesto vago con la mano.

—Esa es la casa de mis padres.

—¿Ellos viven en el pueblo?

—Sí.

—Mmm.

—¿Qué?

Tamara se encogió de hombros.

—No sé, tenía la sensación de que estaban más... alejados.

—Lo estamos —dijo Hugo y se acomodó el flequillo—, pero nos dejarán quedarnos un momento, sin muchas preguntas.

Suspiró y se encaminó hacia una pequeña casa blanca con pocos colores en el techo y un jardín muy cuidado delante.

—Tal vez deberíamos esperar un poco —sugirió Tamara cuando estaban frente a la puerta—, a que sea un horario más razonable.

—Estarán despiertos —dijo Hugo y tocó el timbre.

—¿No tienes...? —Ella no terminó la frase.

La puerta se abrió poco después y apareció un hombre no mucho mayor que Hugo. Detrás de él, apareció una mujer más o menos de la misma edad.

—Hugo —dijo ella y se le iluminó la mirada.

—¿Podemos pasar? —Hugo se dirigió a su padre e hizo una señal hacia Tamara—. Es una amiga.

El padre la miró de arriba abajo antes de hacerse a un lado.

—Prepararé el desayuno —informó la madre y corrió hacia la cocina.

Ambos estaban muy despiertos y bien vestidos.

Hugo condujo a Tamara al comedor y se sentó en uno de los sillones. Su padre los siguió unos pasos y luego se desvió hacia la cocina. Tamara se sentó al lado de su amigo.

—Mmm, ustedes...

—Siempre es así —dijo Hugo y se levantó el antejo para pellizcarse la nariz. Luego se irguió en el sofá—. ¡Lo siento! —exclamó de repente—. Debería haber preguntado antes..., ¿qué sucedió con tu familia?

La expresión de Tamara se endureció y ella desvió la mirada.

—Ellos están... —suspiró— bien.

—Pero...

—No todo... era cierto; en realidad, solo tenían a mi hermana y ¡ni siquiera eso! Ella se unió al grupo por voluntad propia y creó todo ese disparate para que yo... —se encogió de hombros—, no sé exactamente qué esperaba, creo que está enojada porque me fui —volvió a encogerse de hombros—; no sé qué tanto puedo recriminarle, tal vez... —sacudió la cabeza—, no importa, eso siempre fue complicado, y yo quería alejarme de todo... eso, no quiero volver a estar allí.

Hugo esperó un momento antes de hacer la siguiente pregunta.

—Entonces..., ¿ella ahora está con Elena?

—Supongo... Me parece que está más interesada en conocer a los ángeles antes que cualquier otra cosa; no lo sé, todavía es muy joven e impresionable. —Casi sonrió, pero lo suprimió rápidamente.

En ese momento, aparecieron los padres de Hugo. La madre dejó una enorme bandeja sobre el mueble bajo frente al sofá, contenía varios platos con pequeños pasteles y algunos vasos con jugo y una tetera humeante, más una colección de saquitos de té de diferentes colores.

—¿Cuál te gusta más? —preguntó la mujer dirigiéndose a Tamara.

—Eh..., no me importa mucho, cualquiera está bien.

La mujer apretó los labios, pero no hizo ningún comentario y le sirvió un té morado. Tamara miró a Hugo y este hizo un gesto negativo con la cabeza. Luego su madre le preguntó a él qué té quería y el muchacho contestó con decisión, al igual que su padre; la mujer parecía complacida.

Hugo miró de reojo a Tamara, tal vez no debería haberla llevado allí sin antes contarle un poco sobre sus padres..., aunque ella no era ajena a las familias disfuncionales. Estaba a punto de pedirle a su madre que le dejara servir cuando vio que ella ya le estaba ofreciendo galletitas a Tamara y esta le respondía con firmeza. Eso era lo que más le gustaba de ella, se adaptaba con facilidad a las circunstancias, fuesen cuales fuesen estas. Casi sonrió, pero notó que su padre lo estaba observando.

Cuando la mujer terminó de servir, todos comieron y bebieron en silencio alrededor de la mesa. Recién después de eso, el padre se dirigió a Hugo.

—¿A qué debemos tu visita?

—Estaba por el vecindario.

—¿A esta hora?

—Sí —Hugo estaba muy serio—, estábamos paseando.

—¿Ella es virgen también?

Tamara se volvió hacia Hugo un instante y ya se disponía a abrir la boca, pero él se le adelantó.

—No hablamos de esas cosas.

—Bien —asintió su madre.

—Al menos, deberías haberlo comprobado antes de involucrarte con ella.

—No estamos involucrados... —se le enrojecieron las orejas—, solo somos amigos.

—Aun así, debes saber si tus amigos siguen las reglas de Dios, eso también afectará a tu inclusión o no en el Paraíso.

Los músculos de las sienes de Hugo se movieron, tensos.

—Soy virgen, señor —se apresuró a decir Tamara.

Hugo la miró, extrañado; no estaba seguro de si su comportamiento de niña educada era fingido o real. Tal vez, un poco de ambos. El padre la observó con fijeza un momento y luego asintió muy brevemente. Se puso de pie y su mujer siguió su ejemplo.

—Debemos terminar con nuestros rezos diarios, pueden continuar el desayuno, pero no cierren las puertas.

Se alejaron hacia la habitación contigua; podían observarlos desde allí. Tamara se inclinó hacia Hugo.

—No te acerques mucho —murmuró él—. Cuando empiecen a rezar, tendremos unos minutos para hablar, pero no tienen que vernos muy juntos.

Tamara frunció los labios y tomó un poco más de té.

Cuando las voces de sus padres se volvieron monótonas, Hugo se volvió hacia su amiga.

—Lo siento.

Ella negó con la cabeza.

—Ni lo pienses, no es peor que otras familias. Aunque creo que..., ¿es por eso que tú...? No importa, ahora necesitamos ver qué hacemos. No puedo volver a la casa de la señora García, espero que esté bien, no quiero exponerla a más problemas, y tampoco los quiero yo.

—Creo que solo tenemos una opción: descubrir qué sucede en realidad.

Tamara volvió a negar con la cabeza.

—No podemos dar marcha atrás —insistió Hugo— ni simular que nada de esto existe; no se olvidarán de nosotros.

—Esto no es lo que quería...

—Tampoco es lo que yo esperaba, si te sirve de consuelo. —Sonrió levemente Hugo.

Tamara intentó sonreír también y se sirvió otro pastelillo.

Luego de masticarlo con lentitud y echar un vistazo a los padres de Hugo, que seguían sumergidos en sus palabras, se inclinó hacia su amigo y le habló en la voz más baja que pudo.

—¿Qué fue lo que sucedió con Elena? Entiendo por qué dejaste de confiar en Edmundo, yo... debería haber mantenido mi confianza en mi primer instinto...

—Cambiaste de opinión porque yo te lo pedí.

—No —se inclinó hacia atrás—, bueno, no voy a decir que no lo tuve en cuenta, pensé que..., pero cambié de opinión por mí. No soy de las que creen lo que los demás quieren que crea.

—Lo sé, pero si no te hubiera presionado... —se masajeó las sienes— y luego intenté que creyeras lo contrario cuando estábamos en la casa de Elena. No lo sé, me confundieron tanto... De lo único que estoy seguro es de que no puedo confiar en ninguno de ellos y que, si quiero encontrar respuestas, tendré que hacerlo por mi cuenta —miró de reojo a Tamara— o con la ayuda de la única persona que no se cree todo lo que le dicen.

Ella sonrió, pero guardó silencio.

Hugo continuó.

—Elena me mostró varios videos, filmaciones de los ángeles de hace años, y también de algunas bestias contando sus relatos. No sabía qué creer, hasta que pude hablar con una de ellas y vi que no eran los monstruos que pensaba. No pueden controlar lo que sucede a su alrededor, tal vez simplemente están enfermos. Creo que esa es una de las teorías que maneja el grupo de Elena. Como sea, los ángeles buscan exterminarlos y no queda claro por qué. Las bestias no son dañinas si se las deja solas. Nada más quieren un lugar para vivir alejadas de todo lo demás. Por lo menos, eso es lo que me dijo Elena. Y así me pareció entonces. Cuando encontré a esa bestia, la que rescaté, lo que vi fue... a alguien sufriendo.

—No era así como parecía Edmundo cuando lo encontramos —murmuró Tamara.

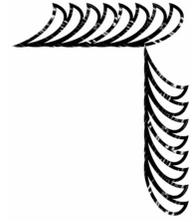
—No, pero no lo esperaba de él —echó un vistazo al cuarto de al lado—, tenía fe... En cambio, de la bestia esperaba justamente lo contrario, tal vez eso fue lo que más me descolocó. Así como la organización de Elena, se nota que hace años que están detrás de esto, décadas..., no parecía ser algo tan simple como la caída de un ángel en batalla contra una bestia. —Hizo una pausa—. En verdad lamento lo que sucedió con tu hermana, no esperaba que..., aunque tendría que haberlo supuesto por los medios que utilizaban para conseguir lo que deseaban. Es solo que... deseaba *tanto* estar del lado correcto.

Tamara suspiró.

—Conozco la sensación. —Estiró las piernas y amagó a tomar otro pastelillo, pero al final desistió—. También sé lo que se siente no saber qué hacer.

Hugo asintió.

Las voces de sus padres comenzaban a apagarse, casi al mismo momento en que los ruidos en la calle arrancaban. El día normal del pueblo, con sus personas y sus conversaciones e idas y vueltas de un lado a otro sin que nadie se diera cuenta de todo lo que en realidad sucedía a su alrededor.



Capítulo V



—NO TENEMOS MUCHO MÁS TIEMPO antes de que terminen sus rezos, luego de eso mamá sentirá que ya tiene el derecho a hacer preguntas —Hugo se movió incómodo en el sofá— y le gusta hacer muchas.

Tamara asintió con la boca llena.

—Creo que lo más seguro sería hablar con las bestias.

Tamara se atragantó.

—¿Eso es lo más seguro? —dijo mientras trataba de no toser y mantener el volumen de voz bastante bajo.

—No creo que podamos creerle a Edmundo y su grupo ni confiar en el de Elena, ellos querrán queelijamos un bando y yo quiero primero entender qué está pasando.

—¿Y Dalila? ¿Cómo encaja ella en esto? ¿Desde cuándo...?

Hugo endureció el gesto.

—No es lo que parece. No es la chica que conocí toda mi vida, tal vez nunca lo hice...

—¿Qué sucedió con...?

—Falleció —inspiró él—. No pudo contarme mucho más, pero estoy seguro de que la historia no es como la narran Edmundo y los otros ángeles. No creo que ni Elena ni Dalila —se le escapó una sonrisa— sepan lo que sucede más allá de que hay una pelea y ellas tienen sus propios grupos... —Le recorrió un escalofrío—. Es más, creo que, si no fuera por sus personalidades, probablemente estarían en el mismo, y eso no sería bueno para nosotros. Lo único que sé es que no podemos confiar en ninguna, ni en los ángeles ni en las bestias..., bueno, la que rescaté me dijo que los verdaderos tiranos son los ángeles.

—Mmm, ¿no es *obvio* que ellos los vean así? —Tamara bajó la vista y la concentró en el té que le quedaba en taza—. O sea..., todo el mundo ve como villano a aquel que está en su contra.

—Sí, es lógico que las bestias piensen de esa manera —confirmó Hugo—, pero también lo hacen Elena y... —vaciló— y tú... Creo que tú también lo ves así. Nunca confiaste realmente en Edmundo.

—Yo no suelo confiar en nadie. —Tamara volvió a desviar la mirada.

Hugo sonrió, pero no contestó a eso.

—Sin embargo, sucedió algo más..., al final, algo que hizo que volvieras a tu decisión inicial de no confiar en Edmundo, ¿qué pasó?

—Lo sabes, ellos... terminaron con las bestias.

—Pero hay algo más —insistió Hugo y miró de reojo a la otra habitación, el canto monótono proseguía a un ritmo más calmado, casi adormecedor.

—Es que fue... —Suspiró—. Si lo hubieras visto, no creerías que ellos son ángeles, son tan... fieros.

—La justicia puede ser un poco fría, sí —Hugo se acomodó el flequillo—, pero ellos no tienen compasión. Entiendo que no tienen por qué ser como los ángeles en los cuales siempre nos hicieron creer las mitologías antiguas; sin embargo... —Paseó la mirada por la habitación sin fijarla en ningún lugar en particular—. Quiero verlo.

—No verás nada.

—Tuvo que haber quedado...

—Nada. —Fue la tajante respuesta de Tamara.

Hugo inspiró.

—De todas formas, me gustaría ver el lugar. Me parece que es nuestra mejor pista para encontrar a las bestias.

—¿En verdad crees que cooperarán? ¿Cómo sabes que no nos atacarán apenas nos vean?

—Creo que... si le cuento sobre esa bestia..., podremos hablar. Si los miras a los ojos..., es más fácil.

—Hay que obviar todo su aspecto y las pesadillas y el olor...

Hugo sonrió de costado.

—No es fácil, pero creo que puedo lograrlo.

El cántico en la habitación contigua cesó y Hugo se puso de pie.

—Será mejor que nos vayamos ahora.

Tamara siguió su ejemplo.

Alcanzaron la puerta antes de que sus padres lo hicieran también.

—Lo siento, má —dijo Hugo mientras cerraba la puerta detrás de él—, estamos apurados.

La calle seguía vacía, aunque era completamente de día, aún era bastante temprano.

—¿Hacia dónde? —preguntó Hugo después de que se alejaran unos pasos.

—Mmm, me llevaron volando...

Hugo frunció el ceño, luego le hizo una seña para que lo siguiera. Llegaron a un escaparate que mostraba diferentes artículos escolares y exponía un gran mapa del pueblo y los alrededores. Tamara, tras una pequeña vacilación, lo estudió un momento y luego señaló un punto a unos dos kilómetros de allí.

—Pasamos por aquí. Estoy segura. Las cuevas no pueden estar muy lejos de este lugar.

Hugo observó el punto que ella señalaba en el mapa.

—Creo que sé dónde es... —miró alrededor—. Necesitaremos unos suministros —le echó un vistazo a Tamara— y tendremos que caminar.

Ella frunció los labios un momento.

—Será fácil vernos desde el cielo.

—No si encuentro los suministros que necesito. —Sonrió Hugo.

Tamara suspiró, pero lo siguió de todos modos y él sonrió aún un poco más.



—ÉSTO ES RIDÍCULO —murmuró Tamara, quien avanzaba a su lado cubierta por un pedazo de lona.

Hugo había tratado de pintarla con los colores más parecidos a los del suelo que los rodeaba. A él esa parte de los alrededores siempre le había parecido como una travesía por medio del desierto, aunque no lo fuera. Solo estaban en las afueras del pueblo, en camino hacia unas formaciones rocosas que contenían algunas cuevas. Él las había visitado varias veces de niño, cuando todavía tenía entusiasmo aventurero que se traducía en lo físico. Aquello terminó cuando

descubrió las computadoras y todo lo que podía hacer con ellas.

Debían moverse con lentitud para que sus colores no resaltaran demasiado en el entorno. No sabía qué tan aguda era la visión de los ángeles ni a qué altura volaban, pero no creía que les prestaran atención a pequeñas variaciones en el suelo; sobre todo, si no estaban relacionadas con las bestias, que era lo que buscaban. Por lo menos, los ángeles que conocía eran bastante arrogantes y pasarían las minucias por alto. De todas formas, no quería arriesgarse.

Se habían demorado antes de arrancar la caminata y ya era mediodía. No creía que llegaran antes de la mediatarde. Le pasó a Tamara una botella de agua. Ella tomó un trago largo y se la devolvió.

—No vas a contarme lo que sucedió, ¿no?

—¿No te lo imaginas?

—Sí.

Ella se volvió hacia él.

—Entonces, ¿qué? ¿Tienes curiosidad morbosa?

—No —hizo una mueca Hugo—, más bien una curiosidad... informativa. Cualquier detalle puede ayudarnos a saber más sobre lo que está ocurriendo, así como a encontrar a más de esas bestias.

—Si todavía quedan... —murmuró Tamara y suspiró.

Caminaron unos pasos más antes de que ella comenzara a relatar lo sucedido con voz monótona y uniforme. No lo miró ni una sola vez, estaba muy concentrada en el horizonte, que anunciaba unas cuevas que nunca llegaban.

—Ya veo. —Fue lo único que dijo Hugo cuando ella terminó su historia.

Luego de varias horas, decidieron descansar un poco y comer algo.

—¿Qué sucedió con Dalila? —preguntó Tamara cuando volvieron a ponerse en camino.

—No era lo que esperaba.

—¿En qué sentido?

—No es tan dulce como parece. Pensé que quería ayudarme, pero creo que era yo quien la estaba ayudando a ella y no en un modo que hubiera elegido. Su grupo tiene una relación extraña con los ángeles.

—¿Como la organización de Elena?

—No..., no lo creo, parece más... personal, casi como una *vendetta*, al menos para Dalila. Siempre pensé que eran una organización religiosa, por lo menos, se muestran así; aunque, ahora que los conozco mejor, no llego a comprender a qué religión pertenecen.

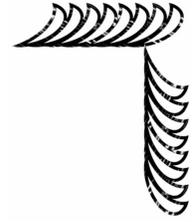
—Mmm —Tamara frunció el ceño—, no me gustan los religiosos... —Hizo un ruido extraño con la boca y vaciló un paso—, lo siento, quise decir...

—No te preocupes, estoy acostumbrado, además... —sonrió un poco—, a mí tampoco me gusta mucho eso.

—Mi tía es así, la hermana de mi mamá, y siempre dice que hay que perdonar y aceptar las situaciones como si... —se encogió de hombros—, no es que a mí me guste pelear, pero eso no quiere decir que simplemente vaya a aceptar cualquier cosa que... —Alzó los brazos y los dejó caer.

—Entiendo —dijo Hugo.

El resto del camino lo hicieron en silencio, ambos con los ceños fruncidos. Llegaron a las cuevas cuando el sol ya se ocultaba.



Capítulo VI



HUGO SE APRESURÓ A EXAMINAR la entrada y los alrededores mientras todavía quedaba luz de día. No encontró nada, ni siquiera polvo o pequeñas piedras o algún indicio de vegetación, como si lo hubieran limpiado todo (y seguramente lo habían hecho). Tamara lo esperaba en el acceso a la cueva, sentada de espaldas a ella, con las linternas que habían llevado en las manos.

—Deberíamos entrar.

—Claro que sí —murmuró Tamara sin ningún tipo de entusiasmo a la vez que se levantaba—, aunque supongo que si limpiaron aquí fuera...

—Sí, también lo habrán hecho dentro, pero allí hay más recovecos y está más oscuro, tal vez olvidaron algo o veamos alguna otra pista que nos ayude a determinar dónde podría haber otras bestias. A lo mejor, ellas también vinieron aquí en busca de sobrevivientes.

—¿Crees que son... como un grupo? Me refiero a que estén organizados como los ángeles.

—No, no lo creo, me parece más bien que se juntan para sobrevivir y porque son los únicos que pueden entender lo que les está pasando, lo que sienten cuando uno de ellos está cerca.

Tamara asintió y le dio una de las linternas.

Dentro de la cueva, estaba fresco y solo bastaron unos cuantos pasos para que tuvieran que encender las linternas. Hugo se acercó un poco más a Tamara, aunque ella no parecía preocupada por la oscuridad que los rodeaba. A los pocos metros, se abrían varios brazos de túneles y cada uno parecía tener un recorrido largo. Les llevaría más de un día o una noche recorrerlos todos.

—¿Cuál elegimos? —preguntó Tamara.

Hugo estudió las orientaciones de todos y comprobó con el mapa.

—Comencemos con el de la izquierda; si mantiene su dirección, nos llevaría de regreso al pueblo. Por lo menos, para pasar la noche allí.

—No sé por qué eso no me reconforta —murmuró Tamara a la vez que se internaba más profundo en la cueva.

—A mí tampoco.

Hugo fue detrás de ella. El pasaje era estrecho y debían ir en fila, Tamara avanzaba con cautela. Él iba más lento aún, observando todo alrededor. No había nada y eso era lo que más le llamaba la atención, nada ni vivo ni muerto, solo roca, ni siquiera cristales o colores, aquello no parecía natural.

Después de un par de horas, cuando llegaron a otra encrucijada, decidieron descansar y comer algo. Hugo estaba dibujando un mapa de la cueva y los túneles que recorrían, cada vez que se abría el camino, decidieron mantener siempre la elección del pasillo de la izquierda. Tamara comentó que aquello parecía estar llevándolos en círculos, pero Hugo no pensaba que fuera así, no estaban inclinándose tanto hacia la izquierda, todavía estaba yendo hacia el pueblo. Incluso pensaba que estaban yendo hacia el centro de él, aunque dejó las ramificaciones sin dibujar,

estaba bastante seguro de que casi todos los pasillos conducirían a algún sector del pueblo, solo unos pocos los dejarían en el medio de la nada. Eso no tenía mucho sentido, casi parecía diseñado. Acarició la roca sobre la cual estaba sentado, era demasiado lisa.

—¿Qué es eso? —preguntó Tamara examinando las paredes, de cuclillas, con la botella de agua en una mano.

Hugo se acercó y se agachó a su lado, ella apuntaba con la linterna al sector donde la pared se unía al piso.

—Es una marca extraña, ¿no?

Hugo se rio de repente y ella lo miró, extrañada.

—¡La conozco! —exclamó él.

—¿De dónde?

—La bestia la tenía tatuada en la nuca, vi este símbolo cuando estaba curándole las heridas. — Pasó la mano por la marca que parecía tallada en la piedra—. No sé qué significa, no encontré nada en internet que se pareciera, pero sí quiere decir que las bestias estuvieron aquí y no solo para la pelea. Quizás se ocultaban... —Fue hacia sus cosas y regresó con el cuaderno en el cual había estado dibujando—. Mira, creo que todo este complejo de túneles tiene conexiones con el pueblo, tal vez...

—Espera —dijo ella y se levantó para buscar su mochila. Sacó el mapa que tenía del pueblo, uno más bien de turista con detalle de las calles, y lo puso debajo de la hoja de Hugo, que se transparentaba un poco.

Él sonrió.

—Y yo estaba tratando de recordarlo de memoria...

—Había comprado uno igual cuando llegué al pueblo y cuando lo vi... —Se encogió de hombros ella, pero sonrió un poco y se inclinó sobre el mapa mientras seguía con el dedo el recorrido de los túneles—. Mira, parece que uno va a la biblioteca o, por lo menos, hacia esa zona.

Hugo se inclinó también sobre el mapa, casi rozando la cabeza de Tamara.

—¡Es cierto! Desemboca justo en esa cuadra.

—Tal vez deberíamos ir hacia allí —sugirió ella.

—No, me parece mejor aquí. —Señaló un punto en el mapa.

—¿Qué hay ahí?

—La casa de la señora Pérez.

Tamara frunció los labios.

—¿La bibliotecaria?

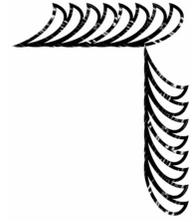
Hugo revisó los otros túneles y siguió su recorrido con el dedo, evaluando si no cambiaban mucho de dirección.

—No estoy seguro de los demás. Este parece... —suspiró y se puso de pie—, no estoy seguro; solo de esos dos: la biblioteca y la casa de la bibliotecaria. No puede ser casualidad, debemos ir.

Tamara se puso de pie a su vez.

—Estoy lista.

Ya estaban a punto de ponerse en camino, cuando se oyeron voces.



Capítulo VII



—¿CÓMO NOS ENCONTRARON? —preguntó Tamara en un susurro mientras trataban de alejarse sin hacer mucho ruido y con las linternas apagadas.

—Me preocupa más que estén juntas —comentó Hugo, quien había distinguido las voces de Elena y Dalila, aunque había muchos más pasos que los seguían.

—Te entendí que pensabas que no lo están.

—Me pareció que no..., no..., no lo sé... Dalila jamás habló de ella, ni tampoco Elena dijo nada... Aunque ninguna de las dos suele ofrecer mucha información, a menos que quiera obtener algo a cambio.

Avanzaban con lentitud, debido a la oscuridad, ya que la superficie rocosa era muy lisa y uniforme, algo que le había llamado la atención a Hugo desde que se internaron en la cueva. Casi parecía que la roca no fuera real, no podía dejar de tocarla.

Estaba seguro de que la dirección que habían tomado los conduciría hasta la biblioteca o, al menos, terminaría en esa parte del pueblo, pero no sabía cuánto tiempo les llevaría.

—¿Crees que ya es seguro encender las linternas? —susurró Tamara después de un largo momento.

Había tenido que sostenerse de él en varias oportunidades y Hugo la había notado temblar un poco, pero nunca se había quejado.

—Quizás podríamos probar con una, un poco tapada, o a lo mejor prenderla en forma intermitente. Ya hace rato que no oigo sus voces.

Tamara encendió una linterna y opacó la luz un poco con su mano para iluminar el piso.

—Esto es muy raro —dijo Hugo a la vez que se agachaba y rozaba el suelo con los dedos—. Es demasiado liso, la roca no debería tener este tipo de suavidad, no aquí dentro.

Miró a Tamara, quien se encogió de hombros.

—No sé nada al respecto, es la primera vez que estoy en una cueva, sobre todo a esta profundidad.

Hugo siguió revisando con la mano.

—Aquí hay otro —dijo de repente.

—¿Qué cosa? —Tamara se agachó a su lado, cuidando que la luz no se escapara demasiado.

—Aquí, ¿lo ves?

—Sí, es como la otra marca, aunque no realmente igual.

—No, pero lo suficientemente parecida como para que estén relacionadas; es obvio que no son naturales. Estamos en el camino correcto.

Tamara suspiró.

—No creo que haya ninguno correcto ya —se puso de pie—; pero a donde sea que vayamos, mejor llegar pronto, quiero terminar con esto cuanto antes. Me gustaría saber cómo está la señora

García, no quisiera que tuviera problemas.

—No lo creo —dijo Hugo, aunque no se sentía tan seguro—, si algo tienen todos en común, es que siempre tuvieron cuidado de mantener todo en secreto. Viví toda mi vida en este pueblo y no sabía de la organización de Elena o la de Dalila, que es una simple iglesia pequeña. No creo que se arriesguen a ser vistos y la señora García es muy conocida.

Tamara no parecía estar muy de acuerdo, pero asintió de todas maneras.

Sin embargo, cuando siguieron avanzando, agregó:

—No creo que Edmundo y los demás ángeles piensen igual, no me parece que sean de los que consideren más que sus propios intereses.

—Podemos apurarnos —concedió Hugo y apresuró el paso.

No pudo determinar cuántas horas habían pasado desde que habían comenzado a caminar de regreso. No habían vuelto a oír ni voces ni pasos detrás, solo los suyos, que no resonaban en las rocas llanas a su alrededor. Habían encontrado algunos otros símbolos que Hugo se ocupó de copiar en su cuaderno. Había retomado la marcha después de terminar con otro, cuando comenzó a sentir el hedor.

—¿Lo notas? —susurró.

—Sería imposible no hacerlo —contestó Tamara, que se acercó a él un poco más—, tal vez deberíamos tener un plan antes de acercarnos.

—Sí —dijo con lentitud Hugo—, como te dije, es más fácil si los miras a los ojos. Sin embargo, después de pasar tiempo cuidando a aquella bestia..., noté que una buena forma de resistir es concentrarse en algún recuerdo, uno opuesto a las imágenes que te envían, pero real, así la mente tiene algo más fuerte de lo cual sostenerse.

—Mmm, no me refería exactamente a eso, sino a cómo van a reaccionar cuando nos vean.

—Ah, en realidad, no son agresivas... si no las atacan.

—¿Estás seguro?

—Las que conocí...

—Una estaba herida y otras estaban confabuladas con Elena y su organización. ¿Cómo puedes saber cuáles son sus verdaderas intenciones? Tal vez solo estaban actuando cuando... —Inspiró—. Aquí estaremos solos.

—Lo sé. Sin embargo, en verdad no creo que sean agresivas porque sí. Lo pensé mucho, según todos sus comportamientos... Para mí, son víctimas, están sufriendo...

—Las personas que sufren pueden ser muy belicosas —musitó Tamara.

Hugo no llegaba a ver todo su perfil, estaba demasiado oscuro y, además, el olor le estaba haciendo llorar los ojos. Quiso contestarle algo, pero las primeras imágenes comenzaron a llegar. Retrocedió un paso y oyó que Tamara jadeaba.

—Quédate detrás de mí —alcanzó a decir entre jadeos y sintió que ella se prendía de su ropa mientras ambos avanzaban a tropezones.

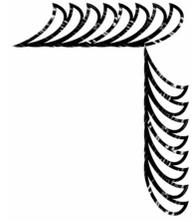
Las imágenes eran cada vez peores, casi no podían mantenerse en pie. Debería de haber varias bestias cerca, ¿cuántas existían... tan cerca del pueblo? Si era cierto lo que le había contado Tamara, eran muchas las que perecieron en la batalla que presenció... Y todavía parecían quedar muchas más, sin contar las que estaban con Elena; o, a lo mejor, algunas eran las mismas... No tenía forma de saberlo, solo podía confiar, algo que siempre le había resultado bastante fácil durante su vida y quería que continuara así.

Cuando doblaron en el siguiente recodo, el vaho lo echó hacia atrás y tuvo que inclinarse a un lado para vomitar. Oyó que Tamara hacía lo mismo. Mientras intentaba componerse, escuchó el ruido de pasos acelerados que se acercaban y alzó los brazos para defenderse. Sin embargo, el

golpe nunca llegó. Cuando pudo enfocar la mirada, notó que las bestias corrían, pero pasaban cerca de ellos solo para huir. Se mantenían próximas a la pared contraria a donde se encontraban él y Tamara. Tal vez esa era la única salida...

—¡Esperen! —alcanzó a gritar Hugo con la voz algo estrangulada.

Fue entonces cuando aparecieron los ángeles.



Capítulo VIII



—¡NO DEJEN QUE ESCAPE NINGUNA! —Se oyó un grito y Hugo reconoció la voz de Edmundo.

Los ángeles iluminaron la cueva con la potencia de la luz del día y Hugo pudo enfocar mejor la vista, ya que, de alguna manera, a veces, la presencia de los ángeles aliviaba las náuseas y las visiones. La parte de la cueva en la que se encontraban tenía un techo alto y uniforme, demasiado uniforme. También podía distinguir algunos de esos símbolos grabados en el techo y en lo que serían las cuatro esquinas. Solo reconocía unos pocos, los que había podido copiar en su cuaderno, pero había muchos más. Pudo reconocer, también, varias entradas a ese sector; los ángeles tendrían que haber aparecido por uno de los costados, porque no creía que hubieran llegado detrás de ellos.

Recién entonces, recordó a Tamara, se giró para buscarla. La muchacha tenía la mirada fija en Edmundo y lo que hacía, con la boca levemente abierta; lo que más le llamó la atención era la expresión de su rostro. Debía de haber sido terrible lo que había visto la vez anterior, porque ahora estaba aterrada, ¿habría sido así cada vez que el ángel la visitaba? Y él la había arrastrado más profundo. Sin embargo, no tenía opción, era mejor estar juntos y averiguar lo que sucedía. Si no entendían el problema, no podrían resolverlo. Regresó la vista a la pelea mientras se acercaba poco a poco a Tamara. Nadie parecía haberse dado cuenta de que estaban allí; tal vez, podrían ayudar a algunas de las bestias a escapar. Notó que una había caído cerca de ellos y trató de acercarse. Edmundo se interpuso en su camino.

—¿Por qué no me asombra encontrarte aquí, humano? Al final, son todos realmente iguales, siempre eligen el mismo bando.

—Me mintieron.

—¿Sobre qué? ¿Acaso desconfías de tus instintos? ¿No sientes, no ves lo que ellos hacen, lo que son?

—Ellos están sufriendo.

—Sí, por culpa de sus propios errores. Nosotros los sacamos de su miseria.

—¡Matándolos!

—No puedes pretender entender...

No pudo acabar de hablar porque la bestia caída aprovechó a clavarle sus garras en los pies. El ángel gritó con furia y se dio la vuelta para atacarla. Pronto otros más cayeron sobre la bestia. Hugo trastabilló hacia atrás y logró alejarse en cuatro patas. Sintió que lo agarraban por los hombros y se tensó.

—Debemos irnos antes de que... —Tamara tragó saliva—, antes de que nos hagan lo mismo...

Ella lo empujó a un lado.

—Pero... las bestias, tenemos que ayudarlas...

—¿Cómo? No tenemos la fuerza suficiente, no tenemos armas.

Hugo miraba de un lado a otro.

—Tiene que haber una forma. —Señaló hacia una de las entradas—. ¡Allí! Hay otra herida, es pequeña, podemos arrastrarla por ese pasillo y...

—Nos seguirán, nos alcanzarán.

—Ahora están ocupados. Por favor, Tamara, debemos intentarlo, son los únicos que pueden contestar nuestras preguntas.

Ella vaciló y observó a la bestia.

—¿Pequeña? —le dijo a Hugo enarcando las cejas.

—Bueno, pequeña comparada con las demás.

—Eso no nos garantiza nada...

La bestia parecía estar dolorida; si gemía, era imposible oírlo desde donde estaban con todos los demás ruidos, pero su rostro sugería que estaba sufriendo.

—¿Y si nos ataca?

—No lo hará.

—¿Cómo puedes estar seguro? Esto es una batalla, ella está herida; probablemente, no esté pensando con claridad, puede atacar a cualquiera que se le acerque. Además... —miró alrededor, ellos estaban semiocultos en un pequeño recoveco—, sería ir en la dirección contraria, si nos cierran el paso, no podremos salir.

—Si no logramos hablar con ellas y saber lo que está pasando, nunca saldremos de este lío. Vinimos aquí a encontrarlas, no podemos irnos ahora, al menos, no sin intentarlo.

Tamara volvió a vacilar y echar un vistazo a la lucha que ocurría en la nave principal de la cueva.

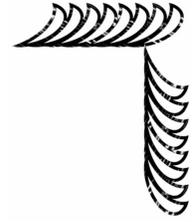
Resultaba difícil discernir cuántos había de cada bando, la lucha parecía bastante nivelada y la bestia que había señalado Hugo se encontraba algo alejada y estaba sola. Podían llegar hasta ella, el problema era que cualquiera podía hacerlo también.

Hugo la miró suplicante, estaba en cuclillas, con las manos apoyadas en el piso, casi como si estuviera tomando impulso para salir a la carrera.

Finalmente, ella asintió.

Hugo, a su lado, le correspondió y luego entornó los ojos con el ceño fruncido, contando por lo bajo. Tamara se preparó para salir corriendo en el mismo momento en que lo hiciera él. Tendrían que hacerlo un poco agachados, el techo estaba bastante bajo alrededor de la bestia.

Hugo apenas hizo una señal y empezó a correr.



Capítulo IX



A MEDIDA QUE ATRAVESABAN esa sección de la cueva, Hugo intentó memorizar todos los símbolos que veía, pero eran demasiados y los veía muy rápido. Objetos indeterminados volaban a su alrededor mientras trataba de no prestar atención a lo que sucedía entre las bestias y los ángeles y no perder de vista su destino. Tamara, a su lado, mantenía la mirada fija delante, con la mandíbula apretada. Hugo sintió que algo le salpicaba la cara, el color que vio durante una fracción de segundo le dijo que era sangre de una de las bestias. Tal vez no quedara ninguna cuando los ángeles terminaran, debían apresurarse a salvar a la que parecían haber olvidado.

Cuando la alcanzaron, se relajó al comprobar que en verdad era bastante pequeña, lo suficiente para que entre ambos pudieran arrastrarla. Le indicó a Tamara que él la agarraría por los hombros y ella por los pies. El olor se hizo más fuerte y tuvo que morderse los labios para contener las arcadas. Se agacharon sobre la bestia, que no tardó en recular, pero le quedaban pocas fuerzas.

—No temas —susurró Hugo—, vinimos a ayudar —agregó mientras parpadeaba para que no le lloraran los ojos. La pelea a sus espaldas era cada vez más ruidosa.

Tamara tragaba saliva sin cesar y no dejaba de frotarse los ojos, pero intentaba acercarse a la bestia de todas formas, con cautela.

La bestia pareció calmarse un poco y dejó que Hugo la tomara por debajo de los brazos.

—Hay alguien... que puede ayudar... —murmuró y Hugo se sorprendió al notar que era la voz de una mujer. Echó un vistazo a Tamara y se dio cuenta de que ella también lo había notado.

—¿Hacia dónde? —preguntó Hugo y la bestia señaló el final del mismo túnel en el que se encontraban. Él vaciló.

—Hay una salida... por allí. —Los ojos de la bestia se cerraron.

Entre ambos, podían arrastrarla con cuidado, pero iban demasiado lento. Hugo no creía que pudieran alejarse lo suficiente antes de que los buscaran. Seguramente, Edmundo lo recordaría en algún momento. Trató de ir más rápido.

Fue otro ángel el que cayó sobre ellos. Casi del doble del tamaño de Edmundo y con algunas cicatrices en el rostro y los brazos, algo que le llamó la atención a Hugo.

Tamara lanzó un grito ahogado y trató de replegarse contra la pared, una de las alas del ángel le rozaba el rostro, algo que a él parecía no importarle. Miraba fijamente a la bestia, la cual sorprendió a Hugo levantándose de un salto y casi volando hacia el rostro del ángel. Este la tiró a un lado de un solo golpe y la bestia chocó con fuerza contra la roca. Si bien se quejó, al poco tiempo, ya estaba intentando incorporarse. El ángel se acercó a ella y Hugo embaló contra él zarandeando la linterna, lo único que tenía a mano. No sabía muy bien qué hacer, solo quería defender a la bestia, darle un poco de tiempo. Oyó el grito de Tamara casi en el mismo instante en que percibió un fuerte ardor en el pecho y sintió un golpe en la espalda y en la cabeza. Había más

ruidos —pasos apresurados, gritos—, pero no podía ver nada. Notó que alguien le levantaba la cabeza y se esforzó en enfocar la vista. El ángel estaba rodeado de varias bestias, la que ellos habían tratado de ayudar se prendía de su cabeza mientras le mordía el cuello, otras lo agarraban de los brazos y piernas y una última le dio un garrotazo en la espalda. Ese fue el único momento en el cual el ángel gruñó, justo antes de caer, con las bestias encima.

—Hugo, Hugo, por favor... —Era la voz de Tamara, sonaba muy cerca y, por fin, podía mantener los ojos abiertos—. ¡Hugo! —Ella intentó alzarlo—. Vamos, tenemos que aprovechar ahora, debemos irnos.

Él se incorporó a duras penas. No podía dejar de mirar lo que hacían las bestias; por suerte, la presencia del ángel ayudaba con las pesadillas, pero no mucho. Necesitó un momento para que el mundo dejara de girar a su alrededor. Mientras Tamara lo sostenía, vio que las bestias se alejaban del ángel inmóvil en el piso y se volvían hacia ellos. Sin embargo, antes de que hiciera algún movimiento, la bestia a la que habían intentado ayudar les dijo algo que hizo que perdieran el interés. Se alejaron por uno de los pasillos.

—¿Crees que estará...? —preguntó Tamara.

Hugo se acercó, ayudado por ella: el ángel todavía vivía. Esta vez, Hugo vaciló y, finalmente, le dio la espalda.

—Por allí —dijo señalando el túnel por el cual habían huido las bestias.

—Pero...

Detrás de ellos, oyeron la voz de Edmundo y no pensaron en nada más que huir.

Lamentablemente, no avanzaban muy rápido y, a los pocos metros, fueron interceptados por Edmundo, quien les bloqueó el camino. Detrás de ellos, estaba el ángel femenino que había estado en su casa y otro que no había visto nunca. Hugo apenas podía mantenerse de pie con el soporte de Tamara. Estaban rodeados.

—¿Por qué sigues este camino? —preguntó Edmundo—, ¿acaso deseas el mismo destino que las bestias?

—Quiero saber lo que está sucediendo —enfaticó Hugo elevando la barbilla con la poca fuerza que le quedaba.

—No lo entenderías, humano —dijo con saña la mujer ángel—. ¿Por qué lo intentas siquiera? Tenías la oportunidad de una vida fácil y cómoda, y te la negaste, ahora deberemos ocuparnos de ti.

—Matémoslos —propuso con simpleza el tercer ángel.

—¿Qué? —Tamara se volvió hacia él.

—No —intercedió Edmundo—, todavía pueden sernos útiles. Sin duda, tienen conexiones con las bestias y las necesitamos para acabar con la plaga.

Elevó ambas alas a la vez y Hugo sintió cuchillas en toda la piel, aunque no distinguió nada volando por los aires. Por los gritos de Tamara, asumió que a ella también le sucedía lo mismo.

Ambos cayeron al suelo a la vez, con pequeñas convulsiones.

Se oyeron otras explosiones. Hugo intentó cubrirse la cabeza. Tardó en darse cuenta de que no estaban destinadas a ellos. Había cada vez más gritos, con voces definitivamente humanas entre ellos. Sintió que lo levantaban del piso y lo arrastraban hacia un lugar más silencioso.



NO PUDO PRECISAR cuánto tiempo había pasado hasta que despertó, ni siquiera recordaba haber perdido la consciencia. Estaba rodeado de otros humanos, todos con varias heridas; conocía

los rostros de algunos, personas del pueblo que había visto cientos de veces a lo largo de su vida... ¿Qué hacían allí? ¿Acaso todo el mundo sabía...?

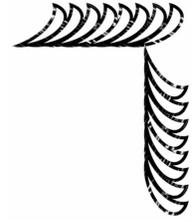
Intentó incorporarse y ponerse de pie, las náuseas no tardaron en llegar y volvió a desplomarse. Recién entonces notó que había un cuerpo al lado del suyo, era el de Tamara. Estaba inconsciente aún y se quejaba en sueños. Trató de levantarse otra vez.

—Todavía no —le dijo una voz que conocía—, el efecto tarda en pasar y no tenemos nada aquí con qué ayudarte, necesitamos reagruparnos.

Hugo se dio la vuelta sobre el piso y quedó boca arriba, vio el rostro de Elena, inclinada sobre él.

—Nos volvemos a encontrar —sonrió ella—, ¿no crees que es el destino?

Ella se irguió sin esperar respuesta e hizo unas señales. Pronto Hugo sintió que lo levantaban de brazos y piernas y lo llevaban por otro de los túneles, no tenía fuerzas para resistirse.



Capítulo X



CUANDO VOLVIÓ A DESPERTAR, estaba en una cama, con Tamara a su lado. Ella aún estaba inconsciente, pero le parecía que ahora dormía, más tranquila; tenía las heridas vendadas.

Se abrió la puerta de la habitación y apareció el médico que había tratado a Tamara antes, el amigo de la bibliotecaria.

—Me alegra verte despierto —dijo el hombre con una sonrisa, mientras le revisaba las heridas—, aunque todavía debes descansar.

—¿En dónde estoy?

—En mi casa.

Hugo vaciló.

—Lo sé —musitó el hombre.

—¿Todo el pueblo lo sabe?! ¿Cómo puede ser que nunca...?

—Calma, joven, calma, no todo el mundo, solo algunos, los que tratamos de mantener el pueblo a salvo.

—¿Están con Elena?

El hombre vaciló.

—No estoy con nadie más que con la ciencia de salvar personas. —Lo empujó suavemente contra la cama—. Y esa ciencia dice que debes seguir descansando; luego te traeremos algo de comer.

Hugo asintió y se recostó. Esperó a que el hombre se fuera antes de intentar despertar a Tamara. A ella le costó despabilarse; seguramente, le habían dado un somnífero.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella a la vez que se erguía en la cama con cuidado y se revisaba las heridas.

—En la casa del doctor.

Ella frunció el ceño.

—El que te trató la pierna.

—Ah..., ¿cómo llegamos aquí?

—Elena y su grupo.

Ella cerró los ojos un momento.

—¿Cuánd...? ¿Cómo...? ¿Cuánto hace...?

—Te contaré después —suspiró Hugo a la vez que se levantaba y comprobaba su estabilidad—. Debemos irnos antes de que ella aparezca. Es seguro que querrá algo a cambio de su ayuda.

Tamara se levantó de la cama, sosteniéndose de la pared, y revisó la pieza. Solo había una ventana, cubierta con gruesas cortinas. Miraron fuera con cautela, daba al jardín del fondo, no se veía a nadie merodeando.

—Tal vez podamos salir por aquí —vaciló Hugo.

—¿Y después? —Tamara señaló el muro posterior—. Es demasiado alto para saltar.

Hugo suspiró otra vez. Había otra puerta además de aquella por la cual había salido el médico. Él la inspeccionó; llevaba a un pequeño baño que, sin embargo, tenía un ducto de ventilación bastante grande.

—Por aquí —dijo mientras quitaba la rejilla protectora.

Ambos miraron dentro, intercambiaron una mirada y apretaron los dientes mientras se metían en el estrecho ducto.

Poco después, estaban en la calle. Algunos de sus vendajes volvían a sangrar. Se revisaron uno a otro antes de que Hugo se concentrara en examinar los alrededores para intentar discernir en qué parte del pueblo estaban. Quería poner la mayor distancia posible de todos los demás, pero también encontrar un lugar donde guarecerse.

Tamara le puso una mano en el hombro.

—No creo que tengamos tanto tiempo para pensar —susurró.

Hugo asintió y comenzó a caminar. Al doblar en la siguiente esquina, se cruzaron con Dalila.

—¡Por Dios! —exclamó él y trató de retroceder.

Ella sonrió, mirando por sobre su cabeza. Él sintió que alguien lo agarraba por los hombros. Oyó la protesta de Tamara a su lado y la vio debatirse con fuerza hasta que logró golpear a su captor con la cabeza; el hombre sangró por la nariz y devolvió el golpe. Hugo intentó liberarse del suyo y abalanzarse sobre él... Sintió una pistola eléctrica contra su costado.



LA SIGUIENTE VEZ QUE DESPERTÓ, estaba en la iglesia de nuevo, solo. Debían de haber puesto a Tamara en otra habitación. La puerta estaba cerrada con llave, así que tuvo que esperar a que apareciera Dalila, quien no tardó mucho en hacerlo.

—¿Qué estabas haciendo en los túneles de las cuevas?

—¿Cómo los conoces? ¿Tienes un mapa de todos ellos?

—¿Por qué te fuiste? —Ella sonrió con dulzura—. Creí que éramos amigos.

—Pensaba lo mismo..., hasta que te conocí de verdad. —Él endureció el gesto—. Te oí.

El rostro de ella cambió un poco.

—No entiendes lo que está pasando.

—Porque nadie me lo explica.

—El mundo no está listo para conocerlo todo, por eso es necesario dosificar la aparición de los ángeles.

—¿Es eso lo que están haciendo en esta Iglesia? —Ella no contestó—. ¿Y qué sucede con las bestias? ¿Hay que «dosificar» sus apariciones también? ¿Es una clase de juego? —Hugo negó con la cabeza—. Solo para que la Iglesia tenga más y más poder.

Dalila inspiró.

—Es más complicado.

—¿Por qué no me lo ex-plic-as? —Hugo recalcó la última palabra.

—Ahora no hay tiempo, necesitamos tu ayuda para...

Hugo volvió a negar con la cabeza.

—Si lo haces, Tamara podrá irse.

—¿También extorsionas? ¡Por Dios! En realidad, no te conocía en lo absoluto.

A Dalila no pareció importarle la afrenta.

—Esto es sencillo, Hugo, ¿por qué lo complicas tanto? Solo debes ayudarnos, ¿o nosotros no

somos los humanos en todo esto? Somos *tu* grupo.

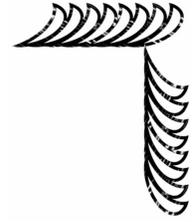
—En ese sentido, también lo es el de Elena.

Ella frunció la nariz.

—No estás con ella...

—Esa es una relación complicada. No te preocupes con esas cosas. ¿Ayudarás o no?

—No tengo más opción.



Capítulo XI



HUGO LA SIGUIÓ A UNA HABITACIÓN donde había varias computadoras. Trató de mantener el rostro imperturbable cuando las vio. Si, en realidad, le daban acceso... Solo necesitaba eso y una conexión de internet. Sabía que no liberarían a Tamara solo a cambio de su ayuda, estaba casi seguro de ello. Tendría que buscar otra solución y, con todo ello a su alcance, solo quedaba descubrir qué tanto sabían. Aunque, si necesitaban su ayuda, era probable que ellos no supieran cómo utilizar aquellas computadoras, al menos no como él, y eso siempre era una ventaja.

Se sentó frente a una y abrió algunas ventanas. Dalila miraba por sobre su hombro, muy cerca de él.

—¿Conoces estos programas?

—Sí —dijo Hugo y reprimió una sonrisa.

—Bien, esto es lo que necesitamos que hagas.

Hugo dejó que le explicara y le diera especificaciones y repitió hasta que ella se alejó un poco y le dio espacio. No le llevó mucho determinar qué estaban haciendo allí: básicamente, espían a varias organizaciones, incluso la de Elena. Se preguntó si ella sabría algo al respecto.

Sin embargo, le interesaba más otra información que había encontrado. Según esos registros, la Iglesia de Dalila hacía siglos que sabía de la existencia real de ángeles y bestias y llevaba casi todo ese tiempo trabajando con los ángeles, no solo para controlar a las bestias, sino también para coordinar y planear las apariciones de ángeles y los milagros que estos realizaban para atraer más gente a la Iglesia. Incluso tenían un proyecto de investigación para tratar de acceder a la magia de los ángeles o emularla y así poder generar sus propios milagros y, sin duda, extender el poder de la Iglesia aún más.

Cada tanto, Hugo echaba una mirada a Dalila, quien estaba leyendo unos informes y solo quitaba los ojos de ellos cuando anotaba algo o hablaba con alguien por un intercomunicador. No parecía prestarle atención en lo absoluto, pero Hugo no se confiaba. Mientras caminaban hacia allí, le había preguntado dónde estaban sus programadores propios y ella le había contado que el último programador eficiente que les quedaba había sido asesinado por las bestias. Sin embargo, lo que había descubierto Hugo solo con unos minutos en sus bases era que habían sido los ángeles, sus supuestos aliados. Estos habían descubierto el laboratorio de la Iglesia y, de esa forma, se volvieron sus enemigos, ahora estaban empeñados en destruirlos.

Hugo se apuró a copiar varios programas que luego le permitirían reingresar a la base de la Iglesia cada vez que fuera necesario, nadie parecía darse cuenta. Dalila regresó a su lado justo en el momento en el que estaba leyendo sobre uno de los experimentos del laboratorio: tenían un ángel prisionero, para pruebas. Se inclinó más sobre la pantalla.

—No deberías estar viendo eso. —Dalila cerró la *notebook* de un golpe y lo miró con fiereza, Hugo notó que se había llevado la otra mano a la cintura y captó un reflejo, pero no estaba seguro

de qué era lo que había visto.

Dalila estaba a punto de decir algo más cuando se oyó una explosión, gritos y ruidos de pasos agitados.

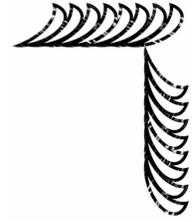
Ella y las otras personas en la sala salieron corriendo y lo encerraron a Hugo allí. Sin embargo, él seguía teniendo acceso a las cámaras de seguridad... Buscó las que cubrían esos pasillos: había bestias en ellos, parecían dañadas, pero igualmente luchaban.

Se preguntó si todos los que habían corrido detrás de Dalila lo habían hecho para ayudar o para huir. Sin embargo, no tenía tiempo de preocuparse por eso, aquello era una distracción y era todo lo que necesitaba. Tecléo con furia y abrió varios programas a la vez en diferentes computadoras (no todos se habían preocupado por cerrarlas); por suerte, eran potentes y podía ejecutar varias cosas en simultáneo. Cada tanto, miraba de reojo a la puerta de entrada. Escuchaba ruidos, a veces bastante cercanos, pero nadie entró. Por lo que distinguía en las cámaras, los que acudían a participar en la batalla lo hacían desde otros sectores, lo que le dejaba algunas vías libres para su huida, solo necesitaba hacer un par de cosas más.

Localizó a Tamara, inició un último programa en una de las computadoras y esperó ansioso frente a la puerta. Oyó un clic y la luz junto al picaporte se volvió verde. Abrió, salió, oyó el clic de cierre y corrió.

Los pasillos que debía seguir estaban vacíos, al menos de personas o bestias, había bastantes escombros y algún tipo de gas que dificultaba ver lo que le rodeaba. Se tapó la boca y la nariz con la ropa y avanzó con la mayor rapidez posible. Rogaba que Tamara estuviera despierta y en condiciones de correr, no podría llevarla en brazos a través de todos esos vericuetos; por lo que había visto en el mapa, la salida estaba bastante lejos.

Dobló en una curva y casi se cruzó con un par de feligreses que corrían hacia el lugar de la batalla, o al menos eso creía. Logró evitarlos y se cayó junto a unos escombros. Allí había una bestia muerta, todavía apestaba, pero las pesadillas eran más leves, casi como pensamientos incómodos. Alargó el brazo para tocarla, la sensación era extraña, aunque no más que tocar a cualquier ser humano. Intentó darle la vuelta para ver los tatuajes de los símbolos que había encontrado en la otra; pesaba demasiado y las explosiones se estaban acercando. No podía demorarse más. Buscó en los bolsillos y, con alivio, encontró el celular. Le sacó unas fotos, se levantó y siguió avanzando.



Capítulo XII



HABÍA TANTA CONFUSIÓN en los pasillos que nadie notó la dirección en la que corría ni que no pertenecía a la Iglesia. Tal vez algunos de ellos todavía creían que estaba en sus filas. Encontró el cuarto donde retenían a Tamara, estaba sin vigilancia. Tardó un poco en forzar la cerradura con lo que tenía alrededor en el piso. Ella estaba despierta y dispuesta a golpearlo cuando abrió la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó agitada mientras bajaba los brazos—. ¿Dónde estamos?

—Debemos irnos —la urgió Hugo agarrándola por el brazo y arrastrándola fuera—, es la iglesia de Dalila.

—¿Esto es una iglesia?

—Son los sótanos, yo tampoco los conocía hasta que... —Tuvo que evitar un pasillo bloqueado—. Por aquí. Ahora están siendo atacados por unas bestias, aunque creo más bien que se escaparon del laboratorio.

—¿Laboratorio? —jadeó Tamara detrás de él, a quien todavía llevaba casi a las rastras.

—Te contaré mejor cuando podamos hablar tranquilos.

Evadieron otro pasillo, había varios escombros en el suelo, algunas personas que murmuraban mientras se agarraban la cabeza y otras que estaban inmóviles.

Hugo lo escaneó, no había ningún otro cuerpo de bestia. Por suerte, tampoco parecía que los ángeles anduvieran por allí. Todavía tenían una oportunidad de escapar; sin embargo, si no podía usar esa ruta, la otra disponible los acercaba al lugar de la batalla y allí empezarían a sentir la presencia de las bestias.

—¿Qué está sucediendo? —insistió Tamara mientras evitaban los cuerpos en su camino.

—Ahora no tenemos tiempo —él cerró los ojos mientras trataba de recordar el mapa—, tenemos que encontrar a las bestias antes de que se vayan.

—¿Perdón? —Tamara se detuvo.

Hugo volvió a agarrarla del brazo.

—Las rutas hacia la salida están bloqueadas, al menos, las que memoricé, solo queda una alternativa y es escapar junto con las bestias.

—¿Cómo sabes que quieren escapar?

—¿Qué más querrían hacer?

Tamara apretó los labios.

—Eso no garantiza que nos dejen ir con ellos...

—Ya pensaré en algo. ¡Vamos!

Se escuchaban más ruidos de pasos acercándose y Tamara lo siguió después de un poco de vacilación.

Encontraron a las bestias pocos pasillos más adelante y casi se desmayaron del olor

nauseabundo que emanaba de aquel lugar. Solo había tres, pero una era enorme, con cuernos deformes que rozaban el techo y producían un chirrido irritante.

—No puedo —gruñó Tamara apretando los ojos y retrocediendo unos pasos—, ¡es demasiado!
—Negó con la cabeza.

—Sí, puedes. —Hugo la tomó por ambos hombros—. Concéntrate en un buen recuerdo, solo uno, mantén una buena imagen en la mente, solo tienes que volver a ella una y otra vez.

Se acercaron al grupo de bestias. La que estaba más próxima se volvió hacia ellos con ojos completamente rojos, sin pupilas, y las imágenes de terror que proyectaban se volvieron más intensas. Hugo vio cómo sus padres morían de diferentes maneras detrás de sus párpados, cada vez con gritos más angustiantes. Sintió arcadas y tuvo que contenerse para no vomitar. Luchó para seguir avanzando. Oyó las toses de Tamara a su lado y oyó un ruido violento, ella no había logrado contenerse. La bestia no se movió, como si quisiera que se acercara más.

Hugo habló apenas creyó que podría oírlo.

—Solo quiero ayudar.

—No puedes hacerlo —gruñó la bestia y se dio la vuelta—, aunque te creyera.

Hugo vaciló. Esa tenía que ser alguna de las bestias de la cueva, tenía que haberlo reconocido, si no, ¿por qué lo había dejado acercarse? ¿Por qué le habría contestado aquello?

—No estamos con este grupo ni ningún otro, solo queremos huir de ellos.

—¿Crees que no los conocemos? Ella —señaló a Tamara— estuvo en el ataque de los ángeles a las cuevas, solo unos pocos logramos huir.

—Y yo ayudé a uno de ellos.

La bestia se acercó más y Hugo sintió que se le vencían las rodillas.

—Y luego lo trajiste aquí, ¿no? ¿Y qué le pasó? ¿De qué le sirvió tu ayuda?

—No lo sabía —Hugo se remojó los labios—, me engañaron. Por favor, no sé nada... —tragó saliva—, vi el mapa de estos túneles, sé que hay una salida que lleva a las cuevas —intentó que no le temblara la voz, no estaba seguro de qué tanto era realidad y qué tanto estaba deseando que fuera así—, ¿acaso no se esconden allí?

—Las cuevas ya no sirven, todos saben de ellas.

—No se puede salir de aquí por la puerta principal.

La bestia le dio la espalada. Hugo estaba por insistir, pero Tamara se cayó de rodillas sin dejar de llorar. Quiso ayudarla y sintió que lo levantaban en brazos. Oyó el grito de Tamara. Lo había agarrado la bestia más grande.

—Dime, humano, dónde está la salida y no me mientas o te destrozaré aquí mismo.

—No miento —alcanzó a murmurar Hugo mientras rogaba no haberse equivocado—, debes girar en la siguiente curva a la derecha, a mitad de camino hay una puerta oculta que lleva a unos escalones hacia abajo, eso nos conducirá a la entrada de unos túneles más profundos que llegan hasta las cuevas. La puerta habrá que derribarla..., pero creo... —Tosió, ya no podía contener más la respiración.

En ese momento, se escuchó el grito de Dalila entre el humo y a Hugo le pareció que también se oían ruidos de alas. Se giró, alarmado, entre los brazos de la bestia y guiñó los ojos intentando distinguir qué ocurría en el pasillo. Cada vez le resultaba más difícil mantener los ojos abiertos y la mirada enfocada mientras intentaba respirar superficialmente y mantener las imágenes que llenaban su mente fuera de su camino. Tamara se había aferrado a una de sus piernas e intentaba ponerse de pie. Vio una sombra que se erguía al fondo del pasillo, casi tan grande como un ángel..., pero resultó ser Dalila, el juego de luces lo estaba confundiendo.

—Hugo... —tartamudeó Tamara, sollozando—, Hugo, ¿qué..., qué pasa?

Él parpadeó varias veces y se llevó las manos a la cara, tenía los brazos libres y los pies sobre el piso.

—Debemos irnos —lo apremió Tamara.

—¿Dónde...?

Ella tiró con fuerza de su ropa. Hugo se giró y vio una puerta abierta, casi destrozada. ¿Cuándo...?

—Las bestias... —susurró y vio a varias de ellas ya bajando los escalones—. ¿De dónde..., cuándo...?

—Debemos irnos de aquí —insistió Tamara y trastabilló hacia la puerta.

—Sí, lo siento —alcanzó a decir Hugo mientras movía las piernas inertes—, creí que... —Volvió a mirar hacia el fondo del pasillo, bloqueado por varios escombros. Solo eran Dalila y un grupo de feligreses armados con más municiones de las que había visto en la organización de Elena—. Sí, debemos irnos —repitió y se giró hacia el hueco en la pared.

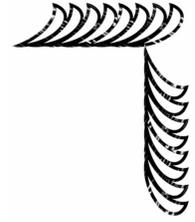
Tamara estaba en el umbral y negaba con la cabeza, él la empujó dentro. No les quedaba más opción.

Pronto estuvieron rodeados por las bestias, algunas los miraban con recelo, pero ninguna le impidió el avance. A él comenzaban a flaquearle las rodillas otra vez, Tamara trastabilló varias veces delante de él y se hubiera caído si no hubiera sido porque era posible sostenerse de las paredes a ambos lados.

Poco después, la bestia enorme apareció a su lado y espantó a las demás. Los empujó para hacerlos mantener un ritmo constante. Luego de unos minutos, Hugo ya no pudo separar las imágenes que acudían a su mente de las que correspondían a la realidad, escuchaba gemidos y gritos de horror, que a veces pensaba que eran de Tamara y otras estaba seguro de que se trataba de sus propios gritos. Se vio a sí mismo morir varias veces; en otras ocasiones, era su familia la que aparecía en las visiones. Sin embargo, en todas ellas, eran las bestias quienes los destrozaban, las mismas que estaban a su alrededor; los ángeles estaban allí también, siempre observando. ¿Qué era lo que miraban? ¿Por qué no lo ayudaban? ¿Por qué lo torturaban también? ¿Acaso esas imágenes eran lo mismo que las bestias veían? Le habían dicho que las imágenes que proyectaban no eran solo para los demás. Por lo poco que había logrado leer en los estudios del laboratorio, las bestias también las sufrían, lo cual no le sorprendió, si recordaba...

Sacudió la cabeza y se sintió caer, esperó sentir el golpe del piso, pero algo lo agarró y lo meció con fuerza de un lado a otro hasta que creyó que su cuerpo iba a reventar. Cada una de las partes saltaría por todos lados, siempre con Edmundo observando y con Dalila a su lado, con su dulce sonrisa. Sabía que deliraba. Le resultaba imposible parar las imágenes que se sucedían unas tras otras. No podía estar seguro de si seguía avanzando o había quedado tirado en un rincón del túnel mientras las bestias huían. Pero entonces..., ¿por qué continuaban las pesadillas? Cada vez que intentaba poner algo de lógica a lo que sucedía, el horror volvía a sus entrañas, hasta que su cerebro ya no lo pudo procesar más y amenazó con apagarse. Luchó por mantenerse consciente, sentía una necesidad imperiosa de hacerlo, aunque no sabía por qué.

La oscuridad no tardó en llegar.



Capítulo XIII



CUANDO RECOBRÓ LA CONSCIENCIA, estaba en las cuevas, en una parte que parecía un cuarto pequeño, con paredes pulidas. Tamara se encontraba a su lado, vomitando sobre el piso, aunque no parecía que le quedara nada más en el estómago que pudiera sacar.

—¿Estás bien? —preguntó Hugo y le raspó la garganta.

Ella lo miró con ojos inyectados en sangre y sacudió la cabeza de un lado a otro, como si no pudiera hablar en ese momento.

Hugo se incorporó y apoyó la espalda contra la pared. Cerró los ojos para intentar concentrarse en alguna imagen que mantuviera las pesadillas lejos. Se tapó la nariz. Sin embargo, era como si el olor entrara en su cuerpo a través de los poros, era una sensación pegajosa que lo estaba volviendo loco. Necesitaba enfocarse en cualquier pensamiento que le hiciera olvidar...

Oyó un ruido sordo junto a él, algo había caído sobre el piso entre él y Tamara. Abrió los ojos. Era un pequeño tubo cilíndrico, tenía incrustado uno de los símbolos que había visto en las cuevas, similar al que las bestias llevaban tatuado.

—Debes seguir su trazado con el dedo. —Oyó la voz de una de las bestias—. Tal vez funcione contigo.

Hugo extendió el brazo para tomarlo. Enseguida sintió un cosquilleo, creyó oír el sonido de plumas, como alas batiéndose en el aire.

—¿Qué es?

—Haz lo que te digo, humano, o no podremos hablar.

Hugo inspiró y se arrepintió al instante. Tosió un poco y tragó saliva. Luego siguió la orden que le habían dado. Al rozar el símbolo, sintió la presencia de Edmundo allí, como si ese cilindro liberara un poco de él.

—¿Magia? —musitó.

La bestia que entró al cuarto rio por lo bajo.

—Ilusiones de los ángeles. Llámalo como quieras. —Se acercó a él, era la femenina que habían tratado de salvar hacía... ¿un par de días? Ya no estaba seguro del tiempo que había pasado—. Puedes soportarlo ahora.

Recién entonces, Hugo notó que las pesadillas habían remitido y el olor no era tan fuerte.

—¿Cómo? —preguntó Tamara, quien inspiraba hondo, tratando de recuperar la compostura. También se había sentado, acercándose a Hugo y al cilindro donde brillaba el símbolo con un aire rúnico.

—Eso no es importante, no durará mucho el efecto. Solo siguen vivos porque trataron de ayudarme —ladeó la cabeza cuando miró a Hugo—, no creo que seas como los otros. Pero no serían los primeros que parecen tener compasión y luego nos traicionan por los ángeles o por aquellos que trabajan como ellos.

—¿La organización de Elena acaso no los ayuda?

—Por sus propios intereses, como la mayoría de los humanos —la bestia se quedó pensativa un momento—, aunque no puedo decir que nosotros no tengamos los nuestros.

—Queremos ayudar.

—No pueden. No tienen el poder suficiente para combatir a los ángeles.

—¿Por qué quieren eliminarlos?

La bestia ladeó la cabeza hacia la otra dirección.

—Creo que es la primera vez que escucho esa pregunta. En general, todos asumen que es el deber de ellos, por sus historias..., pero no todo es como lo cuentan...

—Quiero saber la verdad —insistió Hugo.

—No creo que estés listo para ello.

—Todos dicen lo mismo —se irritó Hugo—. Al final, son iguales a los ángeles, todos, secretos...

No pudo terminar la oración porque la bestia se lanzó sobre él. Hugo cayó contra el piso, golpeó con fuerza la cabeza y los ojos amenazaron con cerrarse. Lo último que vio fue la bestia sobre él, con los dientes como sables.

—No somos como ellos —siseó contra su oído y su aliento le revolvió el estómago.

Escuchó los chillidos de Tamara que se había lanzado contra la bestia. Esta, de un solo gesto, la lanzó contra la pared y la joven no pudo volver a levantarse.

—No le hagas daño —gruñó Hugo, luchando por mantenerse despierto.

—Ella es amiga de los ángeles, solo la dejamos entrar por ti, porque creí que eras diferente de los demás, humano.

—Solo quiero ayudar —jadeó.

—Jamás digas que somos como los ángeles.

—Está bien —susurró Hugo mientras peleaba por tragar saliva.

La bestia se despegó de él y se alejó unos pasos.

Cuando pudo volver a respirar, Hugo se irguió en el suelo. No mucho más lejos de allí, Tamara estaba en cuatro patas, resoplando con fuerza.

—¿Tamara?

—Estoy... bien...

—No nos queda mucho tiempo —informó la bestia, que observaba el símbolo titilante en el cilindro—; si en verdad quieres ayudar, necesitamos huir de este planeta.

—¿Del planeta? —Hugo la miró extrañado.

La bestia chasqueó la lengua.

—De la Tierra.

Hugo inspiró.

—Claro... —musitó—, quieres decir..., regresar a... ese... otro lugar.

La bestia entornó los ojos.

—¿El infierno? Hmm, no es lo que crees, humano, allí al menos... no nos persiguen los ángeles... —Miró por sobre su hombro—; algunos prefieren regresar, otros están heridos y solo allí tendrán la ocasión de sanar.

—¿Y el resto?

La bestia sonrió.

—¿Nos ayudarás?

—No sé cómo...

—¿Entonces para qué ofreces tu ayuda?

Hugo cerró los ojos un instante. Tenía un poco de razón, ni él estaba seguro de lo que estaba ofreciendo ni por qué. Solo sabía que necesitaba llegar al fondo de eso; sobre todo, por lo que había descubierto en su propio pueblo.

—Ehh..., solo sé que los ángeles... no son lo que nuestras leyendas decían, no hacen lo correcto y no creo que esté bien exterminar a nadie. No creo..., no creo que lo de las pesadillas sea algo que ustedes hagan a propósito.

La bestia ladeó la cabeza.

—No eres tan tonto como parece, aunque eso no quiere decir que puedas ayudar. —Asintió—. No, no es algo que hagamos a propósito, es parte de nuestra naturaleza actual.

—¿Actual? —preguntó Tamara, quien ya parecía restablecida.

La bestia ignoró unos gruñidos que se oyeron distantes e hizo un gesto para abarcar su propio cuerpo.

—De esto en lo que los ángeles nos convirtieron.

—¿Eso es lo mismo que dijo...! Mmm, ¿esto...? ¿Entonces... ustedes antes eran... o sea, no eran...? —Hugo se calló, temía despertar otra reacción de la bestia quien lo miraba con ojos entornados.

—No éramos *esto* antes de que ellos hicieran... su magia.

—Y... ¿lo pueden deshacer?

La bestia sonrió.

—Sí, solo debemos encontrar el lugar donde se reúnen en este pueblo. —Ladeó la cabeza otra vez, como si oliera el aire—. Tal vez en eso puedas ayudar, aquí hay una organización que los ayuda.

—Sí, la conozco —Hugo se irguió más tratando de no verse muy entusiasmado—, es más, dejé un programa corriendo en sus computadoras, si tan solo tuviera acceso...

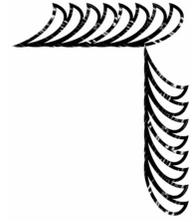
La bestia levantó una mano y pronto apareció otra bestia con una *notebook*.

—Eh... —Hugo parpadeó sorprendido.

La bestia volvió a mirar el cilindro. Lo tomó entre los dedos.

—Le quedan unos minutos, lo traeré de vuelta. —Se puso de pie y se alejó—. Espero que tengas algo para entonces.

Apenas desactivó el cilindro, las pesadillas volvieron.



Capítulo XIV



SIN EMBARGO, ESA VEZ LE PARECIÓ que discurrían en forma más leve o, por lo menos, no con tanta fuerza como cuando huían por los túneles. Quizás porque las bestias se mantenían alejadas. O, a lo mejor, eran las paredes de las cuevas las que ayudaban a que no se sintiera tanto, pero allí estaban de todas maneras. Siempre incorporando parte de la realidad. En ese caso, fue la primera vez que encontró a Edmundo, herido en el callejón, el rostro mutó al del ángel de la cicatriz, las bestias lo estaban consumiendo.

No recordaba haber visto todo eso, pero, en su pesadilla, el ángel era devorado por las bestias y le dolía. Estaba sufriendo y esa era la primera vez que veía dolor en uno de esos bellos rostros, muy similar al de Edmundo. Hugo podía salvarlo, pero no lo hizo, le dio la espalda. Seguía oyendo sus gritos, le perforaban el estómago como si fuera él quien estuviera siendo devorado por las bestias. Era gracioso cómo podía ver esas imágenes y, a la vez, discernir la cueva en la que estaban solo él y Tamara. La joven jadeaba y trataba de recuperar el aliento alternativamente. También debía de estar viendo imágenes en su mente. Se preguntó cómo serían sus pesadillas; observándola, tenía una idea bastante aproximada.

Perdió la consciencia durante unos breves segundos, como cuando uno está a punto de quedarse dormido y logra despertarse. Poco a poco, pudo recobrar la suficiente lucidez para abrir la *notebook*.

—¿Cómo estás? —le preguntó a Tamara cuando la oyó suspirar y vio, por el rabillo del ojo, que se frotaba alternativamente diferentes partes del cuerpo.

—No lo sé. Creo que no entendí nada de esa conversación.

—Me pasa lo mismo, mientras más me meto en esto —sacudió la cabeza mientras tecleaba en la *notebook*—, menos entiendo lo que está pasando. Solo sé que es grande y todo el pueblo está involucrado.

—¿Todo el pueblo?

—Tal vez no todo, pero muchos: Dalila y su Iglesia, la organización de Elena que debe de tener gente local entre sus números, el médico y tal vez la bibliotecaria... ¡No lo sé! No entiendo ni la mitad..., pero no dejaré que me dejen a oscuras —se encorvó sobre la *notebook*—; cuando estábamos en la iglesia, Dalila quería que le ayudara con unos programas...

—¿Lo hiciste? —Ella sonó sorprendida.

Hugo la miró con el ceño fruncido.

—Te tenían prisionera.

Tamara cerró los ojos.

—Lo siento, es que... no puedo confiar en ninguno de ellos.

—Yo tampoco, pero no tenía muchas opciones. Por suerte, como la mayoría de las personas, ella no tiene ni idea de cómo funcionan las computadoras —sonrió—, pude enterarme de varias

cosas y les dejé algunos regalos. —Tipeaba furioso mientras sus pupilas se movían de izquierda a derecha a izquierda como si no se decidieran en cuál punto de la pantalla situarse.

—¿Qué descubriste?

—La Iglesia de Dalila está aliada con los ángeles, me parece que ellos controlan las apariciones de estos y los milagros.

—¿Los milagros?

—Sí —asintió Hugo sin mirarla—, eso le da más poder a la Iglesia.

—¿Y a los ángeles?

Hugo se despegó de la pantalla un momento.

—No estoy seguro. También vi que hay unos laboratorios donde experimentan con las bestias.

—¿Los ángeles? ¿Por qué necesitarían eso?

—No lo sé, no estoy seguro de que sean ellos quienes experimentan, aunque por lo que dijo...

—Se volvió hacia Tamara—. Eso no es lo más importante, sino que la Iglesia comenzó a experimentar con ángeles también, en busca de su magia.

—Entonces ahora son enemigos. —Tamara casi sonrió.

—Creo que sí, aunque no estoy seguro de si los ángeles dejarán la Iglesia completamente, es una alianza muy larga; pero tal vez la congregación de Dalila... —Echó un vistazo a la pantalla—. Aquí está..., sí...

Se quedó en silencio un tiempo.

—¿Qué es?

—Toda la información de la Iglesia de Dalila, estoy haciendo una copia, tienen más de una instalación y todo un mapa de los túneles, las cuevas y los lugares del pueblo donde... ¡Por Dios! ¡Están por todo el pueblo! También hay un listado de..., ¡lo sabía!

—¿Qué? —Tamara se acercó y miró la pantalla.

—Tienen un espía en la organización de Elena.

—¿Un espía?

—Esto es enorme —murmuró Hugo con el rostro cada vez más cerca de la pantalla—. Abarca todo el pueblo y... —tecleó con más furia— ¿por qué no puedo entrar aquí? No tiene sentido, este archivo no debería estar... —siguió murmurando por lo bajo.

—¿Qué pasa? —preguntó Tamara a la vez que se sentaba más cerca de él.

Las ventanas en la pantalla se sucedían con rapidez una tras otra. Hugo no solo llevaba varias búsquedas a la vez, sino que quería estar seguro de que nadie pudiera seguirlo ni adivinar qué estaba buscando.

—Solo necesito unos segundos más para... —suspiró—, esta carpeta tiene los mismos símbolos que todas las que contienen los experimentos con bestias, pero hay algo más y no puedo leer los archivos, ¿por qué no puedo leerlos? —Se volvió hacia Tamara con ojos brillantes—. Tal vez a eso se refieren..., como dijo Dant..., la primera bestia que..., o sea, cuando dicen que los ángeles los convirtieron en bestias... Debe de ser... —musitó—. ¿Conoces la historia del ángel caído? —Al ver la expresión de Tamara, sacudió la cabeza—. No importa ahora, ¡si tan solo pudiera leer estos archivos! Es como si estuviera allí, pero no...

—¿Será por algo de los ángeles? —aventuró Tamara.

Hugo la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Crees que sus habilidades puedan afectar las computadoras?

Tamara se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Cómo explicas los milagros? Nunca creí en ellos, pero si vi ángeles volar y volé con ellos..., los milagros podrían suceder.

—No sé, una cosa es la magia en el mundo real, pero ¿en el tecnológico? Creería que eso no es compatible —sacudió la cabeza—; no tengo tiempo de pensar en ello ahora, solo necesito acceder a...

Les llegó el olor nauseabundo antes de que viesen a la bestia.

—¿Estás listo, humano?

—Sí —dijo Hugo, tragó saliva y le hizo un gesto para que se acercara.

La bestia se sentó a su lado, el cilindro estaba encendido entre sus garras, pero su luz era más débil, la magia debía de estar evaporándose.

—Este es el mapa de túneles que recorren todo el pueblo.

—Ya lo conocemos.

—¿Y también todas estas ubicaciones? —Hugo señaló la pantalla—. No conocían la entrada por la cual llegamos aquí.

La bestia se inclinó hacia delante y Hugo retrocedió con los ojos cerrados, inspirando con fuerzas. Cuando pudo, abrió un ojo y volvió a señalar.

—Aquí hay una especie de laboratorio y estas otras instalaciones...

—Superpón la imagen con un mapa del pueblo y alrededores —indicó la bestia.

Hugo se acomodó el flequillo que le caía sobre los ojos y tipeó con agilidad sobre el teclado, siempre intentando mantenerse alejado de la bestia.

—Sí, esto nos sirve un poco. ¿Lo puedes copiar?

—Ya está todo en la *notebook*. —Sonrió Hugo—. Ahora es su turno.

—¿De qué?

—De hacernos un favor.

—Los dejaremos con vida, humano.

—¿Quién crees que eres...? —comenzó Tamara, pero Hugo la paró, con el brazo extendido.

—No, no te creo, ibas a dejarnos con vida, de todas formas —Hugo intentó mantener el tono firme—; no eres la primera con la que hablo y el otro..., como dije, ustedes son víctimas de los ángeles, de eso estoy seguro, no creo que sean los demonios que ellos predicán, así como ellos no son los seres angélicos de las leyendas.

—Lo cual no quiere decir que no matemos para sobrevivir.

—No, pero nosotros no somos una amenaza.

—Lleva la información con los demás.

Hugo levantó la vista. En la entrada a esa parte de la cueva había otra bestia. Era la gigantesca con los cuernos que rozaban el techo.

La bestia femenina tomó la *notebook* y obedeció, apresurada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Hugo al gigante, con la voz algo temblorosa.

—Dante.

Tamara hizo un ruido extraño con la boca y lo miró con gesto extrañado. Hugo estaba bastante seguro de que en su cara se reflejaba una expresión similar.

—¿Dante? —dijo él.

—Me preguntaste mi nombre, humano.

—Sí..., pero... ese es el mismo nombre que... —frunció el ceño—, la otra...

—¿Tu nombre es único?

—No, pero es demasiada casualidad que...

—No tenemos mucho tiempo, humano, querías un nombre y te di uno.

Hugo inspiró.

—Está bien, pero no soy... «humano», soy Hugo.

La bestia asintió y miró a Tamara.

—Tamara —musitó ella.

—Les agradecemos sus servicios. Sin embargo, es mejor que se mantengan alejados. No es fácil luchar contra los ángeles y cualquier contacto que tengan con nosotros lo interpretarán como un reto hacia ellos.

—Pero quiero entender.

—Lo que debes entender es que se trata de algo más grande que tú y tienes que dejarlo a un lado. Vivirás una vida mejor así, ¿o acaso quieres terminar como nosotros? —Miró hacia abajo —. Ya no hay tiempo. Al salir de aquí, el túnel que nace hacia la izquierda los llevará a la parte norte del pueblo, donde está la estación.

Se dio la vuelta y corrió con más agilidad de la que se esperaba en un cuerpo enorme como el suyo. En ese momento, la luz del cilindro se apagó y los invadió un nauseabundo olor que les atacó los ojos y se les pegó a la garganta. Cuando lograron despejarse de las pesadillas, estaban solos.

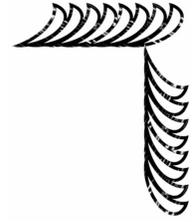
—Vamos —dijo Hugo y la ayudó a ponerse de pie.

Tamara lo siguió por los pasillos, la mayor parte del tiempo en silencio.

—Qué lástima que se llevaran la *notebook* —murmuró de repente, mirándolo a él de reojo.

Hugo sonrió.

—No importa, una copia quedó en la nube.



Capítulo XV



CUANDO LLEGARON AL PUEBLO, era de noche. Tamara miró hacia arriba, el cielo estaba estrellado, sin ninguna nube. La luna brillaba con fuerza y se sentía más cercana allí que en cualquier ciudad.

—Ya ni siquiera sé qué día es —musitó por lo bajo.

—Pasaron dos desde que abandonamos el pueblo hacia las cuevas —dijo Hugo mientras caminaba apresurado a su lado.

—¿Dos? ¿Cómo...? ¿Cuánto tiempo estuvimos inconscientes... —se llevó las manos a la cabeza e inspiró— en todos lados?

Hugo se encogió de hombros.

—No lo sé, no es tan importante, lo que debemos...

—No, espera —lo agarró del brazo—, *es* importante. Tenemos que dejar de correr de un lado a otro. Ya no entiendo nada de lo que está sucediendo y no creo que tú lo hagas tampoco. Me habías dado la sensación... —Tamara vaciló— de ser un poco menos impulsivo de lo que parece ahora.

Hugo se detuvo y suspiró. Se desacomodó el pelo y se lo arregló otra vez. Se miró el cuerpo, no recordaba cuándo se había cambiado la ropa por última vez. Volvió a suspirar.

—Perdón, es que siento que... nos quedamos atrás. Todos los demás se mueven a un ritmo diferente y nunca sé con anticipación o, al menos, al mismo tiempo lo que está pasando y tengo que hacer algo al respecto.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué? —Frunció el ceño Hugo.

—¿Por qué sientes esta presión por hacer algo? Lo entendía antes, cuando querías hacer lo correcto y yo... Bueno, yo ya no quería más problemas —sonrió con timidez—, todavía no lo logro. Pero no entiendo por qué crees que tienes que hacer algo. Perdona, pero siento que ni siquiera sabes qué es..., o sea, no pareces estar seguro de nada y, sin embargo, estás desesperado por hacer algo. Tal vez..., no sea necesario que hagas nada.

Hugo vaciló un momento. Ella le estaba formulando la pregunta que él llevaba haciéndose desde que había salvado a esa primera bestia. En ese momento, había creído que era lo correcto, lo habían engañado y necesitaba rectificar las cosas. Ahora sentía que había sido engañado por todo el pueblo y sí, necesitaba *ordenar* las cosas. Aun cuando no sabía cómo ni en qué confiar. Solo sentía que no podía quedarse a un lado, no con lo que sabía ahora: todos estaban tomando decisiones por él y eso nunca le había gustado.

—Creo que es lo correcto —comenzó lentamente. Tamara amagó con hablar, pero él le hizo una señal para que esperara—. Siempre creí que es importante analizar lo que sucede y hacer lo justo. En este caso, no tengo suficiente información, pero, si no actúo, sé que lo harán por mí y

siento —se llevó la mano al estómago— que no es lo correcto. Están tomando decisiones por nosotros, hasta podría afectar al resto de la humanidad. —Apretó los labios—. Mis padres siempre quisieron inculcarme sus creencias, que viera el mundo como ellos lo hacen —sacudió la cabeza—: eso nos distanció. No puedo evitarlo, necesito hacer, ver las cosas por mí mismo y creo que eso es lo que más me molesta: descubrir todo lo que estaba bajo tierra en mi propio pueblo y no poder descifrarlo. Sobre todo, cuando se aprovechan de las leyendas para hacernos creer su versión del mundo.

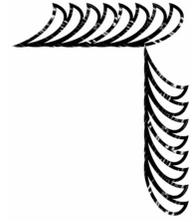
Tamara guardó silencio un largo momento antes de inspirar hondo. Luego miró alrededor y suspiró.

—¿Vamos hacia allí? —señaló con vaguedad.

—En verdad, es hacia allá —le corrigió Hugo—. ¿Vas a acompañarme?

—Hace rato que quiero terminar con todo esto. Si no lo hago, ellos me perseguirán —se encogió de hombros—, así ¿cómo voy a estar tranquila?

Empezó a caminar y Hugo lo hizo a su lado.



Capítulo XVI



—¿QUÉ MÁS ENCONTRASTE en las computadoras de la Iglesia? —preguntó luego de un rato.

—Muchas cosas, demasiadas para leerlas todas en ese momento. Lo dejé guardado y tengo que acceder pronto, para ver lo que está sucediendo. La red de túneles se extiende por debajo de todo el pueblo, me pareció que eso era algo que podía compartir con ellas sin problemas.

—Esos túneles no pueden ser naturales.

—No, no lo son, aunque no me queda claro quién los hizo. Al principio, pensé que había sido la organización de Elena, están financiados, en parte, por el Gobierno...

—¿Ella te dijo eso?

—No, lo vi en... —se encogió de hombros y sonrió—, no bloquearon una máquina cuando estaba con ellos...

—A esta altura, todo el pueblo ya debería haber aprendido a no dejarte nunca solo con una computadora. —Sonrió.

—No lo puedo evitar. Como sea, no creo que hayan sido ellos, porque no tenían un mapa, no como el que encontré entre la información de la Iglesia, aunque ¿para qué ellos construirían esos túneles? No tiene sentido, no necesitan semejante envergadura para mantener los laboratorios que poseen y ¿para qué investigan a las bestias? ¿Qué es lo que experimentan con ellas? ¿Y por qué de repente...?

—Ellos siguen las órdenes de los ángeles, ¿no?

—Parece más bien que siguen un acuerdo, algo que les permite a los ángeles cazar a las bestias sin tener que preocuparse por la exposición frente a todos los seres humanos. Eso tampoco lo entiendo: ¿por qué les preocupa tanto eso? ¿Por qué persiguen a las bestias con tanta saña?

—Bueno, si seguimos la mitología clásica...

—Sí, pero ya sabemos que eso no es cierto. Acabas de conocerlas, ellas no tienen poder sobre lo que les sucede a los demás cuando están cerca de ellas, y también sufren... ¿No te llamó la atención que no se parecen en nada? Quitando el olor y las pesadillas, no son como los demonios que siempre nos mostraron. Además, parecen bastante indefensas frente a los ángeles. Algo no cierra en toda esta ecuación. Por otro lado, ¿por qué la organización de Elena está realmente en contra de los ángeles? Nunca me dio una explicación satisfactoria. —Sacudió la cabeza y se mesó los cabellos—. Me faltan muchas piezas del rompecabezas.

—¿Qué es lo que quieres hacer ahora? —preguntó Tamara, pero antes de que él pudiera contestar, siguió hablando—. Yo creo que deberíamos ver cómo está la señora García y explicarle mi ausencia, y también en la biblioteca. —Suspiró—. Seguramente, ya perdí ese trabajo... Me dijiste que el médico que me recomendó la señora Pérez estaba con la organización de Elena, ¿no?

—Él dijo que no, pero fue a su casa a donde nos llevaron. Una casa que tiene conexión con los túneles, así como la biblioteca y la casa de la bibliotecaria.

—¿Y la señora García?

—No —sonrió—, cerca de la casa de ella no había nada. Sin embargo, con lo que vi hasta ahora del pueblo, ya no sé en quién confiar.

—Conozco la sensación.

—Sin embargo, tienes razón, deberíamos ver cómo está y tratar de explicar... algo. Tampoco nos vendría mal comer y cambiarnos de ropa...

—Y darnos un baño.

—Sí —volvió a sonreír— y afeitarme... No sé si podré volver a mi casa o a mi otro lugar. No me animo a ver cómo quedaron y no estoy seguro de qué tan confiable sería acercarme a cualquiera de ellos.

—Lo siento.

Hugo suspiró e hizo una pausa.

—Luego deberíamos tratar de contactar a Elena.

—¿Por qué?

—Por que una de las cosas que vi en los archivos de la Iglesia es que tienen un espía allí y no creo que ella lo sepa —se mordió el labio antes de agregar—: es su segundo al mando.

—¿Estás seguro?

—Sí, tenemos que avisarle.

—¿Por qué?

Hugo se paró y la miró.

—Porque sería una masacre si llegara a..., ¿te imaginas lo que sucederá cuando les informen a los ángeles? O tal vez ya estén al tanto y cuando decidan atacar...

—No lo sabemos, no sabemos tampoco qué harán con esa información. O tal vez ya lo sepan, como dices, ¿cuánto hace que está ese espía? A lo mejor, solo necesitan eso. Además, ¿no me dijiste que los ángeles no estaban en buenos términos con la Iglesia de Dalila? Cuando descubrieron sus últimos experimentos.

—No..., no sé bien cómo están sus relaciones; pero, seguramente, los dos quieren acabar con Elena y su organización, ya que así las bestias tendrían menos recursos. Creo que debemos avisarles; después de todo, ella nos salvó y nos llevó al médico.

—También secuestró a mi familia y todavía tiene a mi hermana...

—Me dijiste que....

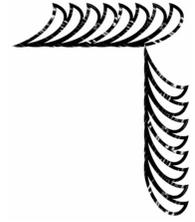
—Sí, sí —Tamara hizo gestos con la mano—, no está contra su voluntad ahora, pero porque le lavó la cabeza o le ofreció dinero..., ¡no estoy segura! Lo que sé es que hubiera preferido que no involucrara a mi familia.

—Lo entiendo, pero...

—Primero, descansen un poco —dijo Tamara, cuando ya estaban frente a la casa de la señora García.

Hugo casi se sorprendió de haber llegado, no recordaba haber dado las vueltas necesarias... Lo que era peor: no había llegado más que a esbozar una historia para contarle.

Resultó no ser necesario.



Capítulo XVII



ALLÍ SE ENCONTRARON TAMBIÉN con la señora Pérez, ambas mujeres estaban cenando solas y Hugo tuvo la sensación de que no era solo una comida de amigas. Sin embargo, no demostraron ninguna molestia por la súbita aparición de ellos dos ni por las condiciones en las que lo hicieron ni tampoco por la extraña historia que contaron de haber visitado las cuevas, como una excursión, y haberse caído en un hueco. Tampoco nadie mencionó el estado de la habitación de Tamara, la cual habían encontrado intacta... como por milagro. Hugo y Tamara intercambiaron una mirada, pero estaban demasiado cansados para pensar.

Las señoras García y Pérez los ayudaron a cambiarse las vendas, o lo que quedaba de las vendas que les había puesto el médico, y luego los dejaron bañarse y ponerse ropa limpia mientras preparaban algo más de comer.

Luego de la cena, Hugo utilizó la *notebook* de Tamara para ordenar un poco su trabajo y avisar que se tomaría unos días. También aprovechó para revisar lo que había copiado de la organización de Dalila. La bibliotecaria se había ido hacia ya una hora y le había dicho a Tamara que no era necesario que fuera al día siguiente, la biblioteca estaría cerrada una semana. No quiso dar más explicaciones, solo entrecruzó una mirada con la señora García.

—Aquí está pasando algo más —dijo Tamara mientras se dejaba caer boca arriba en la cama.

—De eso no hay duda.

—¿Cómo puede ser que la habitación esté intacta?

—No lo está.

Tamara se volvió hacia él, quien seguía atento a la pantalla.

—A mí me parece igual.

—Son detalles, aunque no creo que se hubiera roto tanto como nos pareció.

—De todas formas, la señora García tuvo que notar tantas cosas...

Él inspiró y levantó la vista un instante y volvió a concentrarse en lo que hacía.

—Creo que en el pueblo están demasiado acostumbrados a ignorar ciertos detalles —murmuró.

Tamara volvió a girar en la cama.

—Puedo entender por qué.

—Mmm.

Hugo no estaba seguro, pero si lo que estaba leyendo en los archivos era una indicación, entonces algo estaba a punto de suceder y la bibliotecaria tenía que saberlo o, por lo menos, lo suficiente como para mantenerse alejada. Después de todo, dos túneles se relacionaban con ella. ¿Eso querría decir que la señora García también sabía lo que pasaba en el pueblo? Sacudió la cabeza, no podía confiar en ninguno de sus vecinos de toda la vida, esa era la peor sensación; por primera vez, en muchos años, prefería no hacer preguntas, no quería escuchar la respuesta que ya

creía adivinar.

Miró a Tamara, quien se había quedado dormida mientras él trabajaba sentado en el piso. La ventana estaba abierta y la noche comenzaba a clarear. Lo mejor sería que durmiera un poco si quería ser funcional al día siguiente. Ya había visto varias formas en las cuales podría captar la atención de Elena. Aunque la voz de Tamara en su cabeza le repetía que no se lo merecían, esperaba que no fuera demasiado tarde.

Se quedó dormido poco después. Cuando despertó, Tamara no estaba en la cama y el sol ya mediaba su recorrido del cielo. Se desperezó. Le dolía todo el cuerpo por la mala posición en la que se había quedado dormido. La máquina había quedado a un lado, presionó un botón para que despertara también. En la pantalla, se habían actualizado los últimos archivos de la Iglesia, había uno del espía, no decía nada más que un lugar y una hora. Era en una de las casas abandonadas en las afueras del pueblo, allí debía de estar sucediendo algo importante, o lo haría. Se fijó en el mapa de las cuevas, uno de los túneles llevaba a ese lugar y no estaba muy lejos de los laboratorios de la Iglesia; en realidad, si lo miraba con la cabeza un poco inclinada...

—¡Por Dios! —exclamó y se levantó para salir corriendo de la pieza, todavía con la *notebook* en la mano.

En el pasillo, oyó el ruido de la lluvia del baño al final. Esa debía de ser Tamara, la señora García utilizaría el aseo en planta baja. Ansioso, se acomodó la ropa y se comprobó el aliento. Regresó a la pieza para dejar la *notebook* y decidió ver si el baño de abajo estaba vacío.

—Ya despertaste —dijo la señora García, que estaba en el comedor haciendo un rompecabezas con el televisor encendido—, te diría que desayunes algo, pero ya casi es hora de almorzar —levantó la cabeza—, ¿van a quedarse a comer?

Hugo vaciló.

—Veo que no —se puso de pie y fue hacia la cocina—; de todas formas, deberían comer algo rápido, con la juventud nunca se sabe cuándo tendrán tiempo.

En ese momento, se oyó abrirse la puerta del baño de arriba.

Hugo corrió escaleras arriba. Tamara salía del baño secándose el pelo, ya estaba vestida.

—Despertaste.

—Sí, lo siento.

—¿Por qué?

—Eh... —se llevó la mano a la cabeza con torpeza—, no sé..., tenemos que irnos.

—¿A dónde?

Se acercó más y le habló casi al oído.

—El espía envió un nuevo mensaje a la Iglesia, creo que van a atacar a Elena. Están reunidos en una de las casas donde operan, muy cerca de uno de los túneles de acceso más grandes y también próximos a los laboratorios. Si leí bien, atacarán esta noche.

Tamara lo consideró un momento.

—¿Por qué? O sea, ¿cuál es la necesidad de atacarlos ahora?

—Para que dejen de ayudar a las bestias, para que estén más indefensas.

—Eso es lo que no entiendo, ¿acaso no lo están siempre? Los ángeles son superiores en todo sentido.

Hugo inspiró.

—Lo sé. No puedo contestar eso, pero tal vez podamos encontrar algunas respuestas si ayudamos a Elena, además de saldar el favor que le debemos.

—¿Y cuál es el plan?

Hugo vaciló. No había pensado mucho en ello, solo tenía planeado aparecer y advertirle a

Elena. Si tenían suerte, llegarían antes de que pasara cualquier cosa y no tendrían que participar en ningún enfrentamiento. No le gustaban las peleas, además de que no había mucho que pudiera hacer en ellas.

—Solo hablaremos con Elena, si le demostramos quién es el espía...

—¿Y si no nos deja ir? ¿Y si, justo en ese momento, atacan los ángeles o Dalila? Creo que debemos pensar en todas las posibilidades. Si no, nos seguirán lanzando de un lado a otro como si fuéramos una figurita de intercambio, ya no quiero serlo.

—Tienes razón, tenemos que planear mejor.

—Aún hay tiempo.

—No quiero llegar sobre la hora; no podemos saber exactamente lo que significa ese horario, podría haber una parte en código.

—No lo haremos, pero podemos tomarnos unos minutos. ¿Por qué no te das una ducha y comemos algo? La señora García dijo que nos prepararía el almuerzo si la ayudabas con la programación del televisor, parece ser que quiere grabar algunos programas.

Hugo sonrió.

—Está bien, solo un par de horas, eso nos dará tiempo para prepararnos un poco. —Caminó hacia el baño y se paró de repente—. No tengo nada más para ponerme.

—Le preguntaré a la señora García —dijo Tamara y comenzó a bajar las escaleras.

Hugo la observó un momento antes de entrar al baño. Parecía más tranquila, como si al fin hubiera aceptado que no había más opción que enfrentar lo que estaba sucediendo. ¿Podría confiar en ello?

Luego de la ducha y la comida, se sintió mejor, incluso había logrado afeitarse y cortarse un poco el pelo. Revisó la computadora, no había nuevos mensajes, así que los planes debían de seguir en pie. Verificó otros archivos, pero estaban protegidos y tardaría un tiempo en descifrarlos, dejó un programa corriendo mientras comían, aunque no terminaría antes de que tuvieran que irse. También buscó a varios amigos en las redes sociales y en los foros a los cuales accedía con frecuencia. Había un lugar en uno de los barrios exteriores donde podía comprar armas sin tener que dar muchas explicaciones, pero solo aceptaban efectivo. Tendrían que hacer una parada antes. ¿Qué tanto le serviría un arma si no sabía cómo usarla?

—¿En qué estás pensando? —preguntó Tamara a la vez que se sentaba en la cama.

—En cómo vamos a hacerlo. Creo que lo mejor es que entre solo y tú te quedes afuera. Si no salgo en media hora, entonces vete.

—¿Perdón?

—No tiene sentido que ambos...

—¡No pienso dejarte ahí!

—¿Y qué más podrías hacer? Si no me dejan salir, dudo que te dejen entrar.

—Entonces, tal vez deberíamos entrar los dos.

Hugo vaciló, y luego preguntó, casi en un susurro:

—¿Quieres un arma?

Tamara frunció los labios.

—No me gustan. ¿Todavía tienes alguna?

—Por ahora no.

Tamara suspiró.

—Aun así, solo podríamos escapar de otros humanos, y si no hay muchos; pero no podremos hacer nada si...

—Si salimos ahora, llegaremos mucho más temprano de la hora prevista por el espía. No

deberíamos cruzarnos con nadie.

—Excepto los hombres de Elena.

—Claro.

—Y las bestias.

—Puede ser, pero ya sabes que, en realidad, no son agresivas.

—Eso no cambia el efecto que tienen en quienes las rodean. Además, no sabemos si son las mismas con las cuales conversamos, ¿cómo podemos saber que todas son iguales, que todas nos darán el beneficio de la duda?

—Creo que hay una sola forma de saberlo. —Hugo se puso de pie.

—¿No tienes... otros amigos?

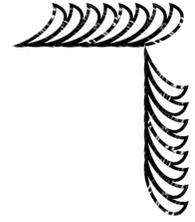
Él desvió la mirada.

—Ninguno que conozca en la vida real y creo que ninguno de ellos vive en el pueblo.

—Mmm, ¿y otra gente del pueblo?

Negó con la cabeza.

—No, si no sabemos en quién confiar, no deberíamos incluir a nadie más.



Capítulo VIII



COMPRAR ARMAS FUE SENCILLO. Hugo sabía dónde conseguirlas y cómo manejarlas, todavía le molestaba haber perdido las que tenía, así como su departamento, su auto y su refugio... Pero ese no era el momento para pensar en esas cosas. Consiguió una para Tamara y le enseñó lo básico, aunque era obvio que no le gustaba.

Cuando llegaron a la ubicación del mensaje, todavía era de día y el sol brillaba con fuerza. La casa estaba tranquila, parecía vacía y en ruinas.

—Bien —dijo Hugo—, mejor espera aquí.

—Mejor vamos todos adentro —dijo un hombre detrás de ellos.

Tamara señaló el bolsillo interno de su chaqueta, pero Hugo negó con la cabeza. Si no habían visto a ese hombre acercarse por detrás, ¿cuántos más podría haber alrededor que tampoco habían visto?

El hombre los escoltó hasta la casa. Por dentro, había sido refaccionada, por lo menos para hacerla más resistente de lo que se veía en el exterior. Los cuartos no estaban amueblados más que por una mesa y un par de sillas. En la pieza a la cual los llevaron, la mesa tenía una computadora encima y, sentada frente a ella, estaba Elena.

Ella se levantó apenas los vio.

—Fue muy maleducado de parte de ustedes irse sin avisarme —chasqueó la lengua—, estábamos preocupados.

—Mmm, te agradecemos tu ayuda, pero estábamos un poco cortos de tiempo.

—Ojalá hoy tengan más.

—¿Hay un lugar donde podamos hablar? —preguntó Hugo.

—Aquí.

—Me refiero a solas.

Elena miró a Tamara.

—Puedes confiar en ella.

—Lo sé, el problema es que no suele elegir el bando correcto.

—Y ¿cómo sabes que el tuyo lo es? —preguntó Tamara.

—Si vieras lo que esos ángeles hacen...

—Lo vi —murmuró Tamara.

—Entonces ya lo sabes —se dirigió a Hugo—, ¿de qué quieres hablar? Todavía me debes un favor, ¿sabes?

—Sí, por eso vengo a pagarlo, pero quiero que hablemos a solas —insistió.

Elena miró a los hombres cerca de la entrada a la habitación, la mayoría no parecía estar prestando atención.

—Bien, hay un cuarto más allá...

—¿Podemos llevar la computadora? —Oyó que Tamara removía los pies, seguramente estaba feliz de no tener que sacar la suya, que llevaba en la mochila.

—¿Qué piensas hacer?

—Solo quiero mostrarte algo. —Hugo mantuvo la expresión imperturbable.

Elena agarró la *notebook* y los guio a un cuarto más pequeño, no muy lejos. Hugo se aseguró de cerrar la puerta y le pidió a Tamara que se quedara allí. Luego se acercó a Elena, para hablarle al oído.

—Tienes un espía en tu organización.

—¿Según quién?

—Puedo mostrarte —dijo Hugo mientras abría la *notebook*.

Elena vaciló, suspiró con fuerza e, igualmente, se acercó a él, con los brazos cruzados y sin dejar de fruncir el ceño. Hugo se situó bien cerca de ella y le mostró la pantalla mientras tecleaba. Elena se inclinó cada vez más hasta que, finalmente, tomó la computadora en sus manos y la acercó tanto a su cabeza que la pantalla le rozaba la nariz.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó sin mirarlo.

—Es de la Iglesia de Dalila.

—¿Cómo accediste?

Hugo se encogió de hombros.

—Necesitaban ayuda con la computadora, me la pidieron.

Elena hizo un ruido con la garganta.

—Esto no puede ser cierto, él está con nosotros desde... siempre, fue quien me entrenó para... No puede ser. —Sin embargo, no dejaba de revisar la información frente a ella. Hugo y Tamara intercambiaron una mirada—. Si esto es verdad, acabarán con nosotros esta noche —le tembló la voz mientras levantaba la vista y miraba alternativamente a Hugo y a Tamara. Dejó la computadora sobre la mesa—. No sé qué tanto de esto es cierto, pero ha habido algunas cosas raras, demasiados secretos entre nosotros... —Se frotó las sienes—. Es mejor estar listos —dijo al final y se dirigió a la puerta, pero se dio la vuelta antes—, ¿nos ayudarás?

Hugo y Tamara volvieron a intercambiar una mirada.

—Solo vinimos a avisarte —dijo él—, no queremos involucrarnos en...

—Ya están involucrados.

—Me refiero a los enfrentamientos. No estamos equipados ni entrenados como ustedes. Y no es así como queremos vivir.

—Si ellos se salen con la suya, no podrás vivir de ninguna manera.

—¿Por qué? —Hugo entornó los ojos y se acercó a ella—, ¿por qué no me dices todo?

—Debemos irnos, Hugo —intervino Tamara, quien miraba nerviosa hacia la puerta.

—Claro —accedió él cuando notó los ruidos—, ya hicimos lo que vinimos a hacer. La deuda está saldada, Elena.

En ese momento, explotó la habitación contigua.

Todos cayeron al piso y Hugo golpeó contra la única mesa de la habitación. Elena fue la primera en incorporarse y correr hacia la puerta a la vez que sacaba un arma extraña.

—¿Estás bien? —Tamara se había acercado para ayudarlo a levantarse.

—Sí, solo un poco desorientado. No deberían haber llegado todavía.

—¿Puede Dalila saber que accediste a esa información?

—Sí, si supiera cómo hacerlo, lo cual dudo; no creo que sean ellos.

Se oyeron gritos y golpes, así como un rugido.

—Tal vez no sean ellos —repitió Hugo y se acercó a la puerta que Elena había dejado

entreabierta—. Las bestias también conocen esta ubicación... —vaciló.

Esperaba que no fueran ellas. No podía culparlas si querían vengarse o acabar con las organizaciones que las utilizaban, pero deseaba que no fuera así, que en realidad representaran al lado bueno, el que prefiere irse a luchar. Además, ¿por qué atacarían a Elena? Ellos eran los únicos que, en cierta forma, los ayudaban. O, por lo menos, parecían hacerlo.

Oyó un ruido dentro de la habitación. Se giró. Tamara estaba tratando de abrir una ventana que estaba tapiada, no la había visto debido a las cortinas que las cubrían.

—Déjame ayudar —dijo Hugo y se acercó a ella.

Los tablones estaban fuertemente adheridos. Ambos se desangraron las manos intentando sacar la primera de las tablas.

—No creo que podamos —indicó él poco después.

—No tenemos otra salida —Tamara hizo un gesto hacia atrás—, no podremos salir por ahí.

Hugo buscó en la habitación algo que les ayudara, pero estaba completamente vacía excepto por la pequeña mesa de madera, la cual no serviría de nada.

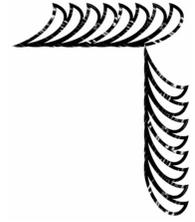
—¡Deben de estar por aquí! —Escuchó la voz de Dalila que se acercaba.

Le hizo señas a Tamara y ambos corrieron a esconderse detrás de la puerta que dejaron abierta. Se podía ver algo de lo que sucedía del otro lado. Dalila caminaba al lado de unos ángeles. Hugo rogó para que no decidieran entrar en esa habitación.

No había ningún otro lugar donde esconderse ni mucho menos una forma de huir. Si los pasaban de largo, podrían arriesgarse a salir por la puerta, pero entonces tendrían que salir a través de la habitación principal, donde estaba ocurriendo toda la batalla. Hugo miró a Tamara, quien apretaba la mandíbula a la vez que abrazaba su computadora.

Todo era culpa de él; él la había metido en ese problema y ahora estaban allí en el peor momento posible. Debía lograr que, al menos, ella escapara, pero no se le ocurría nada. Dudaba que Dalila los dejara irse, mucho menos si estaba acompañada de ángeles, debía al menos simular que todavía era parte de su acuerdo, ya que, si lo que había visto era correcto, sospechaban que los ángeles ya habían destruido otra de las iglesias de su congregación. Hugo siempre había pensado que estaban solo en su pueblo, pero se trataba de una organización bastante más grande y estaban muy entrelazados con los ángeles. No podía esperar ayuda desde ahí. Solo podía desear que apareciera una oportunidad.

Tamara, por otro lado, parecía dispuesta a actuar en cualquier momento.



Capítulo XIX



LAS VOCES SE OÍAN CADA VEZ MÁS CERCA.

—Debe de haber una puerta oculta, ¡búscala!

—Tú no me das órdenes —respondió una voz retumbante, la de Edmundo.

—Está bien, ¿qué tal si es una sugerencia? ¿Podrías encontrar la puerta oculta que nos mostraría dónde se esconden todas las bestias que hay en esta región del país, así como aquello que te robaron?

El silencio de Edmundo se oía más fuerte que sus palabras. Hugo vio cómo aumentaba la luz en el pasillo y se amortiguaban los ruidos del cuarto vecino. Cerró los ojos, se sentía bien, un calor interno lo recorría, era tan provocador, opresivo y relajante... Tamara lo pinchó en la mejilla.

—No te dejes caer en su encanto —le susurró al oído.

Hugo pestañeó varias veces para despejarse. No podía ver lo que hacían Edmundo y Dalila, pero era obvio que buscaban algo. ¿Sería por eso que habían llegado antes? ¿Qué era lo que las bestias les habían sacado?

—¿Y? —preguntó con impaciencia Dalila.

—No está aquí. Como sucede con demasiada frecuencia últimamente, nos fallaste.

—Yo no fallo, son ustedes quienes no logran terminar con esta bendita organización. ¿Qué tan difícil les resulta matar a algunos humanos?

—No mucho, pero no podemos eliminar a todos los demás que vayan a buscarlos. Creo que nunca entendiste que queremos mantenernos ocultos.

Dalila hizo un ruido con la boca.

—Si eso fuera cierto, yo no estaría aquí, ¿no?

Edmundo volvió a callar y luego explotó un ruido. El golpe se sintió mucho más cerca. Tamara le apretó el brazo. ¿Acaso Edmundo había hecho lo que ambos imaginaban?

—Ya te dije, en varias oportunidades, que no puedes hablar de eso; sobre todo, en voz alta. Si alguien te escucha...

—No creo que se oiga nada con todo el zarandeo en el resto de la casa, ¿siempre son tan ruidosos? —Dalila parecía esforzarse en sonar despreocupada, pero le temblaba un poco la voz —. ¿Estás seguro de que no hay nada aquí?

—Nada que nosotros estemos buscando.

—Espera, ¿a dónde vas?

—No podemos quedarnos mucho tiempo, lo sabes. Es imperativo que encontremos a todas las bestias que escaparon y recuperemos lo que es nuestro antes del fin de esta semana.

—¿Y después qué?

—Después ya no necesitaremos de su ayuda.

—Siempre van a necesitar de nuestra ayuda.

—Iglesias hay miles de decenas, nos ocupamos bien de ellas. Ustedes abusaron...

—¿Nosotros? ¿Abusar?

—No estaban autorizados a experimentar con las bestias sin nuestra supervisión y aunque podríamos dejar eso de lado, ¿capturar a uno de nosotros? —Su voz era cortante.

Hugo retrocedió un paso y sintió que Tamara se prendía todavía más a su cuerpo.

—No lo capturamos, lo ayudamos a recuperarse.

Edmundo hizo otra pausa, acostumbraba a hacer esos largos silencios mientras mantenía la mirada fija. Hugo recordaba cómo lo hacía sentirse culpable, aunque no hubiera hecho nada malo. Estaba esperando a que Dalila dijera algo más, que intentara defenderse o balbuceara alguna otra excusa. Sin embargo, ella parecía ser más resistente de lo que se percibía por su apariencia. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto con ella?

Finalmente, el que desistió fue Edmundo.

—Es inútil que intentes engañarme. Además, la decisión está tomada: limpiaremos todo el pueblo.

—¡No! —gritó Hugo y corrió fuera de la habitación.

No recordó hasta que estuvo delante del ángel que ni siquiera tenía algo en las manos con lo cual atacar. Había sido tonto, el movimiento más tonto que había hecho en toda su vida.

Edmundo lo miró sin ninguna sorpresa en el rostro, solo una pequeña sonrisa. ¿Acaso sabía que él estaba allí, escuchando? ¿Desde cuándo...? Sabía que no podría ocultarse de ellos, pero entonces... ¿por qué mantuvieron esa charla con Dalila cuando sabían que...?

«Porque igual piensan matarnos a todos, ¿qué les importa lo que escuchemos?, matarán a todos los que están en esta casa».

—¡Hugo, no! —Tamara salió detrás de él y se lo llevó por delante.

Hugo cerró los ojos un breve instante, cada vez la ponía más en peligro.

—Hola otra vez —dijo al fin Edmundo—. Por lo menos, tendremos la oportunidad de terminar con todos esos molestos cabos sueltos.

—Una oportunidad para todos —gruñó Tamara.

—¿En serio? —Enarcó las cejas Edmundo.

A Hugo le sorprendió esa expresión en el ángel, en un rostro, en general, imperturbable. ¿Estaría nervioso? ¿Por qué? Ellos no eran, en realidad, una amenaza. Tal vez no estaba tan tranquilo como sonaba su voz cuando hablaba con Dalila; a lo mejor, estaba más enojado de lo que parecía o lo que fuera que estaba buscando le molestaba mucho más de lo que dejaba ver. De cualquier forma, parecía intranquilo.

La única que mantenía la calma era Dalila, quien estaba parada parcialmente detrás del ángel.

—¿Y qué crees que vas a hacer? —continuó Edmundo—. ¿Además de llorar y esconderte como la última vez?

A Hugo casi le pareció que escuchaba cómo rechinaban los dientes de Tamara por sobre el resto de los ruidos de la casa.

Se adelantó para situarse delante de Tamara. Eso lo dejaba demasiado cerca del ángel; aunque, de todas formas, este podía llegar a él con menos de una zancada. Ni siquiera tendría que usar las alas que llevaba replegadas a la espalda.

—Humanos —suspiró Edmundo—, siempre tan mutables. Supongo que no se puede esperar más de una especie tan inferior.

—Hay momentos en los que lamento haberte salvado la vida —se sorprendió Hugo diciendo.

—¿Tú? ¿Salvarme la vida? Tú no hiciste nada, ninguno de tus actos influye en nada de lo que

sucede a tu alrededor. Simplemente, les dejamos creer que es así porque nos hace la vida más fácil. Pero escúchame bien, pequeño humano, todo lo que ocurre en este planeta y más allá depende solo de lo que nosotros queramos que suceda, y nadie más. Ahora, como dije antes, estoy cansado de este pueblo, hay cientos de miles como este.

—No eres tú quien decidirá nuestro destino. —Tamara salió de detrás de Hugo para acercarse más a Edmundo—. Crees que tienes todas las respuestas, pero no es así.

—Tengo muchas más respuestas que tú preguntas. Llevamos siglos manejando sus destinos.

—¿En serio? Si son tan buenos, ¿por qué las bestias huyeron?, ¿por qué no pueden combatirlos? Porque ellas son tan fuertes como ustedes.

—Eso no es cierto.

—Entonces, ¿cómo sobreviven?

—Porque así lo queremos. —Edmundo la miraba con atención—. ¿Qué intentas? No lograrás que me enfurezca o pierda el control.

—¿En serio? ¿Ni siquiera si hago esto? —De repente, se volvió hacia un lado y, temblando, disparó hacia Dalila.

—¡Tamara! —gritó Hugo y estiró el brazo hacia ella.

Edmundo llegó antes y los lanzó a ambos de un golpe dentro de la pieza. Hugo trataba de incorporarse cuando oyó otra explosión que destrozó la pared de la ventana.

—¿Tamara? —preguntó, pero la única figura que lograba discernir entre los escombros era una alada, y se acercaba con calma.

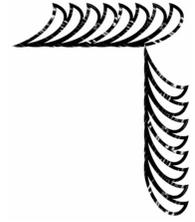
Hubiera llegado si no fuera porque una enorme mole saltó sobre ella. Hugo, con los ojos empañados, vio a Dalila detrás, recostada contra la pared. Tenía la boca en forma de *oh*, mirando a Edmundo, una mano contra el pecho y la otra extendida como si estuviera por avisarle del ataque de la bestia, pero no había alcanzado a gritar.

—Tenemos que irnos —lo urgió Tamara, quien de repente estaba a su lado, con la mitad de la cara llena de sangre.

—Estás herida.

—Debemos irnos ahora —tosió—, vamos, apenas si tenemos tiempo.

Hugo se levantó, le dolía la pierna y no le quedaba más opción que arrastrarla.



Capítulo XX



ENTRE LOS DOS ALCANZARON a cruzar la pared destrozada y alejarse de la casa poco a poco. Los ruidos se apagaban más con cada paso. A Hugo le sorprendió que el resto del barrio permaneciera tan tranquilo con semejante pelea cerca, hasta que, de un momento a otro, los ruidos cesaron por completo. Se dio la vuelta y vio la casa en perfecto estado, como si no hubiera pasado nada.

—Son ilusiones —dijo una voz detrás de ellos.

Era la bestia enorme, Dante, ¿cómo había llegado allí?

—¿Incluso los ruidos? ¿Pueden hacer que no se escuchen? —preguntó Tamara a la vez que daba unos pasos atrás y se alejaba del monstruo.

—Hacen milagros, ¿por qué no esto? Sin embargo, no durará mucho, prefieren permanecer ocultos. Se irán cuando vean que no encuentran lo que buscan.

—Y ¿qué están buscando? —indagó Hugo.

—Lo que buscamos todos.

El olor comenzó a aumentar y él también tuvo que retroceder.

—Tienen tiempo de huir.

—Te llamabas Dante, ¿no? —preguntó Hugo, mientras parpadeaba con fuerza.

La bestia pareció sorprendida.

—Eso te importa.

—Sí.

Dante hizo un minuto de silencio. La casa todavía se veía tranquila, en calma, otra noche sin ninguna novedad.

—Ese era mi nombre antes de... —Suspiró y se miró las manos enormes, tan grandes que podrían agarrar la cabeza de Hugo entre el pulgar y uno de sus tres gordos dedos.

—Me gustaría que habláramos más —agregó Hugo.

La bestia negó con la cabeza.

—No es seguro para ustedes, ¿no lo entiendes? No queremos que les pase lo mismo que a nosotros.

—Pero ¿qué les pasó? Si supiéramos...

—Hugo... —susurró Tamara y le apretó el brazo.

Una sombra salía de la casa, una sombra alada.

—¡Corran! —aulló la bestia y embolsó hacia el ángel que se acercaba.

Hugo y Tamara salieron corriendo, pero luego de solo unas pocas cuerdas, él quiso parar para mirar atrás.

—Ya hicimos lo que habíamos venido a hacer. No importa que no sirviera, lo intentamos. Acordamos que no nos íbamos a meter en sus peleas.

—Lo sé, no es eso... —suspiró—, si hubiera tenido unos minutos más, él me hubiera contado...

—Hugo —Tamara lo agarró por los hombros—, ya lo intentaste, ¿no lo entiendes? Ninguno de ellos quiere que sepamos por qué pelean. ¿Por qué todavía te empeñas en hacerlo? Algunas cosas nunca se saben. Además, no estamos al mismo nivel que ellos, no podemos ganarle a ninguno de los dos y, si quedamos en el medio..., nos destruirán.

—Ya estamos en el medio.

—Y lo mejor que podemos hacer es quedarnos quietos y en silencio.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Porque no quiero morir! ¿Es que no te das cuenta? Eso es lo que está en juego: tu vida y la de los demás. ¿Acaso no sabes lo que es estar en el medio de una lucha que no puedes ganar? Los golpes, los gritos, la certeza de que vas a morir esa noche... —Tamara se ahogó con su propia voz y desvió la mirada.

—Tamara —susurró Hugo y le apoyó la mano sobre el brazo.

—No importa. Eres lo suficientemente inteligente para darte cuenta de que te estás metiendo en algo demasiado grande, tú mismo admitiste que no sabes en qué creer y tal vez no estés haciendo lo correcto, ¿qué pasa si dañas a alguien más por hacerlo?

—Me lo pregunté muchas veces, no creas que no, pero ¿qué ocurre si el daño es mayor por no hacer nada? ¿Si soy el único que puede hacer algo al respecto porque nadie más lo sabe o le importa?

—Creo que muchas personas de este pueblo lo saben y no hacen nada porque ese es el acuerdo.

—Es uno malo.

—No lo sabes.

—No hubieras preferido que él dejara de...

Tamara lo miró con furia.

—No hables de lo que no sabes —gruñó.

—Lo siento..., yo... —inspiró—. Tienes razón, no sé por qué ni cómo se llegó a este acuerdo, pero estoy seguro de que no fue sabiéndolo todo, al menos no del lado de los humanos, y creo que lo justo debería ser tomar esa decisión conociendo todos los detalles.

Tamara se mesó los cabellos.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero saber qué es lo que buscan.

Ella dejó que pasara un momento de silencio, donde ambos parecían estar cavilando. No había más ruidos en el pueblo que los de una noche común. Estaban en la hora más oscura y casi no se podían ver los rostros, aunque estaban sentados uno al lado del otro, rozándose. Hugo podía sentir el calor del cuerpo de Tamara, era reconfortante saber que alguien estaba cerca. Sin embargo, aun así, estaba muy frustrado. Hacía solo unas semanas creía que mantenía el control, ahora no tenía nada. No sabía qué hacer, qué sucedía y ni siquiera tenía un departamento al cual volver ni un lugar donde esconderse.

—¿Tamara? —la llamó con una voz suave porque pensó que se había dormido.

Ella suspiró.

—Estaba pensando. ¿Qué piensas de la señora García?

—Creo que ella es una de las personas que sabe lo que está sucediendo —dijo Hugo y se masajeó la nuca—, pero no quiere tomar bandos. Tal vez por eso nunca nos pregunta lo que hacemos o por lo raras que son nuestras apariciones.

—Mmm..., y también lo sabe el médico que me ayudó...

—Pienso que también lo sabe la señora Pérez.

—A lo mejor podamos ir allí —sugirió Tamara—. Si ella es igual que el médico y la señora García, podríamos tomarnos un tiempo para descansar y pensar en el próximo paso. Además, probablemente necesitaremos usar una computadora y ya no tenemos más las tuyas ni la mía.

—Lo siento, Tamara —Hugo recién notó que no llevaba la mochila—, no quería que esto sucediera.

—No te preocupes, en parte fue mi decisión, podría haber dejado a Edmundo en ese callejón...

—No habría parado nada de lo que sucedió luego, creo, solo que no nos enteraríamos cuando el pueblo llegara a su fin.

Tamara calló otra vez, Hugo trató de discernir su rostro, pero la oscuridad era demasiada, no tenía ni siquiera el celular (¿cuántos habían perdido ya?) para iluminar un poco.

—¿Tamara?

—Siempre va a ser así, Hugo, nunca se sabe cuándo esas cosas van a suceder y es lo mejor, en cierta forma, si no, no podrías vivir.

—Sí, pero esto no es normal, no es vejez...

—También puede ser un accidente.

—Tal vez —concedió Hugo—, pero ahora que lo sabemos, no podemos dejar que suceda.

—Lo sé. —Suspiró—. Aunque si no hubiéramos ayudado a Edmundo, tal vez no nos quedarían muchos días, pero los pasaríamos más tranquilos, quién sabe, quizás...

Nuevo silencio.

—¿Qué? —preguntó Hugo, que no podía contener la ansiedad.

—¿Alguna vez piensas en verdad en la muerte? O sea, en lo que sucederá después.

—No, jamás creí que sucediera algo después, no como lo piensan mis padres —suspiró—, nunca creí en el cielo ni en el infierno.

—¿Y ahora?

—No lo sé. No quisiera ir al cielo si Edmundo está allí —rio y Tamara le hizo eco—, pero la parte de las bestias es terrorífica, tampoco me gustaría vivir rodeado de ellas, por más que no lo hagan a propósito, sería un verdadero... —sonrió— infierno.

Hugo rio también.

—Entiendo, pero entonces, ¿qué queda?

—No sé, me gusta creer que hay algo más y —agregó tentativamente— tal vez lo descubramos al saber qué es lo que están buscando. A lo mejor, sea justamente eso. Piénsalo así: debe haber algo más que esos dos extremos, ninguno de los cuales es un paraíso. Por eso ambos bandos lo quieren. Si tan solo supiéramos qué es lo que están ocultando, todos ellos. Seguramente, Elena sabía algo.

—No creo que ella lo hubiera compartido, aun cuando fuimos a advertirle.

—No, no lo creo tampoco. Ahora ya no importa —dio un puñetazo contra su muslo—, ¡ni siquiera pude hacer eso!

—No es tu culpa, Hugo.

—Tuve la oportunidad de salvarlos. Esos hombres y mujeres no tenían que morir, podríamos no estar de acuerdo con sus acciones, pero... en verdad creo que al menos Elena estaba convencida de que actuaba por el bien de la humanidad. No puedo quedarme sin hacer nada, no puedo seguir estando a ciegas.

—No hay mucho que hacer en la noche más que esperar que amanezca.

Hugo pareció desconcertado un momento y luego sonrió mientras negaba con la cabeza.

—En realidad, por algo creamos las lámparas y la electricidad. —Su rostro se volvió serio—. Voy a necesitar acceder a la nube, podría ver si esos archivos son accesibles ahora, creo que ello nos daría una pista.

—¡Eso es, tiene que estar ahí! —Hugo sintió que Tamara se inclinaba hacia él, podía oler el perfume que aún quedaba en su cabello, tuvo que concentrarse en lo que ella estaba diciendo—. Creo que todo gira alrededor de los túneles, es como si todos ellos, Elena, Dalila, los ángeles y las bestias, tuvieran un mundo paralelo allí donde pelean sus guerras. Probablemente, también guarden sus secretos allí, es ahí donde encontraremos una pista de lo que buscamos.

Hugo se irguió.

—Estoy de acuerdo, y creo que primero debemos leer esos archivos, si es que mi programa logró descifrarlos. —Se puso de pie—. Tienes razón, debemos ir a la biblioteca.

—Esas computadoras son bastante lentas.

—Tendrán que servir, además, fuiste la que propuso...

Tamara rio y se puso de pie.

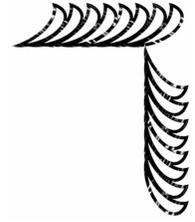
—Vamos. Aunque mientras más lo pienso, más segura estoy de que hay que volver a los túneles, allí donde habías encontrado símbolos de las bestias, ¿recuerdas? Ellos buscaban algo, algunos incluso querían regresar a... —Se sacudió con un escalofrío.

—¿Qué sucede?

—Nada, es esa sensación de que algo se te está escapando, lo tengo en la punta de la lengua.

—¿Sobre los túneles?

—Sí, sobre los túneles —dijo Tamara lentamente y apoyó una mano sobre el brazo de Hugo, cada vez hacía ese gesto más seguido y a él le agradaba la sensación—. Los túneles...



Capítulo XXI



—DEBE DE SER LO QUE LES MOSTRASTE en las cuevas, los túneles, ¿no? Llevaban a unos laboratorios de la Iglesia de Dalila, las bestias querían ir ahí.

—Mmm, me parece que no, ¿por qué querrían ir a los laboratorios donde...?

—No —Tamara se pasó los dedos por el pelo—, al infierno, allí era a donde querían regresar. —Se frotó las sienes—. Sí, era eso, es difícil recordar sin que las demás imágenes vengan también a mi mente.

—Lo sé —susurró Hugo—, y tienes razón, querían regresar al infierno. Tal vez los ángeles también busquen eso..., o sea, que regresen al infierno..., pero entonces tendrían la misma meta. Eso no tiene sentido. —Se mordió el labio—. Al principio, creí que eran los laboratorios de la Iglesia lo que tanto bestias como ángeles tenían en común, por diferentes motivos. Pero me parece que es más que eso y tiene que relacionarse con el infierno o con cómo llegar a él o cómo salir... Tal vez... —musitó—. Todavía no alcanzo a entender qué es lo que quiere cada uno, pero los túneles definitivamente están en el centro de todo y qué mejor lugar que uno subterráneo, ¿no?

—¿Hugo? Te refieres... ¿Crees que allí hay una entrada hacia... —la voz de Tamara vaciló— en el pueblo?

—Creo que sí —dijo Hugo con seguridad—, hay una entrada al infierno en este pueblo o cerca.

Tamara se recostó contra la pared. Estaban en uno de esos huecos que al pueblo le gustaba dejar entre las casas. Ambas a sus lados estaban a oscuras y no se oían ruidos en la calle. Aunque si lo que había dicho la bestia era cierto, esa tranquilidad podía ser solo una ilusión.

—Tenemos que encontrarla —anunció Hugo.

—¿Y qué vamos a hacer cuando la encontremos? —preguntó ella—, eh, ¿qué vamos a hacer? ¿Ir al infierno? Aunque fuera posible, ¿qué lograríamos con eso?

Hugo vaciló.

—Tal vez allí encontremos a Dante...

—¿Crees que entonces hablará más? Lo siento, Hugo, no creo que vaya a estar más cooperativo que ahora. Entiendo que necesitas saber, necesitas cerrar esto y créeme que yo también quiero dejarlo atrás.

—¡Tú querías ir a los túneles!

—¡Fue antes de que pensáramos que eran un acceso al infierno! —Suspiró—. Aunque en verdad lo fueran, no veo qué encontraríamos allí. Supongamos que vamos, para ver qué es..., ¿qué haríamos si allí están las bestias, otras bestias? ¿Qué hacemos si allí también hay ángeles? Es el mismo problema que ahora: no tenemos cómo defendernos de ninguno de los dos, mucho menos de ambos. Peor en realidad, porque aquí al menos conocemos...

—Tal vez yo pueda ayudar.

Una sombra se despegó de las demás. Tamara se alejó de un salto y se colocó al lado de Hugo. Este intentó protegerla con el cuerpo, pero ambos tenían las manos vacías, lo habían perdido todo.

De la oscuridad, salió Elena. Por su andar, estaba herida.

—Elena —susurró Hugo.

La mujer se sostuvo de la pared.

—No puedo creer que él..., él tenía algunas dudas sobre nuestras órdenes, pero nunca creí... Si tal vez hubiera escuchado, si hubiera prestado atención... —Miró a Hugo de frente—. Yo también quiero llegar al fondo de esto.

Tamara y Hugo la miraron.

Pocos segundos después, escucharon cómo se desplomaba en el suelo. Ambos se acercaron para ayudarla y terminaron golpeándose la cabeza entre sí. En ese momento, Hugo pensó que Elena debía de llevar una linterna con ella, porque si no, ¿cómo había logrado verlos?

—Espera —dijo Tamara y Hugo estaba seguro de que no le hablaba a él, el tono era seco y más bien frío—, quiero ver si estás herida.

—No es importante —murmuró Elena.

—Lo es: si te mueres, no nos sirves.

Elena intentó reír y terminó tosiendo. Hugo se agachó con cuidado y palpó un poco sus ropas, estaban empapadas, pero no podía saber si era agua o sangre y menos si era suya o de alguien más. Sentía pena por ella, pero no podía seguir confiando solo por confiar, debía ser más precavido.

—¿Pudieron haberte seguido?

—No lo creo —murmuró—. No quedaba mucho cuando logré salir, había algunas bestias... —Se oyó que se mojaba los labios—. Oí cómo la casa se derrumbaba a mis espaldas y luego ya no oí nada. Seguí corriendo y casi los hubiera pasado de largo si no fuera porque escuché sus voces.

Hugo notó cómo el cuerpo de Tamara se tensaba, no había mucho espacio. Había creído que estaban lo suficientemente lejos, que los demás se encontraban demasiado ocupados o se habían entusiasmado con la charla. Entonces, no tenía una linterna, no lo vio, solo los escuchó, pero ¿qué tanto habría escuchado?

—Será mejor que nos vayamos de aquí —vaciló—, mmm, a la biblioteca, es un buen lugar. Mmm, todavía faltan unas horas para que abra al público, ¿no es así, Tamara?

Ella demoró un poco la respuesta.

—Claro, mmm, es una buena idea, pero... no tengo la llave conmigo...

—No te preocupes, sé dónde guardan la de emergencias. —Tocó a Elena, quien se había recostado contra la pared.

—¿Puedes caminar?

—Tiene una herida en el estómago —dijo Tamara—, es difícil saber qué tan grave es.

—Puedo caminar —contestó Elena—, solo necesito vendármela. Puedo llegar a la biblioteca, desde allí...

—Desde allí, nosotros decidiremos qué hacer —dijo Hugo con firmeza.

—Dame tu remera —le ordenó Tamara.

—¿La mía?

—No voy a usar la mía.

Hugo vaciló.

—Rompan la mía —musitó Elena.

Tamara la vendó lo más rápido posible, no querían que nadie más los encontrara si había más sobrevivientes. Solo tenían un arma que Elena llevaba consigo y casi no le quedaban municiones.

Por suerte, ella pudo caminar con la ayuda de ambos y no tardaron en llegar a la biblioteca. Para entonces, el horizonte ya comenzaba a clarear y no tardaría mucho en amanecer. Aunque esa vez Hugo no tenía mucha confianza en que los ángeles se quedaran encerrados; además, si en realidad podían ocultar lo que hacían con ilusiones, no tenía importancia hacerlo de noche o de día, ¿no? Esa era otra cosa que no entendía. Por otro lado, si realmente estaban dispuestos a acabar con el pueblo, tampoco les importaría que los vieran, toda esa gente estaría muerta en breve y si acaso alguien los veía, lo atribuiría a más de esas apariciones inexplicables.

—¿Estás bien? —preguntó Tamara desde el otro lado, Elena estaba en el medio y cada tanto cabeceaba como si estuviera por perder la consciencia.

—Sí, aunque tal vez deberíamos llevarla con el médico en vez de a la biblioteca.

—La biblioteca está bien —murmuró Elena—, desde allí podemos...

—¿Qué? —Esa vez Hugo quería que terminara la oración.

—¿Hugo? —lo llamó Tamara y le señaló algo con la cabeza. La puerta de la biblioteca no tenía el candado que la bibliotecaria solía dejar por fuera.

—Espera aquí —dijo él y se zafó del brazo de Elena, Tamara gruñó cuando tuvo que sostener todo el peso de la mujer, pero se acomodó rápidamente.

Hugo se aproximó a la biblioteca y trató de mirar a través de las ventanas, pero todas las persianas estaban bajas. Se acercó a varias de ellas, no se escuchaba ningún ruido en el edificio. Finalmente, regresó a la puerta y controló el umbral, se filtraba una luz tenue, pero no percibió ninguna sombra. Por último, probó la puerta, no se podía abrir. Estaba seguro de que estaba cerrada por dentro. La pregunta era: ¿quién estaría del otro lado?

Regresó junto a Tamara y Elena, quienes estaban apoyadas contra la pared de una de las casas cercanas.

—Hay alguien dentro.

—¿Quién?

—No sé, pero tiene llave, la puerta está cerrada.

—¿Recuerdas lo que me dijo... esta... ayer? —Miró de reojo a Elena.

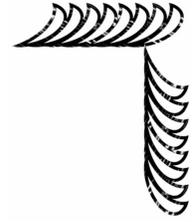
—Sí —pestañeó Hugo—, pero la puerta está cerrada *por dentro*, para eso alguien tiene que estar allí. Además, hay luces.

—¿Será la bibliotecaria?

Él vaciló.

—Puede ser, aunque no sé qué puede estar haciendo a esta hora... Si tan solo tuviera cómo llamarla.

Elena murmuró algo por lo bajo.



Capítulo XXII



TANTO HUGO COMO TAMARA se inclinaron para escucharla. La voz era tenue, pero reconocieron las palabras. Hugo le tanteó el cuerpo sin mucha delicadeza hasta que lo encontró en uno de los bolsillos. Era un celular sin muchas pretensiones y bastante abollado, aunque todavía conseguía señal.

Lo revisó, era viejo y no poseía GPS.

—Perfecto.

—¿Y si te contesta alguien más? —preguntó Tamara cuando él ya estaba marcando el número. El muchacho vaciló.

—Cortaré. —Se dirigió hacia Elena—: No pueden rastrear la llamada, ¿no?

A Elena le costaba mantener los ojos abiertos, negó con la cabeza y murmuró. Hugo no alcanzó a entender qué.

—Será rápido —le aseguró a Tamara y sonrió, esperando mostrarse confiado.

El teléfono sonó varias veces antes de que, desde el otro lado, sonara la voz de la bibliotecaria, parecía cautelosa. Hugo no pudo evitar suspirar de alivio y la mujer casi cortó antes de que él pudiera decir algo.

—Soy yo: Hugo.

—¿Hugo? ¿Están bien?

—Necesitamos ayuda..., mmm..., creímos que podríamos usar la biblioteca...

La mujer cuchicheó con alguien y luego habló otra vez sobre el auricular.

—¿Están solos?

Hugo asumió que se refería a él y Tamara, así que contestó:

—Con Elena. Solo ella, su grupo fue traicionado y atacado, ella está herida... Una vez nos salvó.

—¿Estás seguro de que nadie te siguió?

Hugo miró alrededor y Tamara hizo lo mismo.

—Sí.

—Bien, ven, rápido. Abriré la puerta solo un momento. El médico está aquí con nosotras y puede tratarla.

Hugo miró a Tamara con el ceño fruncido y le hizo señas con la cabeza para llevar a Elena hasta la puerta, la cual se abrió apenas subieron los escalones. La bibliotecaria miraba asustada de un lado hacia el otro, pero su rostro lucía decidido. Apenas entraron, se apresuró a cerrar la puerta y Hugo vio que había más de un candado. No recordaba que hubiera tantas cerraduras de ese lado de la puerta.

—Traígana aquí —indicó el médico y señaló una mesa despejada—, aquí, aquí, con cuidado.

Entre ambos, subieron a Elena a la mesa y el médico no tardó en revisar la herida y dar

órdenes. La señora Pérez trajo el botiquín de primeros auxilios.

La única otra persona que estaba allí era la señora García. Tamara se acercó a ella, vacilante.

—Señora García, eh, mmm...

—No tienes que decir nada, lo sé todo desde antes de que llegaras —suspiró mientras se retorció las manos—; pensé que nunca llegaría este día, que se cansarían...

—¿Cómo que lo sabe todo? ¿Quiénes más *lo saben todo*? ¿Por qué nunca le dijeron a nadie...? —Hugo la encaró al instante.

—Hugo. —Tamara lo agarró del brazo, pero él la ignoró.

La señora García levantó el mentón y lo miró desafiante. En ese momento, se veía más joven de lo que era, todavía con más actitud y energía, si eso era posible.

—¿Por qué pensaste que nadie lo sabía? Estaban enteradas las personas necesarias.

—Tendría que saberlo todo el pueblo.

—¡Por favor, Hugo! —exclamó exasperada la mujer—. Eres un joven inteligente, sabes que no se puede confiar en las masas con estas noticias. Lo sabía la gente adecuada y creíamos que podríamos manejarlo.

—No pudieron.

—En parte, por culpa de ustedes —los miró tanto a Hugo como a Tamara—; si no se hubieran involucrado... Esa era la regla principal: no involucrarse. Dejar que lucharan entre ellos, dejar que los grupos de Dalila y Elena peleen por lo que se les dé la gana; siempre y cuando no dañen al pueblo ni a sus habitantes.

—Tal vez si nos hubieran contado lo que sabían, no nos hubiéramos metido. No pueden culparnos por actuar sin la información que ustedes nos negaron.

La bibliotecaria miró con intención a la señora García, quien suspiró y dejó caer un poco los hombros.

—Lo siento. Tienes razón, no tenían forma de saberlo. —Se cruzó de brazos—. Nunca antes los ángeles habían actuado de esta manera, las bestias deben de haber encontrado o estar cerca de algo de lo que ellos no quieren que se apoderen... o, tal vez, la organización de Elena o la de Dalila finalmente fueron demasiado lejos. Pensamos que se había alcanzado un balance..., pero no es sí.

—¿Desde cuándo? —preguntó Hugo.

La mujer se encogió de hombros.

—Desde que tengo memoria, o incluso antes si recuerdo las historias de mis padres, aunque en ese entonces no tenían mucho sentido para mí.

—Esos túneles están por todo el pueblo.

La señora García apretó los labios.

—Creo que, a esta altura, es mejor que lo sepamos todo.

—Casi todo —contestó la señora Pérez mientras se enjuagaba las manos, el médico estaba terminando de acomodar a Elena—. Ni siquiera nosotros tenemos toda la información. Puedo decirte que, en realidad, el pueblo se fundó aquí precisamente por lo que sucede en esta zona: las apariciones de los ángeles. Varios de los túneles ya existían, otro se construyó más tarde.

—Pero hay algo más, ¿no? —insistió Hugo.

Las mujeres intercambiaron una mirada.

—A veces, es mejor no indagar tanto —intervino el médico, quién también se alejaba de Elena y procedía a limpiarse las manos.

—Eso es de tontos.

—O de sabios. —El hombre lo miró por sobre sus enormes anteojos, a Hugo le pareció que

lucía más viejo que la última vez que lo vio.

—¿Saben, al menos, qué es lo que buscan? ¿Por qué se pelean? ¿Por qué lo hacen acá? —preguntó Tamara y echó un vistazo a Hugo—. Esto es algo más que la clásica lucha de ángeles y demonios. Ninguno de los dos es lo que parece ser.

—No, no lo son —dijo, finalmente, la bibliotecaria y les hizo una seña para que se sentaran alrededor de la mesa contigua a la de Elena, mientras la señora García se alejaba hacia la oficina —, de eso es de lo único que estamos seguros. Vimos a ambos lados cometer actos terribles, así que no nos queda claro que los ángeles sean muy buenos, al menos no para nosotros —lo miró a Hugo—, pero no creas que lo contrario es cierto. Las bestias también hacen barbaridades. Nuestra conclusión es que ninguno de los dos es bueno para nosotros, nos ven como seres inferiores, daños colaterales —miró de reojo a Elena, quien dormía—; en ese sentido, tal vez la organización de Elena es la mejor para nosotros, no confían en ninguno de los dos grupos, aunque están aliados con las bestias porque quieren obtener el poder de los ángeles para sus propios fines, las dejarán de lado cuando ya no las necesiten. ¿Fueron las bestias?

—No, fueron los ángeles y Dalila —informó Hugo.

Tamara vaciló.

—Las bestias estaban también allí —se encogió de hombros frente a la mirada de Hugo—, no sabemos exactamente qué estaban haciendo.

—Estaban buscando algo.

—¿Qué?

—No lo sabemos.

—Si los ángeles no saben dónde está ni tampoco Dalila, es porque las bestias ya lo tienen y lo escondieron.

Hugo se frotó los labios, una parte de él había considerado esa opción, pero necesitaba pensar que las bestias eran las buenas...

—Tal vez Elena lo sepa —continuó la señora Pérez—, si es que las bestias todavía confían en ellos.

La señora García regresó con una bandeja con té para todos.

—¿Qué están haciendo aquí? —preguntó Hugo de repente.

Los tres se miraron unos a otros.

—Estamos pensando... —dijo la bibliotecaria.

—... qué hacer con los túneles —terminó la señora García.

—¿Piensan cerrarlos? —preguntó Hugo.

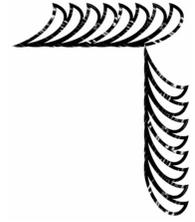
—No creo que sirva de mucho —dijo Tamara y tenía esa mirada perdida que Hugo reconocía de cada vez que recordaba lo que había hecho Edmundo.

—Algo tenemos que hacer, no sabemos qué impacto puede tener lo que está sucediendo en el pueblo.

Esa vez, fueron Hugo y Tamara quienes intercambiaron una mirada; finalmente, él fue quien habló.

—Edmundo quiere destruir el pueblo.

No terminó de decir eso, cuando la puerta estalló en pedazos.



Capítulo XXIII



TODOS CAYERON AL SUELO, algunos se refugiaron debajo de las mesas. Hugo vio que el médico miraba de reojo la mesa sobre la cual estaba Elena, pero no se animaba a salir del cobijo.

El humo y los escombros alrededor no permitían ver qué era lo que entraba por la puerta, aunque Hugo tenía una idea bastante clara.

Poco después, aparecieron varios pares de alas que parecían cubrir toda la estancia.

—Por aquí —lo urgió la bibliotecaria y le tiró de la manga.

Tamara estaba al otro lado y, junto a ella, la señora García esperaba en cuatro patas a que empezaran a avanzar.

—¿Por dónde? —preguntó una de las voces vibrantes de los ángeles. Hugo no la reconoció. Tal vez, era nuevo.

«¿Cuántos había? ¿Qué buscan con tanta urgencia como para dejar de lado el secretismo?».

—No lo sabemos —contestó con tranquilidad Edmundo—, no hemos podido visualizarlo, algo nos está bloqueando. Destruyan todo el lugar, de todas formas, no quedará nada del pueblo.

Las dos mujeres mayores lo miraron agitadas y echaron un vistazo al médico, quien todavía evaluaba rescatar a Elena. Sin embargo, aunque pudieran llegar a ella, tendrían que llevarla en brazos y todavía no estaba claro a dónde iban.

—Por aquí —insistió la señora Pérez, cuando pareció salir del *shock* del comentario de Edmundo, y se alejó con cuidado entre las diferentes hileras de libros.

Pronto comenzaron los ruidos de cosas que se rompían y pilas enteras de libros que caían junto con toda la estantería. Le pareció que habían iniciado un fuego, pero no quería mirar para asegurarse. El lugar se consumiría con rapidez. Con cada golpe, el cuerpo de la bibliotecaria se tensaba, pero nunca miraba atrás. Los llevó hasta su oficina privada y cerraron la puerta, los ruidos se apaciguaron un poco. Cuando Hugo intentó levantarse, los demás tiraron de él para que permaneciera agachado.

—No, no es seguro —le advirtieron la bibliotecaria y el médico a la vez, este último echó una última mirada a la puerta. Hugo, en parte, lo sintió por él, se veía que el hombre tomaba su profesión en serio.

—Aquí no hay salida —comentó Tamara mientras observaba las paredes a su alrededor con el ceño fruncido.

—Sí, la hay —la corrigió la señora Pérez y se acercó a una de las esquinas de la habitación—; aquí está uno de los accesos a los túneles —miró de lado a la señora García—, por suerte, todavía no lo habíamos destruido.

La señora García apretó los labios. Hugo jamás la había visto tan estoica; en general, era una mujer bastante amable, aunque seria.

—Tendríamos que haber sospechado que algo así sucedería, si hubiéramos escuchado a...

La bibliotecaria le apoyó la mano sobre el hombro y compartieron una mirada.

Hugo pensó que hacían eso demasiado a menudo.

—No podíamos saberlo, el pacto se remonta a siglos atrás y sabemos de otros pueblos que nunca tuvieron los problemas que nosotros. Ahora no sirve de nada lamentarse por algo que no podemos cambiar.

—¿Qué pacto? —musitó Hugo—, ¿qué otros pueblos?

—Ahora no —contestó la bibliotecaria y soltó el hombro de su amiga para abrir una pequeña apertura junto al suelo que llevaba a un túnel que solo se podía atravesar en cuatro patas. Tenía una pendiente descendente y si los ángeles los atrapaban allí...

Hugo compartió el escalofrío que recorrió a Tamara mientras miraba por sobre su hombro.

—No deberíamos haberla dejado allí —murmuró el médico.

—¿Y qué íbamos a hacer? —espetó la señora García—. No podemos llevarla con nosotros si no puede moverse. Además, nunca fue de demasiada ayuda para este pueblo.

—La traicionaron —intercedió Hugo, algo sorprendido por su actitud.

—No es la primera a la que le ocurre ni será la última. —Lo miró con firmeza la señora García—. Siempre demasiado preocupada por seguir las órdenes que le daban, sin siquiera pensar en lo que estaba haciendo; en ese aspecto, hasta Dalila es mejor.

—No creo que ninguna de las dos sea mejor que la otra —argumentó Tamara y pasó a su lado para acercarse a la apertura del túnel, donde la bibliotecaria ya estaba esperándolos.

—Vamos —dijo esta última—, no hay nada más que podamos hacer aquí, pero tal vez, todavía, tengamos una oportunidad de salvar parte del pueblo o, al menos, la mayor cantidad posible de sus habitantes.

—Está bien —asintieron casi a la vez Hugo y el médico.

En el túnel, solo estaban la bibliotecaria, la señora García y Tamara cuando la puerta de la oficina se abrió y en el umbral apareció Dalila.

—¿Por qué siempre se están yendo cuando llego? —preguntó con dulzura, sobre todo mirándolo a Hugo.

—Tal vez porque no queremos verte —contestó Tamara, quien asomó la cabeza desde el túnel—, no necesitamos un títere de los ángeles.

Dalila entrecerró los ojos un momento, pero luego sonrió.

—No soy un títere, yo sé por qué hago lo que hago y quiénes son ellos realmente, algo que ustedes todavía no comprenden.

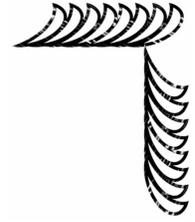
—¿Y por qué no nos explicas? —se adelantó Hugo.

—¿Por qué debería hacerlo? Tus problemas no son los míos.

—Niña —intervino el médico—, este pueblo te vio nacer, cuidó de ti.

Dalila lo miró con desdén. El hombre se había acercado con las manos abiertas y de pronto se vio lanzado contra la pared, la mano clavada contra ella atravesada por una pluma. Edmundo apareció detrás de Dalila.

—Estos humanos tardan mucho en morir.



Capítulo XXIV



—NO TE PREOCUPES POR ELLO —dijo Dalila, quien se veía muy pequeña comparada con el ángel, pero se la notaba muy cómoda a su lado.

La bibliotecaria y la señora García salieron del túnel para acercarse al médico. Aunque el hombre jadeaba y se sostenía la muñeca, no parecía que fuera una herida de gravedad. Edmundo se abrió paso en la pequeña habitación, sacó a Tamara del túnel, por donde se había asomado, en un solo gesto y la lanzó contra otra de las paredes. Hugo corrió hacia ella, quien cayó inconsciente en el suelo.

Dalila se acercó a Edmundo, quien miraba dentro del túnel con el semblante duro e inexpresivo de siempre.

—No es lo que buscamos, simplemente otro acceso a las cuevas, no deberíamos haber dejado tantos habilitados.

—¿Por qué no se van a otro pueblo?! —exclamó la señora Pérez mientras intentaba vendarle la herida al médico; entre ambas mujeres habían logrado despegarle la mano de la pared.

—Es lo que haremos —contestó Edmundo—, después de limpiar este. —Cerró los ojos un momento y, al instante siguiente, el ángel femenino apareció en la puerta. Edmundo pasó a su lado al salir—. Termina con este problema, ya estoy cansado.

El ángel sonrió mientras los miraba a todos con su rostro lleno de suciedad. Hugo trató de despertar a Tamara, pero el golpe en la cabeza debía de haber sido bastante fuerte. Las otras mujeres todavía analizaban entrar en el túnel. Hugo suponía que se preguntaban lo mismo que él: ¿qué harían una vez que estuvieran allí? El ángel los alcanzaría enseguida.

Por otro lado, afuera no tenían muchas mejores opciones, la biblioteca estaba llena de ángeles y no había otra salida. Hugo apretó a Tamara contra sí mientras observaba al ángel aproximarse al médico y las dos mujeres. Dalila seguía en la puerta, como si no quisiera perderse nada de lo que sucedía. A Hugo casi le pareció ver que se pasaba la lengua por los labios mientras esperaba el próximo movimiento del ángel femenino. Esta se acercó con lentitud al hombre, no era tan grande como Edmundo, pero su presencia, de todas formas, llenaba la sala, aun con las alas plegadas.

En un solo movimiento, que Hugo no fue capaz de discernir, estiró el brazo y tocó la cabeza del médico. Le llevó un momento darse cuenta de que le había roto el cuello. El sonido tardó en llegar y, cuando cayó lánguido entre las dos mujeres que lo sostenían, creyó que solo estaba inconsciente. Sin embargo, sus ojos estaban abiertos, en un último momento de sorpresa.

La señora García gruñó y se lanzó contra el ángel; esta ya sonreía a la espera, ni siquiera estaba en guardia. Hugo soltó a Tamara y trató de alcanzarla antes de que dañara a la señora García, pero la primera que gritó en ese momento fue Dalila. Aquello desconcentró al ángel, que se volvió hacia un costado. Hugo llegó a golpearla, pero a ella no pareció importarle, tenía la mirada fija en la bestia que había agarrado por el cuello a Dalila y le clavaba las garras en la

nuca.

—Volveré —amenazó el ángel sin mirarlos.

—Debemos irnos —jadeó la señora García—, es ahora o nunca.

La bibliotecaria todavía tenía en sus brazos el cuerpo laxo del médico.

—Ya no hay nada que podamos hacer por él —la urgió su amiga con un tono entre exasperado y tierno.

—No creí que... —dijo Hugo con los brazos lánguidos a los lados.

—Ahora no es momento de perder la cabeza —razonó la señora García mientras se acercaba a comprobar el pulso de Tamara—, no si queremos seguir vivos. Ella todavía lo está —se dirigió a Hugo—, ¿puedes alzarla?

Hugo pestañeó.

—¿Puedes alzarla? —insistió la mujer.

—Sí. —Se despabiló Hugo y se acercó.

En ese momento, un olor nauseabundo le llenó las fosas nasales y sintió que trastabillaba cuando la imagen del doctor perdiendo la cabeza se repitió una y otra vez en su mente.

—Yo no iría por ese lado —dijo una bestia que estaba de repente en la puerta..., Dante—, pero si vienen con nosotros, los protegeremos.

—¿Por qué? —alcanzó a preguntar la señora García a la vez sacudía la cabeza, como si quisiera sacarse de encima lo que fuera que ocurría en su mente. A su lado, la bibliotecaria se aferraba a ella entre gruñidos y lloriqueos. Tamara gemía a lo lejos.

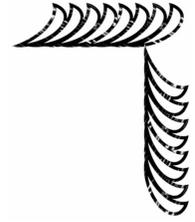
Dante seguía mirando a Hugo.

—Porque conoces la tecnología de los humanos mejor que nosotros y... a nosotros se nos complica usarla por... parte del castigo de los ángeles. —Hizo una pausa—. La copia que nos diste con la información de Dalila nos sirvió de mucho, pero todavía necesitamos algo más. —Le tendió su enorme manaza.

Detrás, se oían los ruidos de la batalla renovada. Estaba seguro de que el ángel femenino volvería y sería difícil llevar a una Tamara herida por los túneles...

Después de lo que había visto hacer a los ángeles, ¿cómo no confiar en que las bestias serían mejores...?

—Está bien —dijo Hugo.



Capítulo XXV



—¿A DÓNDE VAMOS? —preguntó Hugo mientras trataba de seguir las zancadas de la bestia. Esta llevaba a los hombros a Tamara mientras él ayudaba a la señora García a arrastrar a la bibliotecaria, a quien le costó abandonar el cuerpo del médico.

La biblioteca estaba destruida y se veía parte de la calle, ya era de día. Hugo se preguntó qué estaría pensando la gente con todo ese barullo y le sorprendía no escuchar ninguna sirena..., pero seguramente los ángeles estarían ocultándolo todo. ¿Cuánto tiempo podían hacerlo? ¿Y las personas que necesitaran pasar por aquellas cuadras? ¿No chocarían con algún tipo de barrera invisible o algo similar?

Dante los guiaba a través de la batalla. Había, por lo menos, seis ángeles y todos seguían en pie, eran las bestias quienes estaban en el piso. Hugo había esperado ver hombres de la Iglesia de Dalila o, al menos, aquellos que habían traicionado a Elena, pero no había nadie más allí. A Dalila no se la veía por ningún lado. Intentó localizar a Elena, resultaba imposible con todos los escombros.

—No hay mucho tiempo —gruñó Dante mientras empujaba a un ángel que luchaba contra dos bestias y este volaba por los aires.

Sin embargo, a los pocos segundos, desplegó las alas que resplandecieron contra el cielo que ahora hacía de techo y recobró el equilibrio. Miró a Dante con furia y se lanzó contra él, pero otra de las bestias dio un gran salto y lo agarró por las piernas para arrastrarlo al piso con toda la fuerza de su peso.

—¡Que no escapen! —retumbó la voz de Edmundo y las frágiles paredes que todavía estaban en pie se sacudieron.

—No lo entiendo, Emilia —jadeó la bibliotecaria—, ¿cómo puede pasar esto? Estaba todo en equilibrio, siempre nos habíamos preocupado por...

—Ahora no es el momento. —Apretó los labios la señora García mientras seguía empujando a su amiga, que miraba hacia todos lados con los ojos desencajados.

Hugo se llevó por delante a la bestia cuando esta se paró de improviso.

—Está bloqueado el camino —miró hacia arriba y señaló una parte cercana al techo—, tendremos que ir por allí.

Hugo se asomó por detrás, varias estanterías habían caído con efecto dominó delante de ellos y cerraban el acceso a una de las paredes, quedaba un pequeño hueco del otro lado. Tal vez allí había otra de las entradas a los túneles, no podía recordar el mapa en ese momento.

—¿No puedes solo...? —preguntó.

Pero Dante, que ya estaba trepando con más delicadeza de la que se hubiera esperado de su enorme cuerpo, no se volvió a mirarlo al decir:

—Sí, pero es justamente lo contrario a lo que queremos; nos conviene que esté bloqueado.

Hugo se acercó para estudiar cómo trepar... y sintió que lo elevaban por el aire. Intentó debatirse, pero no golpeaba nada más que el aire. Poco después, se vio lanzado del otro lado de los muebles en el hueco que quedaba. Oyó los gritos de las mujeres y ambas cayeron sobre él.

—Perdón —dijo Dante a su lado—, es mejor así, más rápido. Además, no queríamos que los ángeles vieran por dónde huimos, por más que lo descubran después.

Le pasó a Tamara y se agachó para abrir una rendija de aire en la parte inferior de la pared, justo en la esquina. Parecía demasiado pequeña para que la bestia pudiera entrar por allí, pero esta le dio un solo golpe con la mano y se agrandó lo suficiente para que todos pasaran. Dante se volvió hacia ellos.

—En el momento en que entremos al túnel, el efecto de los ángeles para palear las pesadillas y el olor será menor; deben ser fuertes, hay más de nosotros en las cuevas, esperando para sellarlas una vez que pasemos.

Hugo volvió la vista atrás.

—¿Y ellos...?

—Un sacrificio necesario —dijo Dante sin mirar siquiera hacia donde todavía seguían los gritos.

—Pero... si hay más de ustedes allí, entonces, ¿por qué debían venir por aquí...?

La bestia pareció sonreír, pero era un gesto grotesco en su rostro.

—No eres tan tonto, humano. Había varias razones..., lo hablaremos después, ¿estás listo?

Hugo llevaba en los brazos a Tamara y, a su lado, la señora García ayudaba a la bibliotecaria. Ambos asintieron a la vez y la bestia entró en el túnel, ellos fueron detrás.

Durante los primeros pasos, era igual que las cuevas que habían recorrido; luego las paredes se alisaron y también el piso y el techo, como si todo fuera sintético. La temperatura bajó bastante. Hugo pestañeó, no sabía si lo que veía era cierto o parte de las pesadillas que les provocaban. Todavía no sentía miedo en ese momento, no más del que tenía desde que comenzó el ataque a la biblioteca. Dante giró hacia una cámara más grande, era una habitación con las paredes llenas de símbolos como los que habían encontrado en las cuevas.

—¿Qué es esto? —preguntó Hugo dando unos pasos dentro.

El olor lo golpeó con fuerza. Oyó a la señora García jadear junto a la bibliotecaria y a ambas caer al piso, pero no podía ayudar a ninguna, apenas si fue capaz de sostener a Tamara para que no se le cayera al suelo.

Dante se había alejado, pero todavía le costaba recuperar el equilibrio; si bien era solo uno de ellos, el efecto parecía mayor.

—Suele suceder cuando lo contienen los ángeles. En ese momento, no es que no te llegue nuestra influencia, sino que no la sientes hasta que se va el efecto amortiguador, entonces, lo procesas todo junto. Cuando puedas levantarte, necesito que veas esto. —Levantó la mirada para observar el camino por el cual habían llegado—. Y más vale que sea pronto, una vez que se termine la diversión, comenzarán a preguntar dónde estamos y a buscar por qué estamos aquí.

Se escuchó una fuerte explosión y la luz en las cuevas disminuyó. Hugo se llevó la mano a los ojos, al principio pensó que estaba perdiendo la vista, pero luego Dante encendió un pequeño cubo que llevaba en la mano y el lugar se iluminó como si fuera de día.

Las pesadillas se volvían más tolerables. Dejó a Tamara junto a las otras mujeres y se acercó con cuidado a la bestia. Estaba frente a una de las paredes con varios de los símbolos, estos estaban ordenados en grupos, aunque no les encontraba ninguna lógica.

—Aquí —le señaló Dante y Hugo se inclinó sobre unos grupos que debajo tenían parte de un código que era humano.

—Pero eso es...

—Sí, los ángeles a veces hacen eso, mezclan su lenguaje con el del mundo en el cual están, saben que nosotros no tenemos acceso a esa tecnología o esos idiomas.

Hugo lo miró con el ceño fruncido.

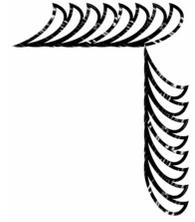
—Pero entiendes lo que digo.

Dante hizo un ruido con la boca y desvió la mirada.

—Alguien más me enseñó el idioma, nos enseñamos unos a otros, pero no podemos interactuar con las tecnologías; a menos que logremos que alguien le quite el seguro —miró el cubo que tenía en la mano—; hace mucho que no conseguimos a nadie. En este mundo, es difícil, incluso en las organizaciones como la de Elena.

—¿Qué es esto? —preguntó Hugo mientras inclinaba la cabeza hacia atrás y entornaba los ojos para ver todo lo que tenía enfrente.

—El camino al infierno.



Capítulo XXVI



OYÓ A LAS SEÑORAS a sus espaldas resoplar, pero él no hizo ningún sonido. No le sorprendía, era lo que habían creído junto a Tamara que estaban buscando, que estaba cerca. Aunque no era la forma en la que pensó que aparecería ni tampoco creyó que llegarían a eso con tanta rapidez. Todavía estaba tratando de conciliar la idea de que fuera necesario ir a ese lugar...

Miró hacia donde Tamara aún yacía inconsciente. ¿Podía llevarla consigo cuando sabía que todavía no estaba dispuesta a ir?

—Podemos despertarla cuando nos juntemos con los demás —dijo Dante—, hay una de nosotros que es experta en eso. Ocúpate de esto primero. —Señaló la pared.

Hugo inspiró.

—¿Qué tengo que hacer? —murmuró mientras leía el código que tenía enfrente. Sin embargo, en seguida se dio cuenta de lo que hacía y lo que debía cambiar para desactivarlo. Se volvió hacia Dante—. Puedo desactivar la parte humana, pero la otra...

—La otra necesitará un minuto para reorganizarse y, en ese instante, estará desprotegida. Es todo lo que necesito. Es importante que sigas los pasos que te indique en ese momento, yo no podré tocar los símbolos hasta que lo desactivemos totalmente.

Hugo inspiró.

—¡Hugo! —lo llamó la señora García—, ¿estás seguro?

—No estoy seguro de nada. Solo sé que necesitamos más respuestas y no las vamos a encontrar si nos quedamos escondidos, simulando que nada está pasando.

—Pueden no gustarte las respuestas —advirtió Dante—, pero insististe en que las querías.

—¿Cómo...?

—El símbolo debajo de aquella piedra.

Hugo se mordió la lengua y lo rozó con los dedos. Una pantalla con un teclado se materializó desde la pared. Miró de reojo a Dante antes de comenzar a tipear.

—A esta altura, estoy seguro de que no me gustarán. ¿Qué es esta pantalla? Alguna clase de...

—¿Magia? —completó la frase Dante y, por el tono, la pregunta le hacía gracia. Por un momento, la imagen que cruzó por la cabeza de Hugo fue de alguien que se mofaba de él, tanto que le dolía—. Puede decirse.

Hizo un ruido que a Hugo le llamó la atención y se volvió a mirarlo.

—No tenemos mucho tiempo, humano.

—Me llamo Hugo.

Dante suspiró y Hugo sintió que el aire le caía pesado sobre el rostro, lo forzaba a cerrar los ojos y ver esas imágenes que se atravesaban en su mente.

—Perdón, tienes razón. Al final, te trato igual que los ángeles a mí cuando... —se miró las manazas— me hicieron esto. Nos quitaron nuestra identidad, a todos. Eso no lo podremos

recuperar; pero, tal vez, la libertad, sí —hizo un gesto hacia la pared—; continúa, en verdad no tenemos tiempo, ellos nos buscarán y nos costó mucho ocultar esto aquí. Años y años del trabajo de todas las bestias que terminaron en este mundo.

Hugo asintió y regresó al código, no sería difícil desactivarlo, pero perdía la concentración cada vez que las imágenes volvían a su mente. Ya casi creía que se había acostumbrado al olor o, por lo menos, a las constantes nauseas. Por más que la bestia se mantuviera lejos, su influencia estaba siempre allí. De fondo, oía una conversación en susurros de las dos mujeres, aunque no alcanzaba a entender lo que decían.

—Ya está —informó de repente y dio un paso atrás.

Dante apareció a un lado y Hugo se cayó al piso.

—Bien —dijo la bestia mientras estiraba el brazo para ponerlo de pie—, parece casi listo, pero todavía no está desactivado.

—Falta un último *Enter* —explicó Hugo con la voz ahogada—, creía que querías estar al lado para el último paso.

—Así es —se entusiasmó Dante y le dio una palmada en la espalda que lo tiró de vuelta al piso—. Perdón.

Lo levantó otra vez y Hugo dio *Enter* a la última secuencia.

En ese momento, toda la pared se iluminó y apareció el dibujo de un ángel, aunque no era ninguno que reconociera, sino más bien una representación.

Hugo dio un paso atrás.

—Vamos —lo urgió Dante—, no tenemos mucho tiempo.

—No —se oyó la voz de Dalila desde detrás—, no les queda nada.

Hugo se giró.

Dalila estaba en la entrada a la cámara, no había nadie detrás de ella o, por lo menos, no se veía que estuviera ninguno de los ángeles. Notó que la señora García ayudaba a Tamara y a la bibliotecaria a alejarse de Dalila, aunque tampoco querían acercarse demasiado a la bestia.

¿Cuándo habría despertado Tamara?

Dante se adelantó unos pasos y observó a Dalila.

—Estás sola —dijo y, unos minutos después, levantó ambas manos.

Hugo no supo exactamente qué hizo, pero sintió que el peso sobre sus hombros se levantaba. Tal vez eran capaces de dirigir los sentimientos que provocaban, al contrario de lo que le habían dicho. Dalila trastabilló hacia atrás.

Dante se volvió hacia la pared que seguía iluminada, pero se apagaba poco a poco.

—Ya no queda tiempo casi.

Arrastró a Hugo junto a la pared y le indicó con urgencia los símbolos que debía tocar, los colores que debía conseguir y los tonos que debían sonar. Hugo lo siguió mecánicamente. No tenía idea de qué estaba haciendo.

Cuando dieron la última entrada, la pared se borró por completo, quedó sin ningún símbolo, y se abrió una pequeña entrada desde la cual salió un cubo, similar al que la bestia había usado para iluminar la cueva, pero este tenía colores diferentes..., difíciles de definir.

Dante se lo guardó y la puerta se cerró. La pared quedó como cualquier otra de una cueva.

—¡No puedes llevarte eso! —gritó Dalila y la pared a la izquierda de Dante estalló en pedazos.

Hugo cayó hacia atrás y vio que Dante daba un salto hacia Dalila con un rugido. Esta lo esquivaba con otro salto que casi la hizo llegar al techo, pareció quedarse más tiempo del posible en el aire. Hugo pestañeó, obviamente estaba perdiendo el contacto con la realidad.

Mientras Dante mantenía ocupada a Dalila, se acercó a las mujeres.

—Tamara, ¿cómo estás?

—Bien —suspiró ella—, aunque la cabeza me va a estallar —se aclaró la garganta—, ¿dónde estamos?

—En el complejo de cuevas, aunque no sé exactamente dónde ni cómo llegó Dalila aquí. —La joven seguía luchando con Dante, lo esquivaba a una velocidad mayor a la humana—. No entiendo cómo hace eso, jamás se me hubiera ocurrido que tuviera tanta fuerza física.

—No creo que sea completamente humana —murmuró Tamara.

—¿Qué?!

—No estaba segura —se mesó los cabellos—, bah, no lo estoy todavía... Quiso probarlos, por eso... creo que Edmundo...

Hugo intentó recordar todas sus interacciones con ambos. Había notado que ella estaba más unida a Edmundo que cualquier otro de la Iglesia, y aun cuando no era la líder, le daban mucha libertad de acción. Recordó, también, que Tamara había apuntado a Dalila, no a Edmundo, y que este la defendió, aunque parecía a regañadientes.

¿Acaso...? ¿Sería posible que...?

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Oí algo cuando estábamos en la iglesia, en los sótanos, creían que estaba dormida; pensé que solo eran rumores, pero... —se encogió de hombros— no lo sé, su relación me hizo acordar a otras.

—Siempre supe que era rara —musitó la señora García mientras observaba a Dalila eludir todos los ataques de Dante, quien cada vez rugía con más frustración.

Finalmente, se paró y se alejó de ella.

—No eres humana.

—¿Por qué crees eso? —entornó los ojos Dalila—, ¿solo porque no puedes vencerme? Tal vez solo eres grande y obsoleto.

—No, no lo eres, estoy seguro. Aunque es raro que...

—No importa lo que yo soy —lo interrumpió ella—, sino lo que tú eres, y no te saldrás con la tuya.

—No puedes confiar en los ángeles, no debes guiarte por su apariencia y por cómo te hagan sentir.

Dalila rio, pero no con la expresión amable que Hugo le conocía.

—¿Claro que no! No me importan ellos, sino lo que yo puedo lograr y solo lo conseguiré con ellos, ustedes no sirven, no son más que mi pasaje de entrada.

—¿A qué? —preguntó Hugo—. ¿A dónde?

Dalila se volvió hacia él y retomó su expresión dulce.

—Si te hubieras quedado con nosotros, lo sabrías; tal vez incluso habría un lugar para ti también.

—Eres igual a ellos —escupió Dante y se alejó— y solo nos estás haciendo perder el tiempo.

—Por supuesto —dijo Dalila— y no falta mucho para que ellos lleguen.

Entonces, se oyó una explosión seguida de otra más fuerte. La cueva retumbó como si fuera un simple cuarto con paredes enquecenas.

Dante lanzó algo brillante hacia el techo y se volvió todo oscuro, demasiado para ver algo. Hugo sintió que una mano le aferraba el brazo, debía de ser Tamara. Luego otra lo levantaba del piso desde el cogote.

—¡Vamos! El efecto no durará mucho y ellos tienen mejor visión que nosotros.

Hugo se dejó llevar y se llevó consigo a Tamara quien, a su vez, traía colgadas de sus brazos a ambas mujeres. La bestia los llevó por unos pasillos que iban deshaciéndose a su alrededor. Llegaron a otra de las cuevas más grandes, donde había muchas bestias esperando, y se pusieron en guardia apenas los vieron. Hugo sintió que se le doblaban las rodillas y se hubiera caído si no lo hubiese sostenido Tamara, quien se estaba agarrando de la pared. La señora García se había soltado y cuidaba de su amiga, quien no había vuelto a hablar desde que habían dejado la biblioteca.

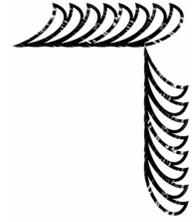
Hugo pestañeó y pudo recuperar el control. Una de las bestias había activado uno de los aparatos que les permitían combatir las pesadillas; ya casi se estaban acostumbrando a tenerlas. Dante estaba dando órdenes a los diferentes monstruos, sus formas eran muy distintas entre unos y otros, algunos eran pasables; otros, francamente horribles. Parecían estar sufriendo esos cuerpos retorcidos y, aun así, presentaban batalla.

Se oyeron más explosiones en los pasillos. Hugo se dio la vuelta, pero los ángeles aparecieron desde el extremo opuesto, cerca del techo de la cueva. Edmundo iba al frente y embaló contra Dante, pero otras bestias se pusieron en el camino y Dante corrió hacia Hugo.

—¡Por aquí! —exclamó y les señaló un pasillo hacia la izquierda, que tenía unos escalones que bajaban.

—Pero ellos..., ¿más sacrificios?

—Solo los necesarios, nos seguirán los que puedan. Pero si nosotros no llegamos primero, no tendrán a dónde seguirnos.



Capítulo XXVII



EL PASILLO ERA ESTRECHO y solo podían avanzar en fila. Dante rozaba las paredes con ambos hombros. Hugo veía cómo le sangraban los brazos, cómo dejaba parte de su piel en cada paso, cómo parecía no importarle. Avanzaba con seguridad y rapidez, hasta que llegaron a una puerta.

—¿Una puerta? —preguntó Tamara por sobre el hombro de Hugo—. ¿Por qué hay una puerta en las cuevas?

—No lo sé —murmuró Hugo.

—Esto no me gusta —le susurró ella al oído—, hay demasiado que no entendemos.

Hugo vaciló.

—Tienes razón, pero ya no hay forma de volver atrás. —Miró a las dos mujeres, la bibliotecaria estaba acurrucada en el abrazo de la señora García... Hugo se sintió algo triste, era obvio que no notaba nada de lo que sucedía a su alrededor... Sintió las palmadas de Tamara en el hombro y vio que señalaba hacia la puerta.

Dante acercaba el cubo de colores a una rendija que había en la parte superior; aun para él, era bastante alto. La puerta tembló, se irisó y luego desapareció.

—Parece magia —susurró Tamara.

—Sí.

—Aunque no esperaba que fuera así, los ángeles siempre me habían parecido más..., no sé, tal vez vi demasiadas películas.

Dante recorrió todo el borde del hueco que había dejado la puerta con el cubo y se oyó otra vibración.

—¿Qué fue eso? —preguntó Hugo.

—Podemos entrar —dijo Dante y dio el primer paso dentro.

Los demás lo siguieron poco después.

La sala era amplia y las paredes no se parecían en nada a una cueva.

—¿Es una de las instalaciones de la Iglesia de Dalila? —aventuró Hugo mientras tocaba una de las paredes. Estaba tibia al tacto, no del todo desagradable; al contrario, le brindaba la misma calidez que cuando los ángeles refulgían junto a él. Quitó la mano y observó lo que parecían ser muebles, eran demasiado simples, incluso para un estilo minimalista. Al principio, era difícil verlo, pero luego notó que todo el lugar estaba lleno de los símbolos de las cuevas y el código...

—¡Ya quisiéramos! —exclamó Dalila a la vez que saltaba dentro de la habitación, un segundo antes de que se cerrara el hueco.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —bramó Dante e interrumpió lo que estaba haciendo junto a una pared, aunque no se movió de allí.

Ella sonrió.

—Solo los seguí —se encogió de hombros y miró alrededor—, no saben cuánto deseaba entrar en este lugar..., solo por eso ayudaba a Edmundo. —Acarició las paredes—. Los demás no creían que existiera, pero yo sabía que por algo estaban tan preocupados. —Se paró frente a una de las paredes, apoyó ambas manos y cerró los ojos.

Hugo vio cómo su rostro se relajaba un segundo y luego se tensaba, se llenaba de dolor, ¿qué podía...?

Tamara, que estaba cerca de ella, la golpeó en la espalda y Dalila cayó de rodillas.

—¿Tamara? —preguntó Hugo, pero antes de que pudiera reaccionar, Dante se había lanzado contra Dalila.

Se oyó el ruido de algo que se rompía y Hugo no quiso saber qué era. Sin embargo, no podía moverse ni dejar de mirar. Dante se hizo a un lado y apartó a Tamara, no con mucha gentileza. Dalila se sostenía un brazo en un ángulo extraño. Su rostro estaba lívido, excepto alrededor de la boca, donde los dientes ya estaban cortando la carne. Se levantó mientras con la mano sana rebuscaba en su bolsillo y miraba con furia a Tamara.

Esa vez, Hugo ni siquiera lo tuvo que pensar: se lanzó para empujar a Tamara fuera del camino y notó que algo se le clavaba en la espalda, tal vez una aguja. Cayó sobre los brazos de su amiga y, segundos después, sintió un ardor que le recorrió la baja espalda y se deslizó hacia las piernas, las cuales le dejaron de obedecer.

—¡Hugo! ¡No! —sollozó Tamara mientras trataba de sostenerlo.

Tuvo que contentarse con dejarlo caer al suelo con la mayor suavidad posible.

—Es todo tu culpa —dijo Dalila y amagó con acercarse.

Sin embargo, Dante había aprovechado para abrir una pequeña rendija en una de las paredes, empujó a Dalila dentro y cerró la puerta. Era del tamaño de un ataúd con una tapa de cristal, o por lo menos así le pareció a Hugo, quien ya comenzaba a ver las cosas borrosas. ¿Podría estar levantando fiebre? Parpadeó un par de veces y vio que Dalila había quedado congelada, la tapa se oscurecía poco a poco. ¿Se estaría quedando ciego?

—La herida no es profunda —informó la señora García, que se había acercado y le revisaba la espalda—, parece un pinchazo, tal vez le inyectó algo.

—Lo hizo —gruñó Dante— y para eso no hay cura. Lo lamento, no sabía que ella tenía... ¡No puedo creer que los ángeles estén repartiendo eso entre los humanos para que lo usen como armas! —rugió y golpeó una de las paredes, la sala retumbó un momento—. Incluso ella sigue siendo humana, no es pura, no... —vaciló—, no puedo creer que Edmundo tenga esa debilidad. —Sonrió.

—¿De qué estás hablando? —Tamara se levantó y se acercó a la bestia. Era diminuta comparada con el tamaño de Dante, pero no pareció importarle. Echó la cabeza hacia atrás y puso los brazos en jarra—. Hugo fue herido por ayudarte, por ayudarlos a todos ustedes.

—Por lo que vi, lo hirieron por tu culpa.

Tamara apretó los labios, alzó los brazos, rugió y luego los dejó caer a la vez que inclinaba la cabeza.

—Ella estaba haciendo algo..., alguien tenía que...

—Eso no es justo —intervino la señora García—. Tamara trataba de ayudar. Tú no querías a Dalila aquí más que nosotros y nadie más estaba haciendo algo. Tal vez si hubieras logrado que no nos siguiera...

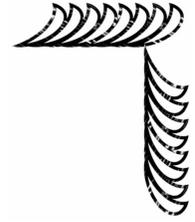
La bestia la miró con furia, no obstante, le llamó la atención un ruido en la pared.

Se acercó a los símbolos y los miró con avidez. Luego cerró los ojos y se concentró, parecía haber recuperado un poco de su autocontrol.

—Está funcionando, voy a necesitar a Hugo.

—¡Está herido! —gritó Tamara.

Hugo quería decirle que estaba bien, que en realidad no le dolía mucho, lo único preocupante era que no sentía nada, pero entonces una pesadilla se le clavó entre los ojos y aulló.



Capítulo XXVIII



—¡HUGO! —TAMARA CORRIÓ HACIA ÉL y lo hizo girar para apoyar su cabeza sobre su regazo—. Hugo, ¿dónde te duele? ¿Qué está pasando?

La pesadilla tardó en apagarse, había sido más fuerte que cualquier otra, tanto que sentía que todo su cuerpo se retorcía del dolor y luego se quedaba así, sin recuperar nunca su forma antigua. Abrió los ojos poco a poco y vio que Tamara lo miraba preocupada. No detectó nada más en su expresión, por lo cual no debería de tener el cuerpo todo retorcido como lo sentía. Se lamió los labios.

—Fue peor que antes, las pesadillas..., aunque no siento nada de olor.

—Aquí es más sencillo —comentó Tamara y miró alrededor—, hay algo en las paredes.

—Sí —asintió la señora García—, yo también lo siento, una especie de calma cuando entramos en esta habitación. Está claro que no es parte de ninguna cueva, pero no parece haber sido construido por humanos. Debe de ser un lugar de los ángeles.

—Tiene sentido —dijo Tamara—. Seguramente, necesitan un lugar donde quedarse y planear sus actividades sin que nadie los escuche, no creo que quieran que la Iglesia conozca todos sus planes —frunció la nariz—; aunque..., no sé..., hubiera esperado un lugar con el cielo abierto —miró a la señora García—, por las alas.

La mujer apretó los labios y echó un vistazo a la bibliotecaria, que estaba más tranquila, sentada en un rincón, con la mirada algo perdida.

—Deberíamos irnos de aquí.

—No —dijo Tamara—, no hasta saber qué le inyectaron a Hugo y cómo contrarrestarlo.

—No hay forma —indicó Dante, quien seguía intentando algo frente a la pared.

—¿Cómo lo sabes?, ¿qué es lo que le lanzó?

Dante vaciló, se giró un instante, casi como si tuviera pena.

—Tal vez podamos ayudar un poco, pero necesitamos la ayuda de él también, la que había prometido.

—No puedes pedirle más ahora.

—Estamos tan cerca, hace décadas que no estamos así de cerca, tal vez un siglo...

—Lo haré —murmuró Hugo y trató de incorporarse.

Tamara lo ayudó, pero sus piernas todavía no respondían. Dante se acercó a él y lo alzó en brazos. Se sintió más cómodo con la bestia, aun con las pesadillas conjuntas de ambos, se sentía como una compañía en todo ese delirio, como si lo estuviera apoyando, ayudando.

Dante lo acercó a la pared, habían aparecido nuevos símbolos, se parecían a los que había utilizado para obtener el cubo y también había uno humano.

—Aún puedes —susurró la bestia.

Hugo trató de enfocar la vista y estiró el brazo, los dedos le ardieron cuando lo tocó, pero la

pared se deslizó hacia un lado y dejó el paso una habitación circular. Dante lo llevó dentro, la puerta quedó abierta.

—Ahora esperaremos —dijo mientras apoyaba a Hugo en lo que se parecía a una silla, aunque era demasiado grande para él y sin respaldo. Tamara se acercó para sujetarlo por la espalda—. Mientras, necesito que decodifiques esto —señaló unos símbolos en la pantalla que apareció frente a Hugo—; luego, te indicaré las siguientes secuencias a ingresar.

—¿Qué es esto? —murmuró Tamara.

—Nunca leí sobre una magia así —musitó la señora García mientras recorría la habitación—, todas las versiones de milagros que...

—Fueron escritas por humanos, con la comprensión que ustedes tienen de estas cosas, los ángeles no son tampoco como lo describen esos documentos, ¿no?

Dante fue a la otra habitación, no se llegaba a ver lo que estaba haciendo. Cada tanto regresaba, como si estuviera controlando o esperando.

—¿Qué es lo que estamos haciendo? —insistió Tamara, que seguía cerca de Hugo y le clavaba cada vez más los dedos en los hombros, cada vez que él jadeaba.

—Abrir la puerta.

—¿Otra? ¿A dónde?

—¿A dónde crees? —preguntó Dante sin prestarle atención—, ya lo había explicado... —se paró y ladeó la cabeza—, aunque no recuerdo si estabas consciente en ese momento, tal vez... Ah, allí están, se acercan. ¡Rápido! No tenemos mucho tiempo —se aproximó a Hugo—, ¿ya terminas?

—Casi —gruñó Hugo mientras tecleaba con torpeza.

—¡Nosotros no podemos ir al infierno! —exclamó Tamara luego de que la señora García le susurrara al oído.

—Pues son libres de irse —Dante señaló hacia la puerta—, si los ángeles las dejan salir.

Por la puerta, ya comenzaban a entrar corriendo las bestias.

La oleada contenía bestias de todos los tamaños. Los dedos de Tamara se le clavaron más en la carne y sintió la necesidad de empujarla lejos, pero la contuvo. Sintió los gemidos de la bibliotecaria y oyó a la señora García tratando de contenerla.

—Nosotras lo intentaremos —dijo finalmente esta y se dirigió hacia la puerta tratando de esquivar a las bestias. Se volvió para mirarlo a Hugo—. No creo que estés haciendo lo correcto.

—¿Y usted sí? —preguntó Tamara con fiereza—. Después de todo lo que ocultaron al pueblo, ahora abandonan a Hugo.

—Pueden venir con nosotras.

—No —gruñó Hugo—, tengo que terminar, tengo que saber.

—Esto tiene que acabar —suspiró Tamara, aunque vacilaba.

—¿Y creen que serán ustedes quienes lo logren? —preguntó la señora García a la vez que negaba con la cabeza. Les dio la espalda mientras ayudaba a la bibliotecaria a salir por la puerta. Las bestias no se interpusieron—. Los conflictos nunca terminan, niña, a menos que estés muerta y tal vez ni siquiera así.

Hugo ni se volvió a mirarla salir, estaba cada vez más encorvado sobre la pantalla, los símbolos se le hacían más familiares minuto a minuto y le resultaba más fácil encadenarlos a los códigos fuente que él conocía.

—¡Listo! —exclamó de repente y Dante saltó a su lado.

—Esto es lo que debes...

—¡Están aquí! —gritó una de las bestias y, al instante, se sintió el calor de los ángeles.

Hugo, por primera vez, lo notó demasiado abrumador, le quemaba por dentro. Se retorció en la

silla, se hubiera caído de no haber sido por Tamara, y se volvió hacia donde estaban los ángeles. Enseguida detectó a Edmundo y sintió el impulso de saltar de la silla.

—No —los sujetó Dante—, debes terminar esto. Si no, estaremos perdidos, es nuestra única posibilidad de escapar.

—¿Qué está sucediendo? —Tamara sonaba agitada, pero permanecía a su lado.

—No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? ¿Viste lo pequeño que es este lugar? ¡Nos matarán a todos!

—Tal vez no, solo tenemos que terminar lo que estamos haciendo.

Se oyeron gritos y ruidos de miembros que se desgarraban.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo mientras asesinan a todos tus amigos?

—Porque siempre es lo mismo y aceptarlo es la única forma de sobrevivir —la miró de soslayo—, como si ustedes no hicieran lo mismo, ¿acaso sus familias no son igual de agresivas?

Tamara gruñó y no le contestó.

—Listo —jadeó Hugo, cada vez le costaba más mantenerse enfocado, solo podía pensar en todas las imágenes violentas que se le cruzaban por la mente y la necesidad imperiosa de pegar, de golpear, de desgarrar... Su mirada se deslizó otra vez hacia donde estaba Edmundo.

—Bien —dijo Dante mientras observaba la pantalla y presionaba algunos símbolos. Sonrió cuando notó que podía tocarlos y emitió un silbido agudo que se perdió en el aire.

Hugo se volvió hacia él. Lo reconocía, era un ruido que le parecía familiar, pero no sabía por qué. Sin embargo, lo que más le atraía era la luz de Edmundo, necesitaba llegar a ella y destruirla, le dañaba la vista y el cuerpo, cada fibra de su ser ardía con el aura del ángel.

Al final, no lo pudo resistir más y corrió hacia él.

—¡Hugo! ¡No! —Oyó que gritaba Tamara detrás de él, pero no podía controlar sus acciones. Sus piernas habían vuelto a funcionar, pero se sentían raras, retorcidas. Saltó sobre el ángel a cuatro patas. Vio la sorpresa en el rostro de Edmundo, aunque fuera por una fracción de segundo, y luego su sonrisa, era una sonrisa malsana, jamás se la había visto antes, pero sabía que estaba disfrutando. De un solo golpe, lo lanzó hacia un lado. Otro ángel se tiró encima de él y Hugo no dudó en morderlo con rabia, sintió la sangre en su boca, tenía un gusto dulce, casi como la miel. Oyó que el ángel gruñía y sintió que lo lanzaba contra otra pared. Iba a volver a saltar, pero lo agarraron entre varios brazos y lo alejaron.

Aún oía la voz de Tamara a la distancia, mientras sentía que todo daba vueltas alrededor. Los ruidos se apagaron y solo quedaron las pesadillas y las bestias.

—¿Qué le está pasando?! —Tamara gritaba a su lado, histérica, tal vez también por el efecto de las pesadillas de las bestias.

—Fue infectado —explicó Dante.

—¿Infectado? ¿Con qué? ¿Qué le está pasando?

—Nosotros no siempre tuvimos esta forma —respondió mientras coordinaba a las bestias—, esto es una maldición de los ángeles.

—¿Una maldición? ¿Pero... cómo..., cuándo...?

—Son los ángeles quienes nos convierten en bestias.

—Eso no tiene sentido... Los ángeles no... —el tono de voz de Tamara cambió—, eso fue lo que dijo la otra... ¡Dalila!, ¿fue eso lo que le dieron?

—Sí, jamás pudieron ser tan descuidados como para que ella lo consiguiera, tuvieron que habérselo dado, pero ¿cuánto más? ¿A quiénes? No podemos averiguarlo ahora. —Los ángeles presionaban para entrar en el área circular, abundante en bestias—. Como sea, la transformación recién empieza, podemos contenerla durante un tiempo. Aunque solo los ángeles pueden curarlo.

—¿Por qué no lo hacen ahora?

—No hay tiempo, además, es lo único que tenemos para...

—¡Tienen que ayudarlo! —gritó Tamara.

—Necesitamos consensuarlo antes de...

—Dijiste que lo ayudarían después de que lo hiciera él. —Se oían los golpes inútiles de Tamara contra el cuerpo de Dante. Hugo quería decirle que ya no importaba, que sentía que no podía luchar más contra eso, pero una parte de él quería que se terminaran todas las pesadillas; no debería haber buscado esas respuestas, no quería vivir en el infierno y, sin embargo, hacia allí se dirigían.

Se oyó el gemido de Tamara en el mismo instante en que cerró la puerta de la sala y los ángeles quedaron del otro lado.

La habitación tembló.

—Estamos en camino. —Se oyó la voz aguda de una bestia.

—Sí —dijo Dante—, deberíamos llegar pronto.

—¿Hugo? —gimió Tamara.

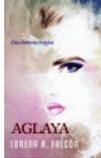
—De todas formas —se oyó la voz de Dante antes de que ambos perdieran el sentido—, la única cura está allí.

Nota de la autora

¡Muchas gracias por leer mi libro! Espero que lo hayas disfrutado. ¿Sabías que las reseñas alimentan al autor? En más sentidos que uno. Si te gustó el libro, por favor, considera calificarlo y/o reseñarlo en *Amazon*.

¿Quieres libros gratis?

Aglaya



Aglaya regresa a su hogar después de diez años. Aquello de lo que huyó todavía la espera. Esta vez, tendrá que hacerle frente.

Disponible en [Amazon](#).

El talismán del emperador



El emperador solo tiene un deseo: el bien de su imperio. Y para asegurarse de ello, solo tiene una meta: vivir para siempre.

Disponible en [Amazon](#).

¿Quieres leer más fantasía con monstruos?

Al final de este libro, encontrarás una muestra de otra de mis novelas.



Sobre la autora

Lorena A. Falcón es una escritora argentina, nacida y radicada en Buenos Aires. Su carrera inició con la inclusión de un cuento en una de las selecciones de una conocida editorial de autor. Publicó su primera novela poco después e inició un *blog* de cuentos que mantuvo durante varios años.

Visítala en [Twitter](#) o [Instagram](#).

Agradecimientos

Quisiera agradecer a Alexia por la hermosa cubierta que diseñó para este libro. Es la responsable de que varios de mis libros se vean muy bien y siempre es un placer trabajar con ella.

Otras obras publicadas

Matices de la magia



La magia que acumulas define la maga que eres.

Johanna siempre supo que sería maga, pero la magia no es solo sangre o talento. No es el pasado de tu familia, sino el tuyo. Tu magia será blanca o negra según lo que hayas hecho.

Ya disponible en [Amazon](#).

Todo o nada



Cuentos para sentir el mundo de otra manera.

La realidad que conoces depende de tus sentidos, pero ¿qué pasa cuando ellos fallan? Si no ves, oyes, hueles... sientes como los demás, estás solo.

Disponible en [Amazon](#).

Número privado



¿Te animas a contestar esa llamada?

El celular vibra mientras Mona observa la pantalla: Número privado. Debe huir de aquello que está del otro lado de la línea. Y el celular no deja de sonar.

Ya disponible en [Amazon](#).

Decisiones



La vida puede cambiar en un instante, ¿y tú?

La barrera que separa todas las opciones que pudieron ocurrir en tu vida se ha roto.
Estas son las historia de Selen y Dante.

Disponible en [Amazon](#).

Un camino marcado



El despertar del reino entre las nieblas se acerca.

Ema sabía que estaba destinada a una vida de grandeza.
Cuando la oportunidad se cruza en su camino, se lanza a una búsqueda que puede cambiar el destino de su reino y del mundo.

Disponible en [Amazon](#).

Brujas anónimas - Libro IV - El regreso



¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Micaela debe actuar si no quiere perder su única oportunidad de salir victoriosa.
Todas las pistas la llevan de regreso al comienzo. Nunca se había preocupado por su pasado, hasta ahora.

Disponible en [Amazon](#).

Vidas paralelas, destinos cruzados



La vida que odias, alguien más la quiere.

Todos los días de Carola son iguales. Hasta que una noche se abre una ventana a otro mundo. Allí Carola es una bruja poderosa. Todo lo que tiene que hacer es intercambiar lugares con su doble.
¿Qué puede salir mal?

Disponible en [Amazon](#).

Por un par de alas



Cuentos para dejar volar la imaginación.

Vampiros, magia, ángeles, electrodomésticos rebeldes, viajes en el tiempo, futuros distópicos, viajes en el espacio... Hay una historia para cada uno de tus sueños o de tus pesadillas.

Disponible en [Amazon](#).

Intercambios



No volverás a ser la de ayer.

Teresa es una madre primeriza... por muy poco tiempo. La pérdida de su hija la deja con un vacío más grande del que esperaba. Ahora quiere recuperar quien fue. Solo quiere recordar en un mundo donde todos le dicen que olvide.

Disponible en [Amazon](#).

Brujas anónimas - Libro III - La pérdida



¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La vida de Micaela es un caos y se siente perdida. En un camino que todavía parece un laberinto, Micaela debe encontrar una salida. Aunque, ¿está dispuesta a hacer sacrificios? Ya perdió una amiga, ¿qué más puede perder?

Disponible en [Amazon](#).

Todas mis partes



¿Y si en vez de uno pudieras ser varios?

Una sociedad obligada clonarse para sobrevivir. Cada clon se lleva una parte del original. Bárbara no está dispuesta a renunciar a nada. Pero tiene un sueño y, para poder cumplirlo, solo necesita crear un clon... ¿por qué no?

Disponible en [Amazon](#).

Un último conflicto



Una lucha ancestral, un conflicto sin fin.

Tamara no quiere problemas, pero cuando salvas a un ángel, los demonios vienen tras de ti. Ahora ella y su amigo Hugo deben huir, o pueden ayudar a los ángeles a derrotar a los monstruos. ¿Cuál es la mejor opción?

Disponible en [Amazon](#).

La hermandad permanente



Una magia antigua; una magia que no cambia.

Yoana nunca se sintió parte de la Hermandad, quiere huir de esa magia que la oprime. Tuvo la fortuna de conocer el amor. Tuvo la desgracia de conocer la verdad. Tendrá que afrontar el cambio que se avecina.

Disponible en [Amazon](#).

El despertar de las gárgolas



Algunas cosas a veces es mejor dejarlas dormir.

Mientras su pueblo trata de sobrevivir, Tura encuentra un poder que nadie quiere que tenga: es capaz de despertar a las gárgolas. Estas pueden salvar a su reino y elevarla a ella. Siempre quiso poder, pero ¿podrá manejarlo?

Disponible en [Amazon](#).

Dejemos la historia clara



Una heredera perdida; una historia dudosa.

Clara, una joven bibliotecaria, encuentra una información que no puede ignorar. Acompañada de un joven que apenas conoce, emprende un viaje en busca de la verdad que cree que salvará al reino. O al menos eso cree.

Disponible en [Amazon](#).

Brujas anónimas - Libro II - La búsqueda



¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

Continúa la aventura de Micaela. Su vida ya no es la misma, tuvo que abandonarlo casi todo y perdió demasiado. Todo lo que la rodea son preguntas. La principal que deberá enfrentar es: ¿puede aceptar lo que le sucedió?

Disponible en [Amazon](#).

Antifaces



No te guíes por las apariencias. Todos usamos máscaras.

Aquí nada es lo que parece y Norah debe aprender a dudar de sus ideas preconcebidas y a confiar en su instinto, mientras se reconecta con la naturaleza, la magia que fluye a través de ella y su familia.

Disponible en [Amazon](#).

Brujas anónimas - Libro I - El comienzo



Ebook gratis

¿Y si un día descubrieras un mundo fantástico en tu ciudad?

La aventura de Micaela comienza cuando una noche es atacada por una mujer misteriosa. Ahora está rodeada de brujas, vampiros, hombres lobos y hasta un duende que le ha jurado lealtad. ¡Justo a ella, que no cree en la magia!

Disponible en [Amazon](#).

La torre hundida



Un pasado incierto; una familia perdida.

Lahja no puede ignorar la necesidad de conocer sus orígenes. En contra de los deseos de su abuelo y acompañada de su único amigo, se lanza a una búsqueda donde no solo conocerá su historia, sino que aprenderá sobre sí misma.

Disponible en [Amazon](#).

El despertar de las gárgolas (extracto)

Capítulo I

Cuando Ferran se despertó esa mañana, había un cielo azul sobre él.

—¿Acaso no había muerto? —susurró.

El sol era tibio y una leve brisa le rozaba el rostro, el aroma a hierba mojada lo envolvió. Inspiró profundamente y espiró desinflándose. Se puso de pie con lentitud. A su alrededor había miles de cuerpos, algunos inmóviles, otros que despertaban, como él. Su pueblo. Ferran sonrió.

—No sé cómo —murmuró—, pero hemos sobrevivido otra noche.

—Mi señor. —Sonó una voz a su derecha.

Ferran se volvió, el capitán del ejército estaba a su lado, como siempre.

—Biel, ¿puedes creerlo? —dijo el rey—, hemos resistido.

El oficial frunció el ceño, lo que hizo que se tensionara la cicatriz que llevaba sobre el ojo derecho. Los hombros estaban tiesos y el cuello, rígido.

—No le des más vueltas, Biel, sobrevivimos, eso es lo importante.

—Aún así, señor, es raro que se hayan retirado. ¿Por qué perseguirnos hasta aquí y luego dejarnos cuando estábamos en nuestro peor momento?

—Vamos, Biel, alégrate por una vez. —Ferran miró a la redonda—. ¿Has visto a Guifré?

—Estoy aquí, padre.

El rey se dio vuelta y sonrió a su hijo. Un joven desgarrado y huesudo le devolvió la sonrisa. La ropa sucia le colgaba en jirones por algunos lados, pero no parecía estar lastimado más allá de unos rasguños en el rostro. Ferran lo abrazó brevemente.

—Señor —interrumpió Biel—, deberíamos comenzar a organizarnos.

—Claro, claro —dijo Ferran y se irguió, con los pulgares en su cinto desgastado—. Necesitamos hacer un recuento de las personas y la comida que nos queda; ver si podemos levantar las tiendas.

—Y enviar a los exploradores, mi señor.

—Sí —suspiró el rey—, claro, los exploradores. Tratemos de mantener a la gente junta, no quiero que se desparramen, tal vez tengamos que seguir avanzando.

—Sí, señor —dijo Biel y, con un breve gesto de asentimiento al rey y al príncipe, se alejó y comenzó a dar órdenes.

Los soldados, con un ligero rastro de verde y carmesí en su uniforme desgastado, se dispersaron al trote. Eran pocos y estaban bien entrenados, ya que pronto todas las tareas tenían un responsable asignado. Biel los supervisaba de cerca.

—Creo que hay algo en la cima de la colina, padre.

Ferran dirigió la vista hacia donde señalaba su hijo. El verde frente a él se extendía de forma uniforme y, casi imperceptiblemente, se empinaba hacia una elevación de base plana y tan extensa como para construir sobre ella.

—Sí —entornó los ojos—, parecen ser ruinas.

—Tal vez deberíamos investigar —propuso una tercera voz.

Ferran pegó un salto, como siempre que se le acercaba el mago. El hombre, bajo y regordete, solía aproximarse sin hacer ningún ruido y desaparecía con la misma sutileza. En ese momento, lucía una amplia sonrisa que cerraba sus ojos hasta convertirlos en dos rendijas luminosas.

—Hola, Jaime —saludó el príncipe con entusiasmo.

Ferran miró, con labios apretados, al hechicero y contuvo un suspiro.

—Sí —continuó Guifré—, yo también creo que deberíamos ir.

—Bien —Ferran echó una ojeada en torno a sí, los guardias reales, al menos los que quedaban, estaban allí—, demos un paseo.

Se pusieron en camino, seguidos a corta distancia por cuatro soldados. La ladera de la colina era amplia y clara. Casi no había árboles cerca y los arbustos eran demasiado bajos y ralos para que alguien pudiera ocultarse tras ellos. Se veían pocas flores dispersas y ya se estaban secando. El único aroma en el aire era el de la brisa fresca.

—¿Por qué crees que nos dejaron en paz, padre?

—Tal vez solo se cansaron.

Guifré sacudió la cabeza lentamente, con el ceño fruncido.

—Nos persiguieron hasta aquí, durante meses, a kilómetros de distancia de nuestro hogar. Anoche estábamos rodeados —se mordió el labio—, oí algunos gritos y después... creo que perdí el conocimiento.

Ferran observó, pensativo, a su hijo.

—No lo sé, realmente no lo sé, pero creo que debemos aprovechar esta oportunidad que se nos presenta.

Guifré asintió y se volvió hacia el mago.

—¿Tú qué crees, Jaume?

El hombre jadeaba por el leve ascenso. Daba pasos cortos y era el más atrasado del grupo, los soldados de retaguardia no podían evitar sobrepasarlo y tenían que frenar cada tanto. Ferran se detuvo a esperar cuando Guifré retrocedió unos pasos y repitió la pregunta.

—Es todo muy extraño, mi joven señor, esta colina, el aire, las voces que susurran en el viento.

—¿Susurros? —dijeron Ferran y Guifré a la vez.

—Sí —asintió Jaume—, hay algo vivo por aquí, además de nosotros y de ellos.

Guifré sonrió y Ferran sacudió la cabeza. Jaume no dijo nada más hasta que llegaron a la cima. La muralla frente a ellos estaba algo deteriorada, pero se conservaba en toda su altura en muchos lugares. Aunque lo que más les sorprendió fue lo que encontraron dentro. Había una ciudad pequeña allí. Muchos de los edificios, aunque viejos, se mantenían en pie en buenas condiciones. Y, a lo lejos, se vislumbraban las torres de un enorme castillo.

—¿Habrá alguien? —preguntó Ferran al aire—. Tal vez fueron ellos los que nos protegieron anoche. ¿Escucharon la batalla?

—¿Batalla? —dijo Guifré—. No sé, no creo que haya sido eso lo..., parecía...

—Debemos ir a presentarnos, a pedirles poder acampar en la ladera o a lo mejor alojarnos en la ciudad. —El rey apresuró el paso—. Tal vez una alianza.

—Mi señor.

Ferran se volvió hacia el mago sin detenerse.

—Creo que ya nadie vive aquí —resopló Jaume a la vez que trataba de alcanzarlo.

Se habían internado en las calles empedradas hacía rato. Ferran no se había fijado en los edificios que pasaban a su lado, mientras él se empeñaba en llegar al castillo. Se detuvo y observó las casas: estaban abandonadas.

—¿Padre?

—Sí —suspiró Ferran—, parece que seguimos solos.

—No, padre —El príncipe hizo una seña hacia la dirección contraria.

El rey se dio la vuelta. El duque Acai de Reff, su primo, se acercaba por una de las calles. Iba acompañado de su consejero personal, del cual nadie recordaba su nombre, si es que alguna vez

alguien lo supo. El duque se veía demasiado limpio y su ropa estaba en mejor estado que la de cualquiera de los demás, incluido el rey. A pesar de la situación, aún lucía pesados anillos en casi todos los dedos.

—Mi señor —dijo con una brevísima inclinación de la cabeza—, no sería bueno presentarse ante el soberano de este reino sin una corte que lo acompañe.

—Me temo, primo, que no hay nadie aquí con quien hablar.

El duque frunció los labios y miró a la redonda, con las manos enlazadas en la espalda. Mantenía los hombros tensos y la cabeza erguida, lo que lo hacía parecer más alto que los demás a su alrededor.

—Mmm, sí, parece un reino abandonado —una comisura del labio se elevó cuando agregó por lo bajo—: ¡qué conveniente!

—Pero no estamos solos —le advirtió Jaume, con la mirada extraviada en las murallas que rodeaban la ciudad.

Acai frunció la nariz y se alejó unos pasos. El consejero se hizo atrás instintivamente y mantuvo la distancia.

—Mi señor —dijo el mago—, con su permiso, me gustaría investigar.

—Claro, claro —asintió Ferran.

—Nunca entenderé para qué lo mantienes, primo —manifestó el duque olvidando los títulos, cuando Jaume se hubo alejado.

Guifré echó una mirada al consejero, pero este no levantaba lo vista, y los dos primos parecían ignorar todo lo que no les incumbiera.

—Es un mago, todas las cortes lo tienen —Ferran se frotó la nuca—, además ayudó con la comida durante el asedio.

—Si tuviera una magia que valiera la pena, nos habría hecho ganar la guerra.

—No es tan fácil —dijo Guifré encarando al duque—. Jaume posee un conocimiento extenso, la magia no es sonar los dedos y listo.

Acai no desvió la mirada del rey.

—Ya que está abandonado, bien podríamos alojarnos aquí en vez de levantar las tiendas y tener que acampar como nómadas.

—Eh... —balbuceó Ferran.

—Padre, me gustaría acompañar a Jaume.

—Claro —suspiró el rey—, ve nomás.

El príncipe se alejó con más energía que decoro. Uno de los guardias lo siguió a poca distancia, con caminar relajado.

—Lo malacostumbras, debería preocuparse por la administración del reino, en lugar de esas boberías.

—Es solo un niño.

—Ya es un hombre.

—A su tiempo —dijo el rey.

—No es él el que marca los tiempos —sostuvo Acai—, los imponen las necesidades del reinado y en este momento...

—¿Primo? —Ferran entornó los ojos—. ¿Qué implicas?

—Solo que es hora de que el muchacho madure.

—Claro —dijo el rey con lentitud—, claro, claro.

Guifré encontró una escalera para subir a la muralla por la cual caminaba Jaume. Había trepado unos cuantos escalones cuando unos dedos se cerraron alrededor de su tobillo. Perdió el agarre con la mano derecha y casi se cayó. Quedó colgado de un brazo mientras escuchaba una risa entrecortada a sus pies.

—¿Qué haces? —gritó la joven que lo miraba desde abajo.

Era una muchacha de unos veinte años. Llevaba el cabello moreno sujeto con una simple tira, pero varios rizos escapaban y revoloteaban alrededor de su rostro. Sus ojos marrones echaban chispas mientras reía.

—Voy a... —se atragantó Guifré— ver qué hace Jaume.

—¿Puedo ir contigo?

—Claro —dijo Guifré con una sonrisa y se apresuró a seguir subiendo.

Tenía un ascender raro (siempre le había costado coordinar sus miembros desgarbados) y Tura lo alcanzó enseguida.

—Vamos —lo urgió—, te mueves más lento que mi abuela.

—Tú no tienes abuela.

—Pero la tuve.

—Nunca me dijiste... —Guifré se detuvo.

—Vamos, sigue subiendo. —Tura le palmeó la pantorrilla—. No es nada grave, todo el mundo tiene abuelos.

Guifré llegó a la cima impulsado por Tura. En lo alto de la muralla había un camino de ronda lo bastante ancho para que transitaran tres personas una al lado de la otra, lo que era inusual.

—No se veía tan ancha desde abajo —murmuró Guifré y cometió la equivocación de mirar en esa dirección.

Tura tiró de él cuando vio que se balanceaba hacia adelante.

—Eh, ¿qué haces?

—Nada —respondió Guifré con el rostro ceniciento—. Solo miraba.

—Pues es mejor no hacer eso. —Tura se puso de puntillas y trató de echar un vistazo entre las inmensas estatuas que invadían el adarve—. Además, si uno sube hasta aquí es para ver hacia arriba y a lo lejos.

Guifré se acercó a ella, como era más alto podía mirar por sobre su cabeza. Tura se deslizó un poco hacia el costado, sin alejarse demasiado.

—Y ya que estamos aquí, ¿qué hacemos en la muralla?

—Estaba buscando a Jaume.

—Eso ya lo dijiste, pero ¿qué hace el mago aquí? ¿No sería más lógico que estuviera Biel?

—Supongo. —Guifré se encogió de hombros—. Lo que vino a ver Jaume es más..., digamos más sutil, dijo que sentía algo... raro.

—Pues eso no es sorpresa —opinó Tura—, es un pueblo abandonado.

—Sí, sin embargo, es extraño que las casas estén tan bien conservadas.

—Tal vez fue una enfermedad —Tura frunció la nariz—, una plaga que acabó con todos.

Guifré sacudió el cuerpo y se acomodó las gafas.

—Esperemos que no.

—¿Y qué son estas estatuas? —preguntó Tura hincando el dedo en una.

—No lo sé. —Guifré extendió el brazo, aunque no llegó a tocar la escultura—. Es insólito que estén todas aquí tan juntas unas de las otras, no dejan una buena visibilidad para los arqueros.

—Ni para nadie —agregó su amiga.

—No son estatuas —explicó el mago, que se acercaba secándose la frente con un pañuelo y

bufando—. Bueno, sí lo son, aunque de una clase especial: son gárgolas.
[...]

Ya disponible en [Amazon](#) en *ebook* y tapa blanda.